



Volumen 4

Aniquílame

Best-Seller Internacional No.1

CHRISTINA
ROSS

ANÍQUÍLAME

Vol. 4

CHRISTINA ROSS

A mis queridos amigos,

a mi familia

y especialmente a mis lectores.

Gracias por seguir la historia de Jennifer y Alex.

Derechos y Nota Legal: Esta obra está protegida por la Ley del Registro de Derechos (Copyright) de 1976, como también por las leyes internacionales, federales, estatales y locales aplicables, con todos los derechos reservados, incluyendo derechos de reventa.

Se entiende que cualquier marca registrada, logotipo, nombre de producto u otras características identificadas, son propiedad de sus dueños respectivos y se usan estrictamente como referencia sin que dicho uso implique la promoción de los mismos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización del autor.

Primera edición de e–book © 2016.

Descargo de responsabilidad legal: Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud a personas vivas o muertas, a menos que se mencionen específicamente, es pura coincidencia. Copyright © 2016 Christina Ross. Todos los derechos reservados.

Nota del traductor

El español utilizado en esta traducción es eminentemente peninsular. Sin embargo, se ha tenido en cuenta la diversidad de usos del español entre los posibles lectores de la novela y se han buscado giros lingüísticos y vocablos tan idiomáticamente neutros como ha sido posible. Siguiendo este criterio, se ha querido evitar usos que, aun siendo correctos, puedan estar estigmatizados en Latinoamérica. Por otra parte, se han seguido las directrices y recomendaciones recogidas en la gramática de la Real Academia de la Lengua (RAE) con respecto a la no acentuación de pronombres demostrativos y otros vocablos. En la obra se incluyen algunos de los préstamos lingüísticos que se han incorporado al uso coloquial de la lengua. Es posible que no todos estén recogidos en la última edición del diccionario de la RAE.

--Antonio Gragera, traductor.

CONTENIDOS

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiséis

Capítulo Veintisiete

Capítulo Veintiocho

Otras novelas de Christina Ross

ANIKUÍLAME, Vol. 4

CHRISTINA ROSS

CAPÍTULO UNO

Pacífico Sur
Noviembre

Alex y yo llevábamos un mes viviendo en una isla minúscula cerca de Bora Bora, tan pequeña que no tenía nombre. Yo la bauticé como la Isla Wenn. Alex la llamaba la Jungla de Jennifer.

En cierta manera creo que tenía razón porque cuando no estábamos trabajando, especialmente temprano en la mañana, me dedicaba a recorrer la isla, disfrutando su belleza agreste, sin paralelo, y sus impresionantes vistas del mar, y maldiciéndola por las razones que nos obligaban a estar allí. A causa de las amenazas de muerte, una de ellas casi materializada en Alex, estábamos lejos de nuestros amigos, lejos de Manhattan y lejos de la Wenn.

Lejos de la vida que hasta entonces habíamos disfrutado.

Vivíamos en la cabaña principal. Aunque difícilmente podría llamarse cabaña dado su tamaño. Impresionante. Para mí era una casa pero, al menos, el techo de paja, los suelos de bambú, su aire polinesio y sus paredes de cristal, que se abrían completamente para dejar entrar la brisa salina del mar, le daban un cierto aire a cabaña.

Teníamos todas las comodidades del mundo moderno excepto agua potable. Eso, junto a otras necesidades, nos llegaban a través de la Wenn cuando lo necesitábamos.

Por todo lo demás, la casa era autosuficiente. Paneles solares y, en caso de necesidad, generadores suplían electricidad. Dada la cantidad de lluvia, a veces torrencial a intervalos breves, el agua se recogía en un tanque gigantesco, se filtraba a través de un complejo sistema que vertía en otro tanque y esta agua se utilizaba para las duchas, la cocina, los suelos, la ropa.

Internet y televisión nos llegaban a través de una poderosa antena instalada a un lado de la casa. Alex y yo llevábamos los asuntos de la Wenn desde una oficina de diseño con vistas al mar, como todas las habitaciones de la vivienda. La oficina incluía varios ordenadores y una pantalla grande de televisión para usar con Skype cuando había alguna

reunión, teníamos que hablar con la junta, contactar con Blackwell y Tank, o cuando yo quería hablar con Lisa.

La situación no era ideal, pero nos teníamos el uno al otro, estábamos en un lugar maravilloso, un mar cálido y tentador, y, lo más importante, estábamos a salvo.

Con nosotros estaban también la asistente de Alex, Ann, su marido, Mark, y su adorable hijo Max, de ocho años. Vivían en una casa más pequeña, pero preciosa, al otro lado de la isla, para que todos tuviéramos nuestra privacidad. Cada uno de nosotros tenía un Jeep, excepto Max, quien se preguntaba, frecuentemente en voz alta, cuándo iba a tener el suyo. Cuando Alex ofreció comprarle uno, Ann, Mark y yo nos miramos con resignación.

– Ah, ¿sí? – pregunté.

– Todos necesitamos un Jeep – dijo Alex.

– Quizás dentro de ocho años – replicó Ann–. Cuando sea legal.

– Hecho. Cuando sea legal.

Después de un mes en la isla, aún no habían encontrado a quienquiera que nos tenía amenazados a pesar de los contactos de Alex y de la presión que estos ponían en el FBI y la policía. Alex me dijo varias veces que él y la Wenn habían hecho muchos enemigos a lo largo de los años. Algunos de ellos de cuando su padre estaba a cargo de la compañía.

– Puede que no tenga nada que ver conmigo – me dijo–. Puede ser que, una vez muerto mi padre, la *vendeta* sea contra mí. Represento el legado de mi padre. Recuerda que es posible. En este momento no sé si tiene algo que ver conmigo o no.

Si así era, ¿cómo íbamos a saber nunca quién estaba detrás de todo? La lista de invitados a la fiesta de Peachy Van Prout era la clave y aún la estaban investigando. Alguien había tomado nuestra fotografía en esa fiesta y nos la había enviado.

Pero había doscientas personas allí esa noche. ¿Quién sería ese alguien? ¿Y realmente se necesitaba un mes para averiguarlo? En Skype, Blackwell me dijo que tuviera paciencia, pero se nos estaba haciendo difícil a todos, Ann y su familia incluidos.

Sabía que este aislamiento no sería algo permanente, pero aun así echaba de menos a Lisa, echaba de menos a Blackwell, y echaba de menos nuestra vida urbana, al igual que Alex, Ann, Mark y Max la echaban de menos. Por lealtad a Alex, Ann había acarreado a toda su familia con nosotros durante este tiempo transitorio. ¿Pero cuánto iba a durar? A pesar de lo generosamente que Ann estaba siendo recompensada, ¿quién podría culparla a ella o a Mark si un día decidieran que aquello no era para ellos? Ni Alex ni yo sabíamos lo que Ann y su familia pensaban de todo aquello. Parecía que estaban disfrutando su estancia en la isla, pero eso se acabaría algún día.

Era sólo cuestión de tiempo.

Alex esperó hasta un día después de llegar a la isla para hacer público que estaba vivo. La Wenn emitió una nota de prensa anunciando que Alex se encontraba bien y dirigiendo la compañía desde un lugar secreto por *razones prácticas*. No se ofrecieron más explicaciones. Un aluvión de rumores hizo bajar la cotización en bolsa de la Wenn. Finalmente, decidieron que Alex debía aparecer en un video para probar que, de hecho, estaba vivo.

Con mi iPhone grabé el video contra una pared desnuda de nuestra oficina para que no hubiera forma de que nuestra ubicación pudiera ser adivinada. Alex se dirigió a sus inversores apaciguando sus temores y prometiendo que pronto estaría de vuelta en Manhattan.

– Ahora no es el momento – les dijo–, pero tengan por seguro que sigo dirigiendo la Wenn, algo fácil con la tecnología a nuestra disposición. Quienquiera que nos tenga a mi

prometida, Jennifer Kent, y a mí como blancos será entregado a la justicia. Regresaremos a Manhattan cuando sea seguro hacerlo. Les agradezco su preocupación y su apoyo constante. Sepan que sigo siendo, a todos los efectos, el director de la compañía.

Y así, el video fue *viral* y los valores de la compañía volvieron a subir.

Ahora estaba en la playa, con mi bikini, secándome el pelo y viendo a Alex salir del agua, desnudo. Era mucho más atlético que yo y había pasado más tiempo que yo en el agua hasta que decidió volver a la playa, dirigiéndose a mí con esa sonrisa que me cautivaba. Lo amaba de verdad. En algún momento, pronto, nos casaríamos. Pero los dos estábamos de acuerdo en que necesitábamos esperar a que todo pasara para volver a Manhattan.

— Aparentemente el agua no está fría en absoluto —dije, a medida que su desnudez emergía del agua.

— Aunque el agua estuviera a diez grados podría llevar con dignidad que me encogiera.

— Habrá que comprobarlo algún día.

— ¿Dónde?

— ¿En Islandia?

— Muy bien. En Islandia entonces te lo demostraré.

— ¿O quizás en tu casa de Maine? ¿Podrías darte un chapuzón en febrero?

El agua en sus hombros brillaba al contacto del sol, le brillaba el pelo, el vientre cincelado, su tórax terso y ligeramente cubierto de vello...

— La última vez que estuvimos allí lo hicimos en la playa.

— ¿Y por qué no ahora? —pregunté.

No bien hice la pregunta vi cómo, poco a poco, a medida que se acercaba, se le fue enderezando el pene.

Nuestra forma de hacer el amor había cambiado durante el último mes. Nuestra unión se había hecho más fuerte, más sólida que nunca. Cuando me hacía el amor era intenso, a veces delicado y, de alguna manera, me sentía profundamente protegida. Cuando me penetraba y me sostenía entre sus brazos, sentía con cada empuje que no quería que me separara de él nunca. Así era ahora.

Me quité el bikini y me tumbé en la arena, justo al límite hasta donde se arrastraba el agua, y lo miré, de pie a mi lado, recorriendo mi cuerpo con la mirada, y enderezándose más y más. El sol le caía encima pero por debajo del cuello, dejando su cara en penumbra.

— ¡Qué increíble eres! —dijo, apoyándose una rodilla para besarme los labios, los pechos, el vientre, el sexo—. Para mí, eres perfecta en todo.

Sepultó la cara entre mis piernas y yo me arqueé de placer.

— Tómame —le dije.

— ¿Cómo?

— No me importa. Te necesito.

— Pero, ¿cómo?

Me mordí el labio inferior.

— Ya sabes cómo —dije.

— ¿Lo sé?

— Por favor.

— ¿Así?

Una vez más jugó con la lengua. Me la restregó tan a ras del clítoris que fue una especie de agonía. Incapaz de soportarlo por más tiempo, levanté las piernas y presiones los talones contra sus glúteos. Con suavidad, lo empujé hacia mí hasta que su lengua me

penetró.

Fue demasiado. Volví los ojos hacia el cielo azul, sentí olas de calor envolviéndonos, y los cerré cuando su lengua empezó a entrar y salir en una danza continua que no paró hasta que empecé a temblar de agitación.

Con entrega, se retiró y me penetró de un golpe certero que me obligó a contener el aliento y a contraerme por el leve dolor. Aunque él me había preparado para recibirlo, aún no estaba del todo acostumbrada a su longitud y su calibre.

Me presionó el cuello con sus labios y me besó, sintiendo los cañones de su barba en el labio superior y el mentón, algo que siempre era superior a mis fuerzas. Me provocó un poderoso estremecimiento que me llevó casi al borde del clímax.

Con habilidad, me mantuvo en una casi imposible prolongación de éxtasis. Puse las manos alrededor del cuello y me colgué de él, siguiendo su ritmo, arqueando la espalda mientras que él me llevaba al orgasmo una y otra vez, siempre pegado a mí, intentado mil posturas bajo el cielo de una tierra tropical y extraña que, hasta el momento, no parecía ser la casa que ninguno de los dos queríamos.

* * *

Cuando ambos terminamos, Alex rodó a un lado y se dejó caer en la arena, riéndose. Giré la cabeza y le hice una mueca de extrañeza.

— ¿Por qué te ríes?

— Porque fue divertido.

— ¿Qué diría Steinbeck?

— Me diría que no te perdiera nunca, y nunca lo haré. Al menos mientras dependa de mí.

Me acercó más a él. Con mi cabeza recostada en su pecho, recuperamos el aliento y permanecemos en silencio. Me había provocado tres orgasmos y, por ahora, lo había dejado ahí. Sabía que luego habría más. Siempre era así. Nuestra intimidad fue lo que nos mantenía con los pies en la tierra a pesar de todo lo que teníamos encima.

Por algún tiempo estuvimos tumbados sin decir nada, escuchando a las gaviotas y las olas alejarse con la marea baja, mientras que me recorría el pelo mojado con una mano y yo le acariciaba el torso con otra.

— ¿Eres feliz, Jennifer?

— Estoy feliz de estar contigo.

— ¿Pero no aquí?

Me abracé más a él y pensé la respuesta. Nunca le mentiría, así que le dije la verdad. Pero lo hice con delicadeza.

— En estas circunstancias, no. Pero me imagino que tú sientes lo mismo.

— Quiero que esto acabe. No va conmigo huir y esconderme de nada. Todo esto es por tu seguridad, no la mía.

— Supongo que somos tal para cual, porque el que yo esté aquí es para asegurarme que tú estás a salvo, no yo. Así que cada uno está aquí por una razón particular, que no es otra que por amor. Todo esto terminará, Alex. Tendremos respuestas. No vamos a estar aquí siempre, aunque a veces nos parezca que es el caso.

— ¿Hay algo que te guste de vivir aquí?

Me pareció que era importante para él que así fuera y, francamente, era fácil enumerar

las muchas cosas que me gustaban de la vida en la isla.

— Me encanta escarbar en la arena buscando conchas y encontrar toda clase de vida marina cuando buceamos juntos. Estoy disfrutando la intimidad que empiezo a tener con Ann y su familia, las dos tenemos mucho en común y nos estamos haciendo buenas amigas. Estoy más que agradecida por tenerlos aquí con nosotros. Me gustan los repentinos e imprevisibles cambios de tiempo. Me ha gustado convertir nuestra cabaña en un hogar y, ciertamente, no me importa estar tan bronceada. No recuerdo cuándo fue la última vez. Siendo de Maine, tienes como dos meses en el verano para coger algo de color antes de palidecer de nuevo. Pero sobre todo, Alex, me encanta estar contigo. No quisiera estar en ningún otro sitio si no es contigo. Espero que lo sepas.

— Sé que no es ideal.

— Volveremos pronto a casa. Pero déjame hacerte la misma pregunta. ¿Hay algo que te guste de estar aquí?

Lo pensó por un momento.

— Te dije una vez que siempre quise dejar la ciudad por un paisaje más rural. Pero creo que después de haber estado aquí por un mes, he cambiado de idea. Probablemente porque esto es más que rural. Echo de menos la ciudad. Echo de menos la acción, cerrar tratos al vuelo. Dicho eso, y a pesar de todo, tienes razón. Esto es un paraíso. Te tengo a ti aquí, lo que significa todo para mí, y me alegro que Ann, Mark y Max estén aquí. Tengo con ellos una deuda de gratitud. No todos habrían hecho lo que ellos han hecho, lo que reafirma mi creencia en la bondad innata de las personas. Tenerte aquí conmigo es una lección de humildad. Cuando era niño, vi cómo mi familia pagaba por la lealtad. O al menos por lo que yo creía que era lealtad. No lo era. Se limitaban a pagar salarios abultados y la gente respondía como ellos querían. Pero tú me has demostrado lo que es la lealtad. Eso me hace feliz. —Se volvió a mí—. Como me hace feliz despertarme contigo, hacerte el amor y estar aquí junto a ti. Eso es lo que más me gusta. Estás aquí por mí. Lo sé y lo percibo cada momento del día.

* * *

Cuando volvimos a la cabaña, Alex me recordó que era el día de mi sesión de Skype con Blackwell y Lisa. No hacía falta que me lo recordara. Lo esperaba siempre con ansiedad. Era la ocasión de ponernos al día. Blackwell iba primero y luego Lisa, a quien me moría por ver.

— Tienes quince minutos para ducharte —me dijo.

Lo miré de reojo cuando entramos en la casa. Después de nuestra conversación, que fue más seria de lo que anticipábamos, quería aligerar el ambiente y lo hice sonreír.

— ¿Cómo puedo hablar con nadie después de lo que me has hecho? Mis rodillas están todavía temblando. Y, por cierto, ¿qué fue esa última postura? ¿De dónde la sacaste? Estaba tumbada en la playa pensando *¿Y este quién es? ¿Quién soy yo? ¿Dónde estoy? ¿Estamos en Kansas?* Estoy muerta.

Me dio un beso en la mejilla.

— Tú eres lista. Blackwell no notará nada.

— Mentira. Blackwell lo sabe todo. Si alguien lo sabe eres tú. Notará la distensión de la cara hasta por Skype. Se dará cuenta.

- ¿Y cuál es el problema?
- Ninguno. Es verdad. Después de todo, estamos comprometidos.
- Y tanto.

Le cogí la cara entre las manos.

– Te quiero, Alex.

– Y a mí me encanta que finalmente puedas decírmelo... porque tú sabes exactamente lo que siento por ti.

CAPÍTULO DOS

En la oficina, desperté el ordenador de su letargo, abrí Skype y alcé la vista para mirar a la pantalla, donde parpadeaba la imagen de Blackwell como la de un halcón listo para un festín.

Siempre puntual. Nunca tarde. Llevaba un traje negro entallado, dos solitarios colgaban de sus lóbulos y ninguna otra joya, por lo que yo podía ver. Aunque era difícil decir porque estaba tan inclinada sobre su ordenador que la cara le ocupaba casi toda la pantalla.

— Has engordado —me dijo.

— No he engordado.

— Las tetas parecen más grandes. Veo gordura.

— Entonces, deje de mirarme las tetas.

— Imposible. Aparentemente son la atracción principal.

— Lo fueron hace una hora. —Se le salieron los ojos de las órbitas—. Además, ¿cómo puedo estar gorda? Me alimento básicamente de fruta: naranjas, piñas, cocos.

Con una mirada acusadora, señaló con el dedo a la pantalla y me cortó en seco.

— ¿Cocos?

— Efectivamente. Hay por todas partes. Uno casi me cae en la cabeza el otro día. Están deliciosos. Y lo que es mejor, son orgánicos.

— Son el mismo demonio. ¿Por qué no has aprendido nada de mí todavía? ¿Por qué? Dime por qué, Jennifer. Los cocos están saturados de grasa. ¿No lo sabías? Ese coco que intentó matarte, lo hizo a despecho. Hierba, Jennifer. Hierba. Eso es lo que te he enseñado. Sé perfectamente que tienes suficientes verduras en la huerta que os han plantado. También sé que hay limoneros por todas partes en la isla. El jugo del limón puede servirte de aliño. No puedo permitir que vuelvas a Manhattan gorda. No mientras pueda impedirlo. Necesito enfundar ese trasero en alta costura. No me lo hagas más difícil de lo que es. Sabes perfectamente cuáles son mis parámetros.

— ¿Y qué pasaría si me quedo embarazada?

— ¿Embarazada? ¿Estás embarazada? —preguntó, con el horror dibujado en su cara.

— ¿Quién sabe? Aquí no tengo ninguna prueba de embarazo que me ayude a saberlo, ni acceso a ellas. Y Alex es todo atenciones últimamente. Frecuentemente lo hacemos varias veces al día.

Levantó la palma de la mano y cerró los ojos.

— Ya déjalo. Sabes que es como un hijo para mí. Sabes también que eres como una hija suplente para mí. Es una imagen que no quiero imaginarme ni, ciertamente, pensar en ella. ¡Más que atento! ¡Por Dios!

Me recosté en la silla. Aún llevaba mi bikini y la vi observándome el cuerpo.

— ¿Es esto grasa? —pregunté.

— Tus tetas están más grandes.

— Eso es porque Alex se ha despachado a gusto con ellas.

— Suficiente.

— ¿Cómo va la vida? —pregunté.

— Horrorosa sin ninguno de los dos aquí. Os echo terriblemente de menos, por muy doloroso que sea admitirlo. Aparentemente, Alex y tú compartís con mis hijas esa partícula de sensibilidad que pulula por ahí perdida dentro de mí. Es una carga pesadísima. Si se pudiera pesar, equivaldría a tener dos veces tu trasero.

— La echamos más de menos de lo que se imagina.

— Por supuesto. ¿Quién ha vigilado tu dieta como yo lo he hecho? Tú no, desde luego. Lisa tampoco, ya que tiene, después de todo, la talla perfecta. Me mata no poder estar allí y mostrarte las delicias de masticar hielo. Es, de hecho, una dieta perfectamente aceptable si se hace con moderación, a la vez que ayuda a aliviar el estrés. Sólo tienes que pensar que estás triturando a tus enemigos. Es lo que yo he hecho hoy. —Se recostó en la silla—. ¿Y cómo estás, aparte del evidente aumento de volumen?

No pude evitar una sonrisa. De corazón, añoraba estar de vuelta en Manhattan con ella. Pero al menos teníamos la posibilidad de hablar cara a cara a través del satélite que nos conectaba. Me encantaba pelear con Blackwell. No era lo mismo que estar en la misma habitación con ella y sentir su acaloramiento, pero era mejor que nada. En ese momento, cualquier cosa era mejor que nada.

— Esto es precioso —contesté.

— ¿Y?

— Es precioso.

— ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

— Necesitamos volver a casa.

— Yo os quiero en casa.

— ¿Cuánto tiempo va a durar esto, Bárbara? Ha pasado un mes.

— Ojalá y lo supiera. Todos lo deseamos.

— Puede durar una eternidad.

— ¿Le ha echado Alex un vistazo al correo recientemente?

— No que yo sepa. Sólo llevamos dentro unos veinte minutos. ¿Por qué?

— Lo sabrás pronto. Dile que te lea el mensaje que Tank le envió hace un momento. La noche que estuviste en la fiesta de Peachy Van Prout y te tiraste a Alex delante de doscientas personas...

— No me lo tiré. Alex simplemente me besó.

— Llámalo como quieras, acabó en Página Seis. Lo que ya sabes es que Peachy nos dio la lista de invitados y el equipo de seguridad de Wenn la ha estado escrutando por varias semanas, junto con la policía y el FBI. Lo que no sabes es que acabamos de recibir la lista de invitados al cumpleaños de Henri Dufort, y lo más interesante es que las tres personas sospechosas estaban en ambas fiestas. Dos hombres y una mujer.

Me incorporé en la silla.

— ¿Se trata de Immaculata?

— Ya sabes que está libre de sospechas.

— Una siempre puede soñar. Me encantaría verla entre rejas. ¿Quiénes son esas tres personas?

— Todo en el correo electrónico. Versión abreviada: cada una de ellas está directamente relacionada con la Wenn por desgracia para ellas, al menos a nivel personal. Cuando Alex abra su correo necesitará estar preparado para decirnos lo que sabe de cada uno de ellos, especialmente en sus relaciones personales con ellos, porque se trata de individuos que buscarían venganza por algo que Alex y la Wenn le pudieran haber hecho.

— ¿Cómo qué?

– Adquisición hostil de sus compañías. La venganza nunca muere, Jennifer. A veces, cuando alguien tiene el éxito de Alex, se incrementa a medida que aquellos que se quedan en el camino son testigos de ese éxito.

– Yo no le he hecho nada a esa gente. ¿Por qué contra mí?

– Porque estás con Alex. Una vez perdió a Diana. Todos saben cómo le afectó. Lo hundió. Así que ¿por qué no ir contra ti también? ¿Por qué no matar a la mujer que ama ahora? Una de las teorías que se barajan es que alguien pueda querer eliminarte a ti primero para que él vuelva a sentir lo que sintió cuando Diana murió, y luego ir a por él. De momento, todo es especulación, pero nada que no sea posible, especialmente considerando el tipo de gente involucrada. Dile que abra el correo y que me llame o que llame a Tank inmediatamente después. ¿De acuerdo?

– De acuerdo.

– No te va a pasar nada, Jennifer. Ni tampoco a Alex. Ya sé cómo va a reaccionar cuando lea esos nombres. Y especialmente cuando lea cómo hemos encontrado la manera de conectarlos con los que os pasó a los dos cuando estabais en Nueva York.

– ¿Cómo va a reaccionar?

Puso una expresión siniestra.

– Ya lo verás.

CAPÍTULO TRES

Cuando se apagó la pantalla decidí retrasar mi cita en Skype con Lisa. Por mucho que deseara hablar con ella, aquel no era el momento. Cogí mi teléfono y le mandé un texto breve diciéndole que la llamaría al día siguiente. Luego me fui a buscar a Alex, que estaba en la cocina.

— No ha salido como lo planeábamos —dije mientras entraba.

Él estaba delante de la isleta, sin la camiseta, se había quedado solo con los pantalones cortos, comiéndose una naranja. Debió notar la expresión de preocupación en mi rostro, porque me frunció el ceño.

— ¿A qué te refieres?

Le conté mi conversación con Blackwell. Dejó la naranja sobre la isleta, se limpió las manos con una toalla y fue a la oficina. Se sentó delante de su ordenador, abrió un navegador y entró en su cuenta de correo. Arrimé una silla a su lado y le pasé el brazo por los hombros mientras leía los detalles en el correo de Tank. Cuando terminó, me miró.

— ¿Quieres leerlo?

— Aún no. No lo entenderé de la misma manera que tú porque seguramente no sé de quiénes se trata. No lo leeré hasta que tú me des tu versión de los hechos.

— Esto no tiene nada que ver con mi padre, sino conmigo y con lo que yo, a través de la Wenn, le hice a tres personas.

— Blackwell mencionó posibles adquisiciones hostiles.

— Así es.

— Me imagino que tuvieron lugar durante los últimos cuatro años, después de que te encargaras de la compañía.

— Efectivamente, pero aún se puede reducir más el periodo de tiempo.

— ¿Cuánto más?

— Al año pasado.

— ¿Y quiénes son?

— Donald North, Néstor Bazin y Adrianna Bomba.

— Empieza con North.

— North era el dueño de North Productions, una compañía de Los Ángeles muy premiada por la producción de efectos especiales. Fue tan revolucionaria como Pixar, aunque no tan bien conocida porque, cuando North la dirigía, no tenía un nombre como Disney detrás. Aun así, siendo tan joven, probablemente unos treinta y dos años ahora, North es un fenómeno diseñando *software*. Él desarrolló todos los programas necesarios para competir con Pixar y otras productoras similares, y consiguió que cuatro de sus películas de animación fueran nominadas para los Oscar de la Academia. Dos de ellas ganaron Globos de Oro. No mucho después de que North pusiera acciones a la venta, Wenn Entertainment fue detrás de él. Fue una guerra sin cuartel, pero ganamos nosotros. A pesar de la enorme cantidad de dinero que hizo con la transacción, puede decirse que, de alguna manera, le robamos su creación. Nunca me lo ha perdonado.

— ¿Cuándo fue eso?

– Hace nueve meses.

– ¿Crees que es capaz de algo así?

– Absolutamente. Deberías ver los correos que he recibido desde la adquisición. Voy a enviárselos ahora mismo a Tank y sus hombres. Tiene serios problemas para controlar su ira. He tenido algunos encontronazos con él desde entonces. Exuda resentimiento, probablemente porque no ha sido capaz de crear nada parecido a lo que la Wenn le quitó. Lo que él no entiende, como muchos otros, es que esto no es nada personal para mí. Cuando uno decide vender acciones, como él hizo, se arriesga a que otros tengan el control de la compañía. Es como es. Creo que fue ingenuo y no pensó que algo así pudiera ocurrir tan rápidamente.

– ¿Quién es Néstor Bazin?

– En este caso, es mejor preguntarse quién es la familia Bazin.

– Entonces, ¿quién es esta familia?

– El clan de los Bazin, una familia de mafiosos de Rusia.

– Nunca había oído nada de ellos.

– Por fin consigo sorprenderte con algo.

– Mínimamente. Sé de las conexiones de la mafia en Rusia. Ya existían durante la Unión Soviética. ¿Cuál es tu relación con Néstor Bazin?

– Es un matón.

– ¿Te importa elaborar más?

– Su familia está en todo, como la Wenn. La diferencia es que nosotros no somos sospechosos de quitar a alguien del medio cuando no salen las cosas como queremos. Aquí en los Estados Unidos no quieren llamar mucho la atención y siguen las reglas del juego, entre otras cosas porque saben que el FBI los vigila. Así que juegan limpio, al menos en la superficie.

– ¿Qué es lo que les quitaste?

– Wenn Pharmaceutical fue detrás de Biotech Industries, de la familia Bazin, una vez que ellos completaron la tercera fase de lo que resultó ser un medicamento que prometía excelentes resultados en el tratamiento de cáncer de pecho.

– ¿La mafia rusa se preocupa por salvar senos?

– Se preocupa por hacer dinero. Te sorprendería saber en cuántas cosas están metidos. Tanto en negocios legítimos como en cosas más siniestras de las que mejor no saber. En fin, hicieron de Biotech un triunfo. Néstor convenció a su familia para que la comprara cuando estaba en los comienzos porque fue lo suficientemente listo para ver su potencial. La adquisición le costó lo suyo a la familia, pero lo hicieron por Néstor. Él les aseguró que harían cientos de millones gracias al potencial de ese medicamento. Cuando se experimenta con una medicina hay cuatro fases. La cuarta fase es la que reporta las ganancias. Es cuando sale al mercado. Wenn Pharmaceutical está siempre buscando esta clase de oportunidades, así que cuando empezó a circular el rumor, una vez que Biotech completó con éxito la tercera fase y la medicación se consideraba segura y eficaz, fuimos detrás de los beneficios que se originarían en la fase cuatro. Ese es siempre el motivo detrás de una compra hostil, como tú sabes. Se trata de obtener futuros beneficios. Nosotros ofrecimos el doble de lo que, en teoría, valía Biotech, nos ganamos a la directiva porque les aseguramos que no los reemplazaríamos y los accionistas nos querían a nosotros por nuestra oferta y por nuestra reputación. Después de dieciocho meses de lucha, nos hicimos con la compañía.

– ¿Cuándo la compraste?

- Hace seis meses.
- Eso hace dos compras en un año.
- La tercera, Adrianna Bomba.
- Pero qué nombres se gastan algunos.

Alex encogió los hombros.

- Bomba es un nombre checo.

– Si es la misma Adrianna Bomba de la que Lisa solía hablar, y con ese nombre no me imagino que haya dos, ya sé quién es. ¿Es la Bomba detrás de Bomba Cosmetic?

- La misma.

– Su línea se vendió primero exclusivamente a los famosos y luego se convirtió en un éxito en las revistas de moda. Se vendió entonces al público en sitios como Saks, Lord & Taylor, Bloomingdale's. Siempre en las mejores tiendas.

- ¿Cómo sabes tú esto?

– Las pasiones de Lisa son los zombis y la moda. Especialmente la moda. Siempre me tiene al día en tendencias, diseñadores, lo que debería ponerme. Cosas así. Creo que ella tiene no de los perfumes de Bomba.

– Sus perfumes son los que le han dado una fortuna y una de las principales razones por las que fuimos detrás de ella.

- Y le robaste el invento.

– Los inventos en este caso, pero sólo después de que los pusiera a disposición del mejor postor. Lo que nos atrajo fue su línea de maquillaje y sus nueve perfumes. Todos exitosos. Su compañía estaba creciendo rápidamente. Bomba venía de la nada, creó su imperio a fuerza de trabajo. Se lo tomó todo de forma muy personal pero, repito, si vendes tus acciones te arriesgas a que te merienden.

- ¿Y cuándo fue esto?

- Unos diez meses. No mucho más.

- ¿Y aún no se ha recuperado?

– Económicamente se recuperaron todos maravillosamente por el precio de las compras. Todos hicieron una fortuna. En cuanto a sus futuros, eso es lo que está en entredicho. Según el mensaje de Tank, ninguno de ellos tiene nada que ofrecer en estos momentos, lo que significa que están viendo cómo la Wenn se hace más y más poderosa gracias a sus esfuerzos e inversiones.

- Es lo que me ha dicho Blackwell. –Hice una breve pausa para considerar otro ángulo

–. North y Bezin son de tu edad. ¿Y Bomba?"

- También.

– De alguna manera todos sois competidores. Alexander Wenn y todos sus miles de millones son el Goliat de la historia y los otros son el David. Seguro que no les gusta eso.

- De eso estoy seguro.

– Pero eso no significa que sean asesinos. La pregunta clave es si alguno de estos individuos podría serlo.

– La familia Bazin lo es, sin duda. En cuanto a los otros, ¿quién sabe de lo que alguien sería capaz si su odio no hace más que alimentarse?

- ¿Cómo lo vamos a saber?

- Volvemos a Manhattan.

Es lo último que esperaba oír de él. Al principio, me recorrió un calambre de satisfacción por volver a casa, pero le siguió un estremecimiento por todo lo que nos había pasado antes.

– Pero allí no estamos seguros.

– Ahora que sabes el trasfondo de la historia, te dejaré leer el mensaje de Tank para que veas lo que sugiere que hagamos. Pero antes, una pregunta. ¿Cómo se caza una rata, Jennifer?

– Mi abuelo creció en una granja con varios graneros. Aunque su problema eran los ratones, es el mismo principio. Tienes que atraer la rata hacia ti.

Alex sonrió.

– Así es. Y eso es lo que vamos a hacer.

– ¿Cómo?

– Está en el correo.

– Antes tengo algunas preguntas.

– Muy bien. Te escucho.

– Si alguna de estas personas es responsable, ¿por qué iban a esperar para hacerte algo? ¿Es porque querían poner la suficiente distancia entre tú y ellos para no aparecer como los principales sospechosos cuando actuaran?

– Quizás.

– ¿Y qué hay de Gordon Kobus? ¿Por qué no está en la lista? La Wenn aún está enfrascada en una compra hostil con Kobus Airlines. Sigo pensando que él es también un firme sospechoso.

– Tú sabes por qué. Cuando los detectives hablaron con él, se ofreció a pasar por un detector de mentiras y superó la prueba sin dejar ninguna duda.

– También sé que esas pruebas no son del todo fiables.

– Por lo que a mí respecta, un 100% en un test tan complejo como al que lo sometieron me basta para convencerme de que él no tiene nada que ver con esto. Y si estuviera implicado de alguna manera, ¿hubiera estado dispuesto a hacerse la prueba sabiendo que existía la posibilidad de que no la pasara? Por supuesto que no. Él no es así.

– ¿Y qué piensas de los otros tres?

Encogió los hombros.

– Sólo los conozco profesionalmente, no personalmente, así que no sé de lo que pueden ser capaces, aparte de pelear con uñas y dientes cuando trataron de salvar sus compañías. Lee el correo. Mira lo que Tank y su equipo piensan y qué es lo que tienen en mente que hagamos.

– Supongo que estamos a punto de convertirnos en el cebo de la rata.

– Ya los somos.

– Y esto es seguro ¿por qué razón?

Me indicó el ordenador con la cabeza y se levantó.

– Lee. Lo que se les ha ocurrido es realmente ingenioso.

– ¿Y peligroso?

– Quizás.

Me senté en su sillón y leí el correo. Y lo volví a leer otra vez para asegurarme de que había entendido a lo que nos enfrentábamos.

– ¿Qué piensas? –me preguntó.

– Ir a pecho descubierto me pone nerviosa. Me horroriza, para serte sincera. Pero tienes razón. Tank tiene razón. Cuanto antes terminemos con esto, mejor. Pero, seamos realistas. ¿Y si ninguno de estos individuos está detrás de esto? No tenemos prueba de que lo estén. Todo lo que tenemos es tu historia pasada con ellos, que admito son un motivo, y el hecho de que estuvimos juntos en dos fiestas. ¿Y qué? Eso es todo lo que tenemos, y no me parece

suficiente para relacionarlo con nada de lo que nos ha pasado. Es un hilo muy débil, Alex.

— ¿Lo ignoramos entonces aunque no tengamos otra cosa?

No podía argumentar nada en contra de eso, así que pensé en otra posibilidad.

— Tank dice que no quiere interrogarlos porque no quiere ponerlos en aviso. ¿Pero por qué no? ¿Por qué no ver si están dispuestos a someterse a un detector de mentiras? Kobus lo hizo. Quizás alguno de ellos lo haga y no lo pase.

— Por lo que les hice, ninguno de ellos accederá a hacerlo. Me mandarán a la mierda.

— Kobus no lo hizo.

— Kobus no sabe todavía lo feas que se van a poner las cosas entre la Wenn y sus aerolínea. Donald North, Néstor Bazin y Adriana Bomba ya lo han vivido. Saben lo sucio que puede llegar a ser el juego.

— Entonces, míralo de esta manera. Si uno de ellos fuera culpable, tener a la policía rondándole lo pondría nervioso. El hecho de saber que están bajo sospecha podría acabar con la situación.

— Siempre y cuando sea alguno de ellos.

Negué con la cabeza, frustrada.

— Ahora sueñas como yo. Estamos moviéndonos en círculos.

Él parecía igualmente frustrado porque contáramos con tan poco, con nada concreto.

— Lo sé.

— Si volvemos a Manhattan ponemos nuestras vidas en peligro otra vez. Eso me asusta. No estoy queriendo poner obstáculos, Alex. Estoy intentando pensar en todos los escenarios posibles. No puedo perderte. Tu seguridad es todo lo que me preocupa.

— Y la tuya a mí.

Me pasé los dedos por el pelo mojado e intenté considerar nuevas posibilidades. No se me ocurrió nada.

— No tenemos por qué hacer nada, Jennifer. Podemos seguir aquí y buscar otras formas de encauzar la situación.

Lo pensé por un momento. Luego, lo miré fijamente.

— ¿Todo esto se hará de forma pensada y controlada para protegernos?

— Claro.

— Sé que Tank y sus hombres son buenos. Sé que nos cubrirán las espaldas si alguien intenta algo. Pero nadie es perfecto. Cualquier cosa puede pasar. Que muramos, por ejemplo. ¿Estamos dispuestos a correr ese riesgo?

— Sólo si tú lo estás.

— ¿Cuánto tiempo nos queda antes de que nos manden un avión?

— Con tu aprobación, mañana podría ser nuestro último día en la isla. Un avión vendría pasado mañana por la mañana y nos llevaría de vuelta a casa.

Volví a considerar todo de nuevo. A pesar de lo frágil y peligroso que me parecía todo, quizás algo saliese de aquello. O quizás estar en Manhattan abriría alguna rendija y alguien se dejaría ver. No íbamos a ninguna parte quedándonos en la isla. Quitándonos de la vista arriesgamos la posibilidad de terminar con todo de una vez. Ir allí nos pareció una buena idea en su momento, pero no arreglaba nuestros problemas. Para arreglarlos, teníamos que volver a Manhattan y encararlos.

Me levanté y besé a Alex en la frente.

— Por culpa de mi padre he estado huyendo la mayor parte de mi vida. Se acabó. Estoy cansada. Haz esa llamada. Cuando hayas terminado, vayamos a decirle a Ann y a su familia que nuestra estancia aquí ha llegado a su fin.

Treinta minutos después, condujimos a través de la isla y le dimos la noticia a una familia encantada con la misma y que, como yo estaba sonriendo, no tenía ni idea del peso que llevaba en el estómago y que me hundía en la tierra. En ese momento me pareció que nunca había estado tan asustada como entonces.

Resultó que estaba equivocada hasta límites insospechados.

CAPÍTULO CUATRO

Esa tarde Alex y yo hicimos un esfuerzo por no hablar de nuestro retorno a Manhattan. Lo hecho, hecho estaba. Pronto un avión estaría en ruta para llevarnos a casa y nos enfrentaríamos a las consecuencias de nuestra decisión cuando estuviéramos allí. El acuerdo de no hablar de ello fue silencioso, pero palpable. Se trataba de disfrutar la isla mientras podíamos. Sentirnos seguros por un par de días. Pasar el tiempo juntos. Amarnos.

Y, sobre todo, ignorar lo que pudiera venir. Al menos, por el momento.

Mientras que Alex preparaba la cena, decidí sorprenderle arreglándome para la noche. Me di una ducha caliente, me sequé el pelo, lo alisé con las tenazas y me puse un poco de maquillaje y lápiz de labios.

Me decidí por el equivalente isleño del socorrido traje negro corto. En este caso, se trataba de un vestido blanco sin mangas por encima de la rodilla. Unos Manolo Blahnik blancos de tacón completaban el *look*, que era simple y *sexy* gracias al pronunciado escote, mi bronceado y la manera en que mi anillo parpadeaba a la luz.

Era la única pieza de joyería que decidí llevar conmigo porque era la única que significaba algo para mí. Verlo en el dedo me parecía irreal. Un día no lejano me casaría con Alex. Sería la madre de sus hijos, los criaríamos juntos, los veríamos crecer, nos haríamos viejos juntos, veríamos a nuestros hijos tener hijos, seríamos abuelos y, si Dios lo permitía, seríamos bisabuelos. Eso, tenía la certeza de que sería así. Pero antes, necesitábamos exponernos al extremo opuesto de las cosas.

Me puse mi perfume favorito en la punta del dedo y lo apliqué ligeramente detrás de los lóbulos, donde sabía que se encontrarían los labios de Alex algo más tarde. Cuando terminé, me miré en el espejo del baño, me di la vuelta y, casi después de una hora arreglándome, salí camino de la cocina.

Pero Alex no estaba allí.

Miré alrededor de la habitación, los cuencos y los utensilios de cocina apilados en el fregadero, señal inequívoca de que había estado preparando algo para la cena. Estaba a punto de decir su nombre en voz alta cuando vi una nota sobre la isleta de la cocina. Me acerqué y la leí.

Estoy en la terraza.

Giré a la derecha y miré a través del salón que se abría desde la cocina. La mampara de cristal que lo separaba del exterior estaba abierta, algo frecuente, por otra parte. No así la mesa circular que había en la terraza. Estaba cubierta con un mantel de lino blanco y servicio para dos. En medio, flores tropicales dispuestas en un florero bajo. Velas en pequeños cilindros de cristal rodeaban las flores. Sus luces ardían sin mucho movimiento, protegidas por el cristal del aire cálido del mar.

Dejé la nota donde la encontré, me dirigí al salón y salí a la terraza para encontrar a Alex de pie, en la playa, mirando la luna llena que se recortaba grandiosa por encima del agua. Debió oír mi taconeo en la terraza porque se volvió justo cuando salí al exterior.

— ¿Qué has hecho? —dije, mirando la disposición de la mesa—. Está preciosa.

Él llevaba unos pantalones de lino blanco y una camisa blanca por fuera, abotonada, que ondeaba con la brisa, y nada en los pies. Se había peinado con una raya y engominado el pelo hacia atrás, despejándose la cara y acentuando la angulosa línea de su mandíbula. Como de costumbre, tenía las manos en los bolsillos. Y cuando vio lo que yo llevaba puesto, esa sonrisa suya que tanto amaba fue dibujándose, poco a poco, en su rostro.

— Muy guapa —dijo.

— Oh, no —dije—. Usted. Muy guapo, señor Wenn.

Me hizo una pequeña reverencia con la cabeza y empezó a caminar hacia mí.

— ¿Champán, señora?

— Me encantaría.

Me indicó con la cabeza la hielera que tenía a mi lado.

— Tengo una botella enfriándose.

— Un alivio. Mirándote así, creo que necesito una bebida fría de lo que sea.

Llegó hasta la terraza y me besó delicadamente en los labios. Le puse la mano en el pecho y le devolví el beso. Cuando nos separamos, vi que había dejado lápiz de labios en los suyos y se lo limpié con un dedo.

— Ahora tienes lápiz en los dedos —dijo.

Antes de que pudiera responder, se llevó el dedo a la boca y lo chupó de una manera tan sensual que me preguntaba si acabaría la cena sin saltar encima de él.

Cuando terminó, sin soltarme la mano, volvió a preguntar.

— ¿Champán, entonces?

— Podemos ir al dormitorio directamente si quieres.

— Bebamos algo y cenemos primero.

Sacó la botella de la hielera, la descorchó, llenó dos copas con burbujas de algo que sabía sería excesivo y me alcanzó una de ellas. Chocamos nuestras copas y bebimos.

— ¿Qué has hecho para la cena? —pregunté.

— Algo ligero. Una ensalada de langosta que hasta Blackwell autorizaría y que nos proporcionará suficiente proteínas para más tarde.

— No bromees conmigo.

— ¿Quién está bromeando? Vas a necesitar todas tus fuerzas esta noche, Jennifer.

— Quizás tú también necesites algo de la tuya.

— Siempre mi igual —respondió.

— Quizás esta noche te deje convencerme de lo contrario.

— Creo que me gusta la idea.

Me cogió la otra mano. De la manera que lo hizo pude sentir su amor por mí como nunca pensé que lo sentiría con nadie. ¿Cómo había llegado a ese punto? ¿Cómo había tenido la suerte de encontrar a un hombre como Alex? No parecía posible y, sin embargo, allí estábamos.

— Antes de comer, ven a pasear conmigo por la playa —me dijo—. No se ve una luna así todas las noches. Y mira cómo se refleja en el océano. Disfrutemos de esto el tiempo que nos queda.

— Encantada. —Me deshice de los zapatos y lo seguí hasta la arena al borde del mar, donde una luna resplandeciente parecía atraernos hacia ella. La brisa era cálida y se hacía sentir, pero no era fuerte. Era maravillosa y consiguió jugar con mi pelo y con el vestido.

— ¿Eres feliz? —me preguntó al rato.

— Me lo has preguntado hoy dos veces.

— Me preocupa que no lo seas.

— Esto es lo que tienes que comprender. Estoy enamorada. Estoy con mi alma gemela. La luna parece que se nos ofrece como un regalo. Mírala, Alex. ¿Cuándo has visto una luna así?

— Nunca. No así.

Quise decir que era un buen presagio, pero no lo hice. Esa noche no había nada más. Sólo nosotros. Nada acerca de volver a Manhattan y nada acerca de los posibles peligros que nos aguardarían allí. Se había esmerado en preparar una cena especial, en servirme una romántica copa de champán y en arreglar una mesa digna de una princesa, y no estaba dispuesta a arruinar el momento. Nos lo merecíamos. Nos lo habíamos ganado.

— Te quiero —le dije.

Su mano apretó más la mía y me acercó más a él de forma tan tierna y protectora que me hizo sentir tranquila. Descansé mi cabeza sobre su pecho, sentí su calor en la mejilla, la sólida constitución de su musculatura, y permanecimos de pie, mirando la luna, mucho más grande que cualquiera de nuestros problemas y de un anaranjado tal que parecía arrancar llamas a la superficie del mar. Sintiendo esa paz, cerré los ojos para abrirlos un instante después, sorprendida por lo que me dijo al oído.

— Eres el amor de mi vida, Jennifer.

No estaba segura cómo responder a eso. Ciertamente, Diana había sido el amor de su vida. ¿Sería posible que yo ocupara su lugar tan pronto? Como solía hacerlo en momentos así, la voz de mi padre se coló en mi cabeza para decirme que no lo creyera, que Alex me estaba mintiendo. Pero yo sabía que no era así. Alex no me había mentado nunca y, además, no era el tipo de persona que hiciera declaraciones así. En el fondo, sabía que lo decía de verdad y, una vez más, acepté su verdad y callé la voz de mi padre.

¿Cómo es posible? Ningún hombre me ha amado antes. No así.

Más tarde, después de cenar, me llevó a la cama, con tal afecto y ternura que me reiteró la verdad de lo que había dicho. Estaba enamorado de mí. Más que enamorado. Cuando me penetró por segunda vez ese día, lo sentí en el corazón, y supe que era la mujer más afortunada del mundo. Pedí que esa fortuna nos siguiera a Nueva York y nos acompañara cuando nos enfrentáramos a los que nos esperaba allí.

* * *

A la mañana siguiente, amanecimos desnudos uno en los brazos del otro, con mi cabeza apoyada en su pecho descubierto. Sólo una sábana nos cubría. La mampara del dormitorio estaba abierta, como solía estar siempre, y el olor del aire fresco, salado, de océano era algo que pensé que sí echaría de menos.

Todo era tan puro en la isla. Ni humo, ni ruido, ni bullicio, ni tráfico. Sólo los dos, con la familia de Ann, a quienes veíamos ocasionalmente ya que llevábamos los negocios por Skype y correo electrónico principalmente, con lo cual ella y Mark podía dedicarse a criar a Max sin obstáculos.

Pero ese día era diferente. Ese día iba a ser una celebración. Era nuestro último día en la isla y estaba decidida a hacerlo tan especial como Alex había hecho la noche anterior para mí.

— ¿Qué te parece si hago el desayuno hoy?

Se volvió para mirarme, levantando una ceja.

— ¿Sabes cocinar?

– Ya hemos hablado de eso. Sabes que sí, pero no tan sofisticadamente como tú. Soy una chica de Maine que aprendió de su abuela, y mi abuela cocinaba comida casera deliciosamente. Estaba pensando en jugo de naranja y huevos.

– ¿Qué tal si lo hacemos entre los dos? Tú, coge las naranjas y exprímelas. Yo hare los huevos y las tostadas. Nos agasajamos mutuamente.

– Me parece estupendo. Pero esto es lo que me gustaría hacer hoy también: me gustaría tener a Ann y a su familia para el almuerzo. Hoy es nuestro último día aquí. Mañana salimos para Nueva York. Creo que es importante que todos nos juntemos para celebrar juntos nuestra última comida.

– ¿Qué tienes pensado?

– Nos han dado un mes de sus vidas. Tiene que ser algo que ninguno de ellos olvide jamás. Hasta Max.

– ¿Voy a poder darle las llaves de su propio Jeep?

– Cuando tenga la edad legal para conducir le puedes dar las llaves de su propio Jeep. Me he enamorado de ese niño. Aunque me horrorice la idea de que conduzca por Manhattan, secundo la idea de que le compres un Jeep.

Alex me cogió la mano y la llevó por debajo de la sábana hasta su erección. Me agarré a ella.

– ¿Secundas esto?

Me puse encima de él.

– Creo que sabes la respuesta. Pero, ¿por qué no me recuerdas la razón por la que lo hago?

* * *

Después de desayunar nos pusimos en acción. Mientras Alex reunía ramas y madera para hacer una hoguera en la playa llamé a Ann. Cuando contestó parecía faltarle el aliento.

– ¿Estás haciendo las maletas? –pregunté.

– ¿Cómo lo has sabido?

– ¿Te puedo ayudar?

– Mark está siendo un buen marido y Max un buen hijo. Ambos me están ayudando, aunque lo que Max entiende por ayudar aparentemente es crear más caos de lo necesario. Ya le he dicho que no puede llevarse todas las conchas marinas que le gustaría, y que son todas las que se ha encontrado en la isla desde que llegamos. Pero vamos poco a poco seleccionando. Y gracias, Jennifer. Te agradezco tu ofrecimiento.

– Suena a que vas a necesitar un descanso más tarde.

Hubo un breve silencio.

– ¿En qué estás pensando?

– Un almuerzo algo más tarde. En nuestra casa. O cabaña. O como quieras llamarla. ¿A las tres? No tienes que preparar nada para traer, sólo meteros en el Jeep y asegurarnos de venir con hambre. Alex y yo vamos a explayarnos. Es nuestro último día aquí, así que vamos a celebrarlos. ¿Qué te parece?

– ¡Una idea estupenda! Nos encantaría. Al menos déjame traer una jarra de margarita.

– No te voy a decir que no. Y quizás te ponga a cargo de los martinis cuando anochezca. ¿Recuerdas la primera vez que me serviste un martini, cuándo me entrevisté con Alex? Me

dijiste que los hacía suaves como la seda y fríos como el mes de enero. Y era cierto. No lo olvidaré jamás. Cuando te conocí, pensé que eras una de las mujeres más elegantes que había visto en mi vida. Todavía lo pienso. Me hiciste uno de los mejores martinis que había tomado nunca o que necesitara tanto como en aquel momento.

— Con gusto me hago cargo de los martinis. Después de tanto empacar, piensa la cantidad de agresividad que puedo descargar agitando la coctelera.

Me reí al pensarlo, principalmente porque sentí en su voz un genuino deseo de divertirse un poco y tener un poco de descanso.

— Perfecto. En este momento Alex está haciendo una hoguera para que nos alumbre cuando se ponga el sol. En una media hora nos pondremos manos a la obra en la cocina. No puedo esperar a verte y darle una despedida apropiada a la isla.

— ¿Vas a echarla de menos? —preguntó.

— En parte sí. Es hermosa. Y Alex y yo nos hemos unido aún más. ¿Y tú, Mark y Max?

— También la echaremos de menos. Pero, por muchas razones, es hora de volver a casa. Por ejemplo, necesito una dosis de compras. Quizás te apetezca venir conmigo.

— Dalo por hecho. Nunca hemos ido de compras juntas. Nos llevaremos a Lisa y a Blackwell, porque Blackwell no nos permitiría ir sin ella. Va ser sonada. ¿Qué tienda echas más de menos?

— ¿Tienes que preguntarlo? Prada.

— Sabía que nos habíamos hecho amigas por alguna razón.

— Pero Prada después de que me haya hecho una muy necesitada pedicura para devolver a mis pies su forma habitual. Quiero un par de zapatos nuevos. ¿Crees que es mucho pedir?

— No para mí. Me parece lo más razonable.

— ¿Y quizás un vestidito mono?

— ¿Y alguna faldita?

— ¿Una camisita?

— ¿Y por qué no algo de lencería?

— ¿Y quizás una vueltita por Tom Ford para terminar?

— ¿Pasándonos por Gucci para los chicos?

— ¿Sólo para los chicos?

— Bueno, quizás no sólo para los chicos.

Titubeó un instante y su voz sonó seria.

— Jennifer, nada de esto es asunto mío, así que no tienes necesidad de responder si no quieres, pero estamos preocupados. ¿Vais a estar seguros de vuelta a casa?

Al principio, consideré suavizar la situación, pero no podía hacerle eso. Ella y su familia nos habían sido leales. Si lo preguntaba, merecía saber la verdad.

— No lo sé —le dije—, pero no podemos no volver. Quedarnos aquí no resuelve la situación como habíamos esperado. Nadie ha encontrado pistas sólidas que lleven a ninguna parte. Así que es hora de volver a Manhattan y enfrentarnos a lo que nos espere allí.

— Estamos preocupados por vosotros.

Intenté mantener la voz uniforme.

— Nosotros también lo estamos. Es natural y te agradezco tu interés. De verdad. Pero no dejemos que eso nos estropee el día. Hoy toca divertirse. Comamos hasta reventar. Pasémonos con las margaritas frías y los martinis como enero. ¿Nos vemos a las tres?

— Sin demora. Hasta luego.

Cuando colgué el teléfono tuve que vencer la oscuridad que se cernía sobre mí. Me volví

y miré a Alex a través de las puertas abiertas. Se había quitado la camisa y estaba apilando troncos unos encima de otro. Estaba feliz enfrascado en su tarea, probablemente con la mente distraída. Lo miré por un rato, sentí un arrebató de amor por él. Luego, salí a la terraza.

— Ann y sus chicos estarán aquí a las tres —dije desde la distancia.

Él se sacudió un poco de arena que tenía en el pecho y me sonrió.

— Excelente.

— Voy a preparar dos ensaladas diferentes. ¿Qué has pensado como plato principal?

¿Pescado o carne?

— Los dos.

— Perfecto.

— Dame veinte minutos y voy a ayudarte.

Antes de que se uniera a mí en la cocina, habían pasado cuarenta minutos y estaba cubierto de arena. Lo miré con asombro.

— Deberías usar la ducha que está afuera antes de dar un paso más.

— ¿Y qué pasaría si voy hasta donde tú estás y te restriego toda esta arena?

Sabía que lo haría si pensaba que podía salirse con la suya, así que le di el alto con la mano intentando disuadirlo.

— No puedes. Mira toda esta comida, vas a llenarla de arena y me temo que no les guste a nuestros invitados. Vaya usted a la ducha, macizo, y enjuáguese. Entonces me podrás ayudar. He hecho una ensalada de verduras frescas con una vinagreta de limón de la que Blackwell estaría orgullosa. Está enfriándose en el frigorífico. Estoy a punto de terminar la ensalada de patatas de mi abuela, que nunca has comido pero te va a encantar. Teníamos todo lo necesario en la huerta, chalote y cebolleta en abundancia, y buen vino, claro está, y mostaza para la base, así que creí que sería una buena elección. Voy a hacer canapés de *humus* y aún nos quedan patatas fritas del último encargo, para hacer feliz a Max. Creo que tenemos algo de tomatillo mejicano por alguna parte también.

— No me lo puedo creer —dijo Alex.

— Te dije que podía cocinar. Vete a la ducha para que puedas acercarte y darme un beso.

— ¿Un beso solo?

— No tienes remedio.

— Tenemos tiempo suficiente.

— Estás demasiado bueno para hacerlo deprisa y corriendo. Así que no. Además, primero tienes que ablandar la carne. —Se sonrió con malicia—. En cuanto a esta noche, cuando estemos solo, uno nunca sabe lo que puede pasar —dije encogiéndome ligeramente de hombros.

* * *

Poco antes de que Ann y su familia llegaran, a las tres, puntualmente, Alex y yo habíamos preparado una mesa bastante impresionante dada la improvisación. Nos habíamos duchado y cambiado y, milagrosamente, después de haber trajinado tanto, estábamos listos para la celebración.

— Lo hemos hecho nosotros —dije.

- Una pareja de profesionales consumados.
- Uno diría que lo hemos hecho toda la vida.
- Algún día será toda la vida— dijo Alex inclinándose hacia mí y besándome.

Cuando oí el Jeep que llegaba, saqué las ensaladas del frigorífico, les di una vuelta y las llevé a toda prisa a la mesa que habíamos servido en la terraza. Luego crucé la cocina camino de la entrada mientras que Alex ponía el resto de la comida en la mesa.

– Creo que ya podemos abrir las patatas fritas —le dije cuando nos cruzamos—. Aguantarán la humedad un par de horas antes de que se reblandezcan.

- Hecho.
- Saqué una fuente de cristal para ponerlas. Está en la barra de la cocina.

– ¡Tan eficaz!

– Mira quién habla. Lo vamos a pasar muy bien. Ya han llegado. ¡Jesús! Ann no bromeaba. Trae una jarra enorme de margarita. No dejes que me pase.

– No tienes nada de qué preocuparte, cariño.

– No me preocupo.

Abrí la cancela, los saludé desde la puerta y me agaché cuando vi a Max correr por el empedrado de la entrada para darme un abrazo.

– ¿Cómo estás, mi hombrecito?

– Mami no quiere que me lleve mis conchas.

Miré a Ann, que movió la cabeza de un lado a otro con resignación. Como siempre, estaba impecable; esbelta y sofisticada. Llevaba unos pantalones cortos amarillos y una camiseta de tirantes blanca que dejaba ver un moreno que rivalizaba con el mío. Su pelo rubio recogido en una coleta que colgaba sobre su hombro y que me recordó, por un instante, a Lisa. Miré a Mark, detrás de ella, y me saludó. Era un hombre alto y atractivo, de treinta y pocos años, con el pelo rizado, oscuro, y necesitando un buen corte. Como todos nosotros.

– ¿Todas? —pregunté a Max.

– Bueno, no todas.

– Sólo algunas.

– Sí, pero la mayoría.

– Seguro que te llevas tus favoritas.

– Todas son mis favoritas.

– Bueno, ya volveremos algún día para que te lleves el resto.

Satisfecho, se giró a su madre.

– No dijiste que podíamos volver y llevarnos todas.

– ¿No te lo dije?

– Nooooo.

– Bueno, puede que algún día volvamos. No sé cuándo, pero siempre van a estar aquí ¿Qué te parece?

– ¡Guay! —contestó y, acto seguido, me pasó como un rayo y se metió en la casa buscando a Alex.

Me incorporé y los besé a los dos.

– Crisis resuelta.

– Y menuda crisis. Ni te imaginas.

– No podrías —apuntó Mark.

– Es adorable. Debe ser difícil negarle nada.

– Estoy impaciente por que Alex y tú tengáis un hijo —dijo Ann—. Niño o niña, va a ser

una hermosura.

Detrás de mí sonó la voz de Alex.

— Yo también —dijo.

Me giré sorprendida y lo miré. Estaba apoyado contra el marco de la puerta, Max colgando en una pierna, y aunque su expresión parecía sarcástica, supe que de verdad decía lo que sentía.

— Tendrás que casarte conmigo primero —dije.

Se adelantó y cogió la jarra de las manos de Ann.

— Dime cuándo. En cuanto estés lista lo estoy yo también.

Y con las mismas se adentró en la casa con Max.

Me volví a Ann y los ojos se nos abrieron como platos al mirarnos como sólo dos mujeres podrían hacerlo después de una declaración así.

— Mujeres —dijo Mark cuando pasó por nuestro lado para entrar.

— No lo entenderás nunca —dijo Ann.

— Nunca —secundé.

Nos cogimos de las manos.

— Sin compromiso, pero quiero ser tu dama de honor.

— No tienes ni que preguntarlo.

La rodeé con el brazo mientras entrábamos en la casa.

— Vosotros dos, casados. No lo puedo creer.

Giré la cabeza para mirarla.

— Uno de los días más felices de mi vida en el horizonte. Pero quiero disfrutar mi noviazgo primero. Cuando se trata de boda, la única pregunta es *cuándo*.

— ¿Cuándo crees?

— En el momento oportuno. Ese hombre me tiene por vida.

— Me muero de impaciencia.

Le sonreí.

— Yo también.

* * *

Después de un magnífico anochecer a la luz de una hoguera, tras una comida opulenta, llena de risas y de las soberbias margaritas de Ann, y de su talento superior preparando martinis, despertamos al día siguiente para empacar y esperar el vuelo de vuelta a Manhattan.

CAPÍTULO CINCO

Llegamos a la ciudad al atardecer del día siguiente. Manhattan parecía como si la hubieran espolvoreado de luces. Desde la ventanilla, pude ver dos furgones esperándonos en la pista de LaGuardia. Sus luces delanteras iluminaban el área y oscurecían su entorno. Vi a Blackwell, a Tank y a otros miembros de su equipo, todos enchaquetados, y aunque no las podía ver, sabía que todos llevaban armas.

— Las chaquetas, todos —dijo Ann. —Las puse arriba de los asientos de cada uno. Nadie va a pillar un resfriado si puedo evitarlo.

— Gracias —contesté. —Ni se me había ocurrido.

— A mí casi se me olvida. Después de nuestra estancia en la isla, tuve que recordarme que estábamos en noviembre. Creo que vamos a sentir más frío del que realmente hace cuando se abra la puerta.

Me volví a Alex, sentado al otro lado del pasillo y le alargué una mano.

— ¿Has dormido algo?

— Un poco, pero no lo suficiente.

— Yo también. Demasiadas cosas en la cabeza.

— ¿Estás feliz de volver?

— Me alegrará ver a Lisa. Estaré feliz cuando todo esto acabe. Pero mientras estés conmigo, estaré bien.

Me besó el dorso de la mano y me la sostuvo por un momento contra su mejilla hasta que nos levantamos para ponernos las chaquetas. Al salir de nuestro *jet*, la primera persona a la que busqué desde la puerta fue a Tank. Cuando lo vi, me miró y movió los labios para decirme que estuviera tranquila. Bajé las escaleras, seguidas de Ann y su familia, y finalmente, de Alex.

Blackwell me saludó con una mezcla de alivio y malicia en sus ojos.

— Vaya, vaya —dijo. —Esto lo confirma. La cámara añade cinco kilos. Aún con la chaqueta puesta puedo ver que no has llegado a los cien kilos como yo creía. —Su expresión se suavizó. Me cogió la cara con las manos y luego me abrazó. En voz baja, me habló al oído—. Y gracias a Dios que has vuelto, Jennifer. Te he echado terriblemente de menos.

— Ha sido bastante duro para mí estar lejos de mi vientre putativo.

Me hizo a un lado.

— ¿De tu vientre qué?

— Mi vientre putativo.

— No sé lo que es eso, y estoy segura de que no quiero saberlo.

— Lo sabe perfectamente. Yo también la he echado de menos. Más de lo que se figura.

— Tenemos mucho de qué hablar luego. Pero primero, déjame darle la bienvenida a casa a Ann y su familia y darle un beso a Alex.

— Por supuesto.

La vi acercarse y darle la mano a Ann y su marido, y despeinar a Max. Les dijo algo que

no pude oír antes de irse hasta Alex con las manos en las caderas. Por un instante se miraron y, por fin, sonrieron. Alex la besó en la mejilla, se intercambiaron algunas palabras y luego Blackwell, que raramente mostraba sus emociones, se puso de puntillas para devolver a Alex su beso en la mejilla. Volvió la cabeza y se dio cuenta de que todos las miradas estaban en ella, se separó de Alex, casi avergonzada.

— Bueno, es hora de irnos a casa. —Señaló una de las furgonetas. — Ann, Mark, esa es para vosotros. Que descanséis.

— Gracias, Sra. Blackwell.

— No. Gracias a ti. De verdad. Tú y tu familia sois un tesoro. —Empezó a andar en dirección a la otra furgoneta—. Esta es para nosotros —nos dijo a Alex y a mí—. Por mucho que me guste cómo el frío me cierra los poros, sugiero que nos montemos y nos larguemos de aquí. ¿No te parece, Tank?

— Estoy con usted, señora.

— ¿Alex y Jennifer?

— Detrás de usted —dije.

Y con un rápido saludo de despedida a Ann y su familia salimos de allí.

* * *

En la furgoneta me senté entre Alex y Blackwell y le mandé un texto a Lisa: *En casa en 45. ¡Qué ganas de verte!*

Casi inmediatamente, me respondió: *Por fin. Besos, abrazos y martinis en 45.*

Sonreí, me metí el teléfono en el bolsillo y me recosté en el asiento. Un martini podría dejarme sin sentido en ese momento, pero compartiría uno con ella. Nos pondríamos al día en lo posible y nos iríamos a la cama.

— ¿Era Lisa? —preguntó Alex.

— Sí. Si no te importa, pasaré la noche con ella. Tengo síndrome de abstinencia.

Me apretó la mano.

— Como quieras.

— Necesitará protección —dijo Tank desde el asiento delantero. Le hizo una indicación con la cabeza al conductor, que era tan enorme como él. ¿Qué comían estos hombres? ¿De dónde salían?— Aquí, Scott hará guardia en el vestíbulo.

— Va a ser una noche larga para él —dije—. ¿Es necesario? ¿Es que sabe alguien siquiera si hemos llegado?

— Aún no —dijo Blackwell—. Lo sabrán mañana. Pero Scott es un acumulador de energía. Además, nadie va a correr ningún riesgo con vuestras vidas. ¿Has tomado suficiente cafeína, Scott?

— Sí, señora. Descansado y listo para el trabajo.

— Perfecto. Dejaremos a Jennifer en el 800 de la Quinta y te quedarás con ella. Tank me llevará a casa y luego se encargará de vigilar el ascensor privado del señor Wenn después de dejarme.

— Sí, señora.

Blackwell se dirigió a mí.

— Mañana es la conferencia de prensa. A las dos. Bernie estará en la Wenn al mediodía para peinarte y maquillarte. Le cortará el pelo a Alex a las once, porque antes muerta que

dejarlo aparecer en la televisión o los periódicos como un *hippy*. Tengo la ropa elegida para cada uno de vosotros. Alex se preparará una breve declaración por la mañana. Tú estarás a su lado cuando se la repita a la prensa, que será avisada de vuestro regreso a primera hora de la mañana, así que espera encontrarte un enjambre cuando salgas de casa. Ponte lo más guapa posible. Esta es la fase uno. Dejamos que el público sepa que estáis de vuelta y empezamos la fase dos.

— Que es cuando cazamos la rata.

Dudó antes de responder.

— Efectivamente.

* * *

Cuando la furgoneta paró al lado de mi edificio, le di a Alex un sentido beso y le dije que lo quería y que lo llamaría antes de irme a dormir.

— Te voy a echar de menos —me dijo.

— Estar sin ti va a ser extraño. Pero espero que lo entiendas. Necesito verla.

— Sabes que lo entiendo. Sólo estoy siendo egoísta. Dale mis recuerdos a Lisa.

— Lo haré. E intenta descansar. Come algo. No quisiste nada en todo el vuelo. Sabes que me preocupo.

— Encontraré algo que comer.

— Me alegra.

Era la primera vez en un mes que me separaba de él, y realmente tuve que obligarme a hacerlo. Sería sólo por una noche, pero mis emociones me podían. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando Blackwell salió del coche para que yo pudiera bajarme. Siendo alguien a quien no se le escapaba una, notó mi expresión cuando salí del coche. Me agarró los brazos y me miró a los ojos.

— No le va a pasar nada —dijo—. Ni a ti tampoco. Ve con Lisa. Te has ganado una noche de con tu chica. Intenta relajarte. Scott se asegurará de que estés a salvo. Tank hará lo mismo con Alex.

— ¿Quién va a cuidar de usted? —La pregunta la cogió por sorpresa. Miré a Scott, a mi lado, de pie—. ¿Quién va a proteger a Bárbara?

— Yo me protejo sola —dijo Blackwell—. Siempre lo he hecho, hasta cuando estaba casada. No hay necesidad de...

— Tank —interrumpí—. Por favor, llame a uno de sus hombres y dígame que esté esperando a Bárbara para cuando llegue a su apartamento. Si Alex y yo vamos a estar protegidos, Bárbara también. ¿Puede hacerlo?

— Es innecesario —dijo Blackwell.

— ¿Puede hacerlo? —pregunté de nuevo—. Porque mi amiga Bárbara, aunque ella no lo haya pensado, está también en el punto de mira. La gente sabe lo mucho que ella significa para Alex. Si yo soy un blanco, ella también lo es —miré a Alex, dentro de la furgoneta—. ¿No estás de acuerdo?

— Lo estoy.

Me volví a Tank, que ya estaba al teléfono.

— Por favor, no la deje hasta que su hombre esté allí, ¿de acuerdo? Quiero que la escolten hasta el edificio.

— A la orden.

Pero Blackwell no parecía muy satisfecha.

— Esto es ridículo. ¿Desde cuándo necesito niñera?

— Pero lo hará por nosotros, ¿verdad? —le rogué—. Para que podamos dormir más tranquilos. Nos hará el favor, ¿verdad?

Iba a decir algo, pero en su lugar dejó caer los hombros.

— Eres tan chantajista como irritante.

— Usted también. Ahora, váyase a casa y tenga cuidado. La veo mañana al mediodía.

Con suerte, Bernie podrá hacer algo con este pelo. Está fuera de control.

— Como un nido de puntas abiertas.

— ¿Qué esperaba? Nos bañábamos en el mar todos los días.

— Podrías haber pensado en usar acondicionador.

— ¿Y quién dice que no lo hice?

— Bueno, aparentemente no envié suficiente cantidad. Con ese pegote de pelo me recuerdas a la novia de Frankenstein.

Puse los ojos en blanco. Había ganado la batalla de hacerla tener un vigilante y sólo estaba afirmándose a sí misma. Todo valía. Mientras que estuviera protegida, yo estaba feliz de servir de desahogo.

— Tengo que admitir que necesito una limpieza de cutis.

— Qué generosa por tu parte. No necesitas una limpieza. Necesitas una *dermoabrasión*.

Y sumergirte en un baño de parafina. O, mejor aún, un buen lijado. El sol te ha arruinado la piel. Parece como si te hubieras estado friendo en una cama de ultravioletas por un mes.

No sé lo que Bernie pueda hacer con eso, pero algo se le ocurrirá. Algún potente elixir. Algún suero secreto del que nadie sabe. Probablemente algo recetado bajo la mesa, pero no le vamos a poner reparos. Bernie y yo encontraremos la manera.

— Al menos no tengo marcas de bañador —dije.

— No necesito saber tanto, Jennifer. Ahora, lárgate. Ya te has salido con la tuya esta noche. Pero mañana, mañana la tendré contigo.

— ¿Cómo Alex en la isla?

— ¡Basta!

Me agaché y le mandé un beso a Alex, que pretendió coger con la mano, y luego besé a Blackwell en la frente. Finalmente crucé la acera y entré en el edificio. Por un instante sentí una cierta excitación.

Por fin, pensé. Lisa.

CAPÍTULO SEIS

Cuando se abrió la puerta del ascensor, Lisa estaba allí, esperándome. Me rodeó con sus brazos y me dio uno de los más significativos abrazos que me había dado hasta entonces. Me fundí con ella, le dije cuánto la había extrañado y, luego, nos separamos para mirarnos una a otra.

— Estás bronceada —me dijo—. Nunca te había visto tan morena.

— Esos genes de canadiense francófono se dispararon en la isla. ¿Quién se hubiera imaginado que algo así era posible? A causa del aparente daño que le he hecho a mi piel, Blackwell dice que necesito un elixir y un suero. Preferiblemente con receta médica. También mencionó un lijado como opción. Me temo que va a usar hasta vudú.

— ¿Qué sabe ella? Estás radiante.

— Y no sólo por el sol.

Me guiñó un ojo, me cogió de la mano y juntas recorrimos el pasillo hasta nuestro apartamento. Cuando entramos, vi a lo lejos al menos una docena de globos plateados en el salón que decían “Bienvenida a casa”.

— ¡Lisa!

— Tenías que haberme visto por la Quinta con esos globos. Pensaba que me iban a llevar por los aires.

— Me lo imagino. Son más grandes que tú. Debe haber una docena.

— Digamos que eran una docena hasta que una ráfaga de aire se llevó un par de ellos.

— ¿Dónde los conseguiste por aquí?

— Hay cosas que mejor no contarlas. —Se le iluminó el semblante—. Voy a preparar unos martinis —añadió—. Siéntate y relájate. Hay una tarjeta para ti en la mesa del salón. Nos servimos dos copas bien frías y empezamos a ponernos al día. Y digo empezar literalmente. Ya sé que estás cansada, pero dame al menos una hora, es todo lo que te pido. Y luego te puedes ir a la cama. No tienes ni idea cuánto te he echado en falta.

— No eres la única. Yo he sufrido trastornos de ansiedad por la separación de mi alma gemela desde que me fui.

— ¿Así que tiene nombre? Lo voy a incorporar en mi nuevo libro, pero con un toque zombi. —Se dirigió a la cocina—. Por supuesto, tuve la suerte de tener a Tank al lado mientras tú estabas fuera —dijo, como de pasada.

Eso me dejó muda un instante.

— ¿Ah, sí? —dije mientras ella sacaba dos copas y una botella de vodka del congelador.

— Sí.

— Cuéntame.

— ¿Qué quieres saber?

— Todo.

Por un instante, su sonrisa pareció desvanecerse antes de volverse para coger hielo del congelador.

— Ya hablaremos de eso. Ahora siéntate y abre la tarjeta mientras yo preparo las

bebidas. Luego hablamos.

Entré en el salón, me abrí paso entre algunos balones y miré a mi alrededor. Nada había cambiado. No había pasado mucho tiempo allí antes de salir para la isla, pero aun así lo eché de menos.

Me senté en el sofá y encontré un sobre en la mesa. Lo abrí y saqué la tarjeta. Había dos niñas de la edad que Lisa y yo teníamos cuando nos conocimos. Estaban sentadas en un banco, de espaldas a la cámara y cogidas de la mano. Una era rubia y la otra morena. Al abrirla no había ningún mensaje prefabricado, sino una nota escrita por Lisa. La leí para mí.

Querida Jennifer —escribió—. Desde que éramos niñas no nos hemos separado. No haberte tenido conmigo durante un mes sólo me ha hecho valorar aún más nuestra amistad y lo feliz que me hace tenerte conmigo. Te quiero como la hermana que no tuve. Gracias por asegurarte de que permaneciera en el apartamento. No hubiera podido pagarlo por mí misma. Y gracias por ser la mejor amiga que una mujer puede tener. Con cariño, Lisa.

Me llevé la tarjeta al pecho y oí el ruido de Lisa agitando las bebidas. Me emocioné por estar en casa, pero quise mantener mis sentimientos a raya porque quería aligerar el ambiente para cuando ella llegara con las bebidas. Lisa y yo no nos habíamos separado nunca. Sólo había pasado un mes, pero cuando quieres a alguien como yo quería a Lisa, que fue testigo de cada momento funesto vivido con mis padres, uno nunca da nada por hecho o por sabido. Miré los globos y me sentí rebosante de agradecimiento por tener a alguien en mi vida, aparte de Alex, que me quería por mí misma.

— ¿Quién quiere un buen martini? —dijo Lisa entrando en el salón.

Levanté el brazo.

— Yo misma.

Un rato antes me había sentido cansada, pero ahora, estando con ella, me sentía renovada.

— Pero primero —dije cogiendo la copa de su mano—, Tank. Desembucha.

Se sentó enfrente de mí y pude deducir por su expresión que no todo estaba bien.

— Bueno, hemos salido cuatro veces. Una por cada semana que has estado fuera. Es como un mecanismo de precisión, pero fue militar al fin y al cabo. —Agravó la voz intentando imitarlo—. *¿Y el miércoles? ¿Qué tal el próximo miércoles? ¿Tienes libre el miércoles? Cosas así.*

— ¿Adónde habéis ido?

— Salimos a cenar tres veces y esta semana nos tocó cena y cine, lo cual es un progreso. Vamos despacio, y eso está bien, supongo. Ya sabes lo que me ha pasado otras veces con los hijos de puta que he salido. Y Tank también ha pasado por la misma mierda, incluyendo la dolorosa ruptura de una relación de cinco años con una mujer con la que pensaba casarse, hasta que la encontró con otro.

— Pobre Tank. ¿Qué sientes por él?

— No lo sé, Jennifer. Tengo dudas. Pero por mí, no por él. Es inteligente, amable, más agudo de lo que esperaba, besa de maravilla, y es todo un caballero. Parece el hombre perfecto, lo cual, naturalmente, me asusta horrores porque mi pasado es la prueba de que no soy buena juzgando lo que ser un novio perfecto significa. Tú tienes tus problemas de desconfianza, yo tengo los míos. Así que empiezo a levantar la guardia cuando debería estar bajándola. No puedo evitarlo. Empiezo a pensar que debería ir recortando y enfocarme en mi trabajo, quizás darme una año más antes de volver a la escena. Creí que estaba lista para volver a salir con alguien, pero ahora que lo estoy haciendo no estoy

segura. He llegado al punto con Tank en el que mis sentimientos están haciendo acto de presencia. Podría enamorarme de él rápidamente, pero no quiero salir herida otra vez. Sé que no parece posible, pero ya sabes lo mal que acabaron mis dos relaciones anteriores. No estoy segura de que esté lista para correr ese riesgo otra vez.

— Sin duda, harás lo que sea lo mejor para ti y lo que sea justo para Tank. Pero te diré algo. No has tenido una relación en años. En algún momento tendrás que confiar en alguien otra vez. Y esto te lo dice alguien que sólo hasta hace muy poco ha decidido confiar en alguien, así que sé lo que está en juego. Lo entiendo. Dicho esto, he aprendido que hay unas cuantas joyas por ahí fuera esperando.

— Lo sé. Y sé que estoy siendo irracional y emocional. La buena noticia es que él no me está dando ninguna prisa. Al menos hasta ahora. ¿Pero qué pasará dentro de tres meses? ¿De cinco meses? Los sentimientos irán creciendo. Él esperará un cierto compromiso en algún momento, ¿y si no soy capaz de comprometerme? Entonces habré jugado con él, algo que no quiero hacer. Se merece algo mejor. Así que necesito tomar una decisión acerca de esto lo antes posible. Tank podría tener a quien quisiera y no quiero interferir. Es un buen hombre y, por lo que me ha dicho, listo para sentar la cabeza.

— Eso es admitir mucho.

— Y ya lo he oído antes.

— De un par de idiotas inmaduros que no sabían lo que tenían contigo. Tank no es como ninguno de ellos. No es un niño. Es un hombre.

— En eso estoy de acuerdo.

— Tú sabes que nunca me gustaron tus otros novios.

— Por decirlo delicadamente, pero tenías razón con respecto a ellos.

— No es cuestión de tener razón o no. Esto hay que hablarlo. Creo que estabas años por delante de esos niños pretendiendo ser hombres. Tank está más a tu nivel. Él sabe lo que se trae entre manos.

— Completamente de acuerdo.

Le dio un trago a su martini y pude sentir su vulnerabilidad desde donde yo estaba. Me dolía verla así. Pensaba que las cosas iban bien entre ellos. Pensaba que estaba en un buen momento con su carrera de escritora y que estaba lista para compartir su vida con alguien. No me esperaba algo así, pero sin duda lo entendía. Yo sabía lo paralizante que era el miedo a confiar en alguien. Aun así, me disgustaba pensar que dejaría pasar a Tank, de quien no dudaba que era una buena persona.

— ¿Cómo puedo ayudarte?

— Simplemente escuchándome.

— ¿Hay algo que pueda decir?

Lo pensó un momento, poniendo una mano debajo de la copa de martini.

— ¿Qué piensas de él?

— Me gusta mucho. Tengo muy buena impresión de él desde el día que salimos los cuatro a cenar y pude verlos juntos. La química entre los dos era increíble. Y me encantó que pagara la cena con Alex allí. No dio por hecho que Alex pagaría porque tiene mucho dinero. Eso dice mucho de él. Mientras estábamos en la isla, tuvimos muchas conferencias por Skype. Es muy perspicaz. Y estoy a punto de poner mi vida en sus manos, lo que indica lo mucho que confío en él. Pero esa es sólo mi impresión. La que importa es la tuya.

Lisa frunció el ceño.

— ¿Qué quieres decir con eso de que estás a punto de poner tu vida en sus manos?

— Hay una razón por la que estamos de vuelta en Nueva York, Lisa.

— No sabía que hubiera una razón. ¿Y cuál es?

Le conté todo, cada detalle, cada riesgo, de cuántas maneras todo podría salir mal y de cuántas bien. Al terminar, con miedo en la mirada, me preguntó si me gustaría otro martini. Después de haber admitido todo a lo que me enfrentaría al día siguiente, y todo lo que vendría después, agradecí gustosa.

* * *

Más tarde, después de ducharme y ponerme unos pantalones cortos y una camiseta, recogí mi teléfono, le di las buenas noches a Lisa y me fui a mi habitación. Sobre la cama había una nota: *Cambiadas esta misma tarde. Felices sueños. Tendré el desayuno listo cuando te levantes.*

Es la mejor. Me metí en la cama y llamé a Alex. Me respondió a la primera.

— ¿Puesta al día? —preguntó.

— Entre nosotros no hay manera de ponerse al día. Podíamos haber hablado durante horas, nada fuera de lo común. ¿Cómo estás tú? Te extraño. ¿Estás en la cama?

— En la cama. Solo. Pensando en ti.

— ¿Estás preocupado por mañana?

— No es mañana lo que me preocupa. Es sólo una conferencia de prensa para dejar saber a los accionistas que estoy de vuelta y al cargo de la compañía por completo.

— Y dejar saber a alguien más que estás de vuelta. Que estamos de vuelta.

— Es parte del plan. Hablé con Tank antes. Todo está dispuesto para la fiesta. Peachy se ha portado fenomenalmente, lo que prueba que estaba equivocado con ella. Se han instalado cámaras de seguridad por todas partes. No hay un rincón que no quede registrado. He visto la lista de invitados y Adriana Bomba ha confirmado su presencia.

— Así que empezamos con una Bomba. ¡Qué apropiado!

— Así es. Veremos qué pasa. Si no sale nada, vamos por los otros.

CAPÍTULO SIETE

La mañana siguiente, me desperté al olor del café recién hecho y a la luz del sol colándose por las ranuras de la persiana. Me sentía lo suficientemente descansada para enfrentarme a lo que iba a ser un día difícil.

Salí de la cama y fui a la cocina, donde encontré a Lisa, sentada en la barra, leyendo el *Times*. Se había duchado ya, tenía el pelo recogido en una coleta y llevaba unos pantalones deportivos y una camiseta blanca. Se giró para mirarme con una sonrisa.

— ¿Lista para desayunar?

— Me muero de hambre.

— ¿Café primero?

— Por favor.

Me sirvió una taza, lo preparó exactamente como me gustaba, y me la dio.

— ¿Cómo has dormido?

— Sorprendentemente bien.

— Eso es porque estás agotada. Déjame hacer el desayuno. Bébete el café, lee el periódico y date tiempo para despertar del todo.

El desayuno fue delicioso, pan tostado con crema de queso y huevos revueltos con pimienta negra. Cuando terminamos le hice un gesto de aprobación con ambos pulgares.

— Estaba riquísimo.

— Gracias.

— ¿Cuánto tiempo llevas levantada?

— No me acosté.

— ¿Por qué?

— Demasiadas cosas en la cabeza. Me adormilé en el sofá. Finalmente decidí no intentarlo más y me di una ducha, hace una hora más o menos. Creo que estuve debajo del agua un buen cuarto de hora.

— ¿Te sientes mejor?

— Necesitaba pensar en mi vida. Voy a darme un par de días para cuidar de ti, ver películas malas y, quizás, leer algún libro, limpiar el apartamento, y a pensar mucho entre una cosa y otra. Gracias por escucharme anoche. Creo que me ha ayudado a poner las cosas en su sitio.

No le pregunté qué sitio. Sabía que me lo diría cuando estuviera lista. Sólo esperaba que siguiera adelante con Tank porque tenía la certeza de que era el hombre para ella.

— ¿Cómo van las ventas?

— Tres semanas entre los cien más vendidos. Ahora está un poco más abajo. El nuevo libro está a la mitad.

— ¿A la mitad? ¡Qué rápido!

— Digamos que he tenido mucho tiempo de estar a solas. Me enfrasqué en él.

— ¿Te va gustando?

— De hecho casi me está encantando. ¿Quién iba a decirme que un apocalipsis zombi iba

a tener tanta humanidad?

— ¿Ha leído Tank algo de él?

Negó con la cabeza.

— Ya sabes que tú eres la primera a quien le enseñé mi trabajo. Pero ha leído mis otros dos libros.

— ¿Qué le parecieron?

— Me dijo que le encantaron. Y me quedó claro que, hasta cierto punto, así es ya que me hizo muchas preguntas sobre ellos. Y no estúpidas, superficiales. No. Realmente interesantes. Me pareció un amor.

Me quedé mirándola.

— Lo sé —añadió—. Porque es un amor. Créeme, he estado rumiando el mismo pensamiento toda la noche.

— No hay prisa, ¿cierto? Date unos días. Ahora que hemos hablado, tómate algún tiempo para pensarte las cosas.

— Esa es la idea.

— Me alegro. —Me bajé del taburete y llevé el plato al fregadero—. ¿Tenemos un termo por aquí?

— Yo tengo uno. ¿Por qué?

— Uno de los hombres de Tank ha estado haciendo guardia en el vestíbulo del edificio toda la noche. Se llama Scott. Le voy a llevar un poco de café y unas tostadas, si queda alguna. Estoy segura que estará hambriento. Luego, necesito meterme en la ducha y prepararme para la que se avecina.

— Haré más café. Mejor recién hecho. Tenemos mucho pan. Le prepararé una tostada con crema de queso y otra sin nada. Uno nunca sabe lo que le puede gustar.

Para cuando lo hizo, yo me había lavado la cara, cepillado el pelo y me había puesto unos vaqueros y un suéter. Le llevé a Scott una cesta con crema de leche azúcar, una taza, una servilleta, y una cuchara. Cuando salí del ascensor lo vi de pie junto a la puerta de entrada.

— Debe estar agotado, Scott.

Se volvió hacia mí y empezó a andar en mi dirección.

— Completamente despierto, Sra. Kent Pero, por favor, deténgase ahí. Los medios están afuera. Aprovecharán cualquier oportunidad.

Me detuve en medio del vestíbulo y vi que el portero pasó a ocupar el sitio de Scott, intentando mantener afuera visitas no deseadas.

La función ha comenzado.

— Por favor, llámeme Jennifer —le dije—. Le agradezco mucho lo que está haciendo por mí. Pensé que le vendría bien otra inyección de cafeína, así que le traigo un termo lleno de café recién hecho, y también algunas tostadas. Una con crema de queso, la otra sin ella. No sabía cómo le gustaría. También hay crema de leche y azúcar en la cesta.

Pareció sorprendido.

— No sé qué decirle. Gracias.

Eché un vistazo a la jauría de reporteros al otro lado de la puerta de entrada. Sólo verlos me hacía sentir incómoda.

— Con mucho gusto. ¿Necesita algo más? Tenemos fruta arriba. Lo que quiera.

Había una mesa a su lado en la que puse la cesta y le serví el café.

— ¿Crema? ¿Azúcar?

— Nada. Negro.

Se lo di.

— Gracias otra vez —dijo—. Ya veo por qué Tank la aprecia tanto.

— Es una gran persona. Bajaré en un par de horas. Como puede ver, necesito una ducha antes de salir para la Wenn. Y otra ropa. Y quizás otros zapatos. Así podré enfrentarme a los periodistas y dar el pistoletazo de salida al día.

CAPÍTULO OCHO

— Pero, mírate —dijo Blackwell cuando entré en su oficina, en el piso 51 de la Wenn—.

Estás hecha un desastre si alguna vez hubo uno.

No pude evitar reírme. Estaba sentada detrás de su escritorio y leía algún informe que dejó a un lado para poder inspeccionarme por completo.

— Buenos días a usted también —respondí.

— Ahora que te veo a la luz del día, tengo que decirte que estás peor de lo que imaginaba. Tienes la piel como un pellejo. Demasiado sol.

— No estoy como un pellejo.

— Tu escote va a estar hecho un asco para cuando tengas treinta años si sigues así.

— ¿Cree usted que yo quería estar en esa isla? Aparte de eso. Esta es la primera vez en mi vida que tengo algo de color.

— ¿Algo de color? Si pareces Foxy Brown.

— No sé quién es.

— Eso es porque eres muy joven. Por respeto a la Sra. Brown, diré que es un tesoro nacional. Cuando yo era muy jovencita soñaba con ser Pam Grier, la actriz que interpretaba el personaje de Foxy Brown. Esa mujer tenía un par de pelotas. Aprendí de ella. Muchas mujeres aprendieron de ella. Pero al menos, ella sabía lucir su *afro*. Tú, no tanto.

— Yo no tengo un *afro*.

— Ay, querida. La de cosas que no ves. Al menos, estarás presentable cuando Bernie se haya encargado de ti. Eso, lo sé sin duda. Quizás tenga que llamar al Vaticano o hacer brujería, pero hará lo que haga falta. —Sus ojos se abrieron como si se le hubiera venido algún pensamiento y me apuntó con el dedo—. Tú has hecho esto a propósito, ¿verdad?

— ¿Qué?

— Saliste de tu edificio con esa pinta sabiendo que los medios estarían haciendo cola esperándote. Lo sé.

— No estoy tan mal.

— Por favor. ¿Quieres un espejo? Te dije que vinieras con algo adecuado.

— Me puse gafas y una capucha. Mantuve la cabeza baja. Nadie me vio la cara. Fui derecha al coche y salimos de allí.

— Pero no sin dejar una estela de fotos para que la gente se las meriende. ¡Y una capucha! ¿Quién demonios se pone capucha? Un delincuente. Tú representas a la Wenn, Jennifer. Entérate.

— Está dramatizando demasiado.

Se levantó y se alisó la falda.

— Eso es porque me obligaste a ir con una niñera a casa anoche. Cosas así, no las olvido. Paso factura.

— ¿No ha tenido tiempo de masticar algo de hielo en el desayuno?

— Yo no desayuno.

— Quizás debería darle algunos muerdos a un cubito de hielo para controlar su

frustración.

— Ya encontraré la manera.

— ¿Dónde está Alex.

— Cortándose el pelo.

— ¿Cuándo lo puedo ver?

— Después de que te hayan hecho una limpieza a presión. Quieres que Alex siga interesado por ti, ¿no? Bernie va a necesitar una hora contigo. Luego, Alex y tú tenéis que hablar de la conferencia de prensa. Después de eso, discutiremos la fiesta de mañana, que Peachy tan generosamente se ha encargado de organizar para nosotros. Teniendo en cuenta todas las cámaras de seguridad que nos ha permitido instalar en su casa, está perfectamente al corriente de todo. Y quiere ayudar. No sabía que tuviera corazón, pero aparentemente sí. Ha subido tantos en mi estima.

Comprobó su reloj y me miró.

— Bernie —dijo—. Luego, un traje de chaqueta y, esperemos, algo de esplendor.

* * *

Cuando Bernie terminó conmigo, me miré al espejo y vi otra mujer. Perdí la cuenta de los productos que usó para el pelo y la cara, pero el resultado no fue menos que milagroso.

De alguna manera había temperado mi moreno y domesticado el pelo. Ahora estaba sujeto en un moño ahuecado que descansaba sobre la nuca y dejaba mi cara al descubierto. El traje que Blackwell eligió para mí era perfecto, ajustado, negro, y estilizaba todas las curvas que necesitaban estilización.

— ¿Cómo lo haces? —le pregunté.

— Digamos que es mucho más fácil cuando trabajo con alguien como tú, Jennifer. No fue difícil en absoluto.

— Bárbara pensaba que ibas a tener que llamar al Vaticano.

— Para nada.

— Y que ibas a tener que usar una manguera de presión para limpiarme la piel.

— Innecesario.

— Eso es porque has tenido suerte —apuntó Blackwell—. Pero aún me siento engañada. Si le hubieses lavado el pelo y la cara con agua bendita, quién sabe qué milagro se hubiera operado aquí hoy. —Vio que iba a hablar y se me adelantó—. Naturalmente, estoy bromeando. Está espectacular. Nunca defraudas, Bernie. ¿Se portó bien Alex?

— Muy bien.

— ¿Pelo cortado? ¿Cara refrescada?

— Estará contenta.

— Perfecto. Tenemos treinta minutos antes de la conferencia, que será breve. Bernie, gracias otra vez. Sabes que te quiero más que ayunar. Te quiero, te quiero, te quiero. ¿Jennifer? Vayamos a encontrarnos con Alex y Tank y revisar lo que vamos a decir. El azar siempre favorece al que está preparado. Así que vamos.

* * *

Al coger el ascensor al piso cuarenta y siete, mi teléfono dio un timbrazo en el bolsillo de mis pantalones señalando que acababa de recibir un correo. Podría ser de Alex, Lisa o Tank, pero a pesar de todo se me encogió el estómago cuando saqué el teléfono del bolsillo y lo abrí. Sabía que podía tratarse de otra amenaza ya que esa misma mañana se había anunciado a la prensa que habíamos regresado a Nueva York.

Estaba en lo cierto.

Abrí mi correo. No reconocí la dirección, pero el encabezamiento lo decía todo: *¿Ya de vuelta? Muerta a las dos.*

Blackwell debió haber notado mi expresión porque me cogió el brazo y me preguntó.

— ¿Qué es?

Había un documento adjunto. ¿Otra foto? Tenía que ser. Cliqueé en el archivo y esperé a que se descargara mientras el ascensor se iba deteniendo. Se paró y se abrieron las puertas a la planta de Alex. La foto era una imagen mía dejando el apartamento esa misma mañana, con la cabeza agachada, la capucha cubriéndome la cara. Sobre la imagen, una gran equis roja y debajo de ella una palabra: *¡MUERTA!*

Me sentía entumecida, indefensa y colérica cuando se la enseñé a Blackwell cuando salimos del ascensor al entorno masculino que Alex reclamaba para él.

— Vuelve a empezar —le dije—. Ni siquiera un día y ya está aquí la última nueva.

Blackwell estudió la fotografía con una expresión sombría. Luego apagó el teléfono y me puso la mano en la espalda queriendo reconfortarme.

— Todo esto acabará —dijo.

— Sí, de una manera u otra.

— Tienes demasiada gente alrededor para que esto no acabe a tu favor. —Me miró con ojos diferentes, llenos de ansiedad e incertidumbre—. ¿Qué diría Jack Kennedy?

— Obviamente, que no hay hombres suficientes —dije—. ¿Ve lo cerca que esta foto fue tomada? Quienquiera que lo hizo estaba justo allí. ¿Qué puedo deducir de esto, Bárbara?

— Jennifer...

— Dígame la verdad. ¿Voy a morir? ¿Fue la muerte de Diana un accidente?

La pregunta la cogió desprevenida.

— Diana murió en un accidente de automóvil.

— ¿Seguro?

— Estaba llamando a Alex en ese momento. Fue una equivocación. Se pasó al carril contrario.

— ¿Así de simple?

— Toda la evidencia apuntaba que ese fue el caso. Hubo testigos.

— ¿Estaba Alex siendo amenazado en ese momento?

Su rostro palideció y entendí que nunca había pensado en esa posibilidad.

— Eso pasó hace cuatro años. Una eternidad.

— ¿Estaba siendo amenazado?

— No que yo sepa. Me lo habría dicho si lo hubiera estado.

— ¿Está segura de eso?

No respondió.

— ¿Podría haber alguna conexión? —pregunté.

— No lo sé. Nunca lo había considerado hasta ahora.

— Quizás deberíamos. Pero en privado con Tank. Alex no debe saber nunca que he planteado esta posibilidad. No quiero disgustarlo. Sólo quiero ver las cosas desde todos los

ángulos posibles.

— Pareces estar mal.

— Me siento mareada.

— Agárrate a mí. Vamos. Así. Si necesitas sentarte dímelo. Por lo demás, yo te sujeto.

No era yo misma. Todo aquello era demasiado. No esperaba volver tan rápidamente. Sentí que se me iba la cabeza como nunca antes.

— Así que, ¿moriré a las dos?

Blackwell apretó su abrazo.

— No morirás a las dos.

— Pero eso es lo que dice el correo. ¿Por qué no íbamos a creerlo?

— Porque no consentiré que nada de eso suceda. Significas mucho para mí. Bromeo contigo para aliviar la situación. Mi intención es entretenerte. Tú sabes lo que siento por ti. Alex, Tank y yo iríamos a los confines de la tierra para protegerte.

— ¿Por qué siento que necesito más que eso? —La miré—. No estoy quejándome y no quiero ser desagradecida. Sólo quiero ser cauta. Esto ha durado ya demasiado. En eso tiene que estar de acuerdo. Es inevitable, ¿no? Alguien quiere usarme para herir a Alex. Es sólo cuestión de tiempo que me maten. Y luego quizás a él. Ya lo han intentado antes.

— No se saldrán con la suya.

— ¿Me lo puede garantizar?

Se guardó su respuesta. En nuestro silencio, vi una preocupación verdadera en su cara. Podría morir ese mismo día. Podría pasar. No sabía por qué y nunca lo sabría. Me habían fotografiado y se habían comunicado conmigo otra vez. Por la razón que fuera, yo era su presa. Aquella foto y todas las otras fotos anteriores eran la prueba. Mi tiempo estaba contado.

— La conferencia de prensa es en menos de treinta minutos —dijo Blackwell—. Te han enviado esto para poneros nerviosos a Alex y a ti.

— Por supuesto que esa es la intención. Y también creo que lo dicen de verdad.

— Probablemente, pero eso no significa que no haya precauciones que podemos tomar. Necesitamos enseñarle esto a Alex y a Tank. Les voy a recomendar que tú no asistas a la rueda de prensa.

A pesar de lo preocupada que estaba por asistir, si no lo hiciera saldrían ganando, algo que no estaba dispuesta a permitir. Me armé de valor asumiendo lo que pudiera venir. Sentí una oleada de rabia porque me hubieran puesto en esa situación, me serené y traté de pensar lo más claramente posible. Los hombres de Tank nos rodearían. Vigilarían a la multitud. Harían lo que fuera necesario para impedir que algo pasara. Si le contábamos a Tank lo del mensaje en ese momento, podría reforzar el número de agentes para protegernos. Eso es lo que teníamos que hacer.

— Lo siento, pero voy a ir.

— No, no vas a ir.

— Sí que voy a ir. No voy a permitir que me intimiden. Mi padre lo hizo toda mi vida. Voy a estar al lado de Alex, a quien amo. Tank nos protegerá. Tiene un equipo que nos protegerá. Necesitamos asegurarnos de que hay suficientes guardias en la conferencia de prensa.

— Nuestros planes han cambiado a partir de ahora. No vamos a tener una rueda de prensa pública. Borrado. Sólo aquellos con credenciales de prensa autorizados por la compañía serán admitidos en el vestíbulo para escuchar lo que Alex tenga que decir. No hay más.

Me giró para mirarme de frente.

— Todo lo que te dije esta mañana, toda esa ridícula rivalidad, sólo intentaba hacerte reír, y lo conseguí varias veces, y eso me hace feliz porque sé que necesitas distraerte de tus preocupaciones. Pero esto... Esto es serio. Esto lo cambia todo. Ahora lo he visto con mis propios ojos. No voy a perderte, ni tampoco Alex, ni el mundo. Eres demasiado valiosa. Pelearemos juntas, con Alex y Tank. ¿De acuerdo?

— ¿Cree que eso es posible?

— Lo creo.

— No estoy tan segura. En algún momento, podrían ganar.

Miró el reloj.

— Ya está bien de conversación. Necesitamos ir con Alex y Tank. Inmediatamente. Tank necesita más hombres y posicionarlos a todos. Necesita tiempo para hacerlo. Alex necesita saber también lo del mensaje. Así que venga, recupérate, te necesito aquí conmigo, lúcida. Necesito que seas la mujer fuerte que sé que eres.

La miré, pero por alguna razón era como si mirara a un abismo.

— Está bien —dije.

— Sé que no estás bien, pero necesito que estés centrada.

Y así lo hice, cerré los ojos, busqué mi centro y la miré con nuevos ojos.

— Vamos —dije—. ¿Quién sabe? Quizás Alex haya recibido un mensaje también. Si no, Tank puede quedarse con la foto y decirnos dónde estaba situada la persona que la tomó. Cuando salí de mi edificio esta mañana, debía de haber una docena de fotógrafos esperándome. Quizás algunos de ellos viera a alguien o algo inusual. Me hicieron fotografías desde todas las direcciones. Quien hizo esa foto seguramente fue captado por la cámara de algún otro fotógrafo.

CAPÍTULO NUEVE

Cuando entramos en la oficina de Alex. Lo encontramos de pie delante del espejo, poniéndose la corbata. Un vistazo a nosotros y se detuvo.

— ¿Qué problema hay?

Blackwell avanzó hacia él.

— Jennifer acaba de recibir otra fotografía alterada con una nota diciendo que estaría muerta antes de las dos. La tomaron cuando salía de su edificio. He instruido que la rueda de prensa no se celebre fuera. En su lugar, se celebrará en el vestíbulo. Sólo se permitirá la entrada a los que tengan credenciales confirmadas. Si estás de acuerdo, por favor, llama a Tank y dile que haga los cambios necesarios inmediatamente.

Alex cruzó hasta su escritorio, hizo la llamada y le dio instrucciones a Tank. Cuando acabó, se acercó a mí.

— ¿Estás bien?

— Todo lo bien que puedo.

— ¿Puedo ver lo que te han enviado?

Saqué el teléfono, lo encendí y se lo mostré. Lo miró un instante. Luego me devolvió el teléfono y me arropó con los brazos.

— ¡Lo siento tanto!

Lo miré y vi el enorme pozo de desolación en sus ojos, y supe que tenía que tener entereza por él. Me tragué las lágrimas y le di unas palmaditas en el pecho.

— No me va a pasar nada. No te preocupes por mí. ¿De acuerdo? Sin duda, van a continuar jugando con nosotros hasta que acabemos con esto. Estoy más decidida ahora que nunca a hacerlo. —Mi voz dejó oír la ira—. Lo que haya que hacer es lo que hay que hacer. Lo que necesites de mí, aquí estoy. Estoy harta de tanta mierda. Tiene que acabarse cuanto antes.

Alex se giró hacia Blackwell.

— Tienes razón, por supuesto. Lo haremos en el vestíbulo. Todo el que entre será registrado y verificado. Si no les gusta, pueden marcharse. Si se revelan, damos la conferencia por terminada, nos quedamos con Matt Kelly del *Times* y sólo lo dejamos a él y a un cámara dentro. Tendrán la exclusiva. La agencia AP recogerá la historia y nosotros tendremos la prueba que necesitamos de que estamos a ciencia cierta de regreso en Nueva York, al frente de la Wenn. Eso es todo.

Volvió a su escritorio, llamó a Tank y lo puso al tanto de la nueva información.

— Si es sólo el Times, que sea sólo el Times —dijo Alex—. ¿Entendido? Bien. Gracias, Mitch.

Pero cuando llegó el momento de bajar al vestíbulo, donde se había levantado un estrado en medio, había una docena de reporteros esperándonos y otros tantos fotógrafos posicionándose en la periferia del mismo. Reconocí a la mayoría de ellos de conferencias y fiestas anteriores. A los que no reconocía llevaban sus acreditaciones colgando del cuello. Miré a Tank. Se percató de la preocupación que sentía. Se agachó para hablarme al oído.

— Todos han sido registrados, incluso si no era necesario. Conozco a todos los presentes,

y Alex también.

Mantuve una expresión neutral y serena, no queriendo revelar nada a las cámaras. — ¿Se fue alguno? —le pregunté en voz baja.

— No. Todos lo que estaban esperando afuera están aquí.

— ¿Así que la foto no fue más que una provocación?

— No lo sabemos. Si la conferencia hubiera sido afuera, alguien podría haberse acercado desde la acera. Ya ha pasado antes.

Recordaba esa noche como si fuera ayer. Saliendo del restaurante. Los tres hombres apuntándonos con sus pistolas. La persecución. El olor de aquellos tres hombres abrasándose en el interior del coche. Yo, respondiendo con un disparo al disparo de un hombre que murió delante de mí.

— Así es.

— Usted está segura. Protegida. Permanezca al lado de Alex. Parece que ya está listo para salir.

Me puse al lado de Alex mientras que Blackwell se hizo a un lado con Tank. Alex se dirigió a la prensa brevemente y contestó a sus preguntas de por qué habíamos dejado Manhattan y por qué estábamos ahora de vuelta. La luces de las cámaras se disparaban en sucesión y después de veinte minutos de una ráfaga de preguntas, principalmente centradas en por qué Alex y yo estábamos amenazados, estas cesaron después de que Alex repitiera varias veces que no tenía ningún comentario más que hacer. Y ahí terminó todo.

Pero no para Alex.

Miró a la multitud de periodistas que se preparaban para salir.

— Extraoficialmente ...

Probablemente porque todos conocían a Alex bien, o porque estaban intrigados, accedieron a volverse atrás.

— Mi prometida recibió otra fotografía amenazadora hace unas dos horas. Esa es la razón por la que hemos tenido la conferencia aquí dentro. Me pregunto si alguno de ustedes estaba en el edificio de la señora Kent esta mañana esperando fotografiarla. Si es así, nos puede servir de gran ayuda. La fotografía enviada a la Sra. Kent fue tomada cuando salía del edificio para venir aquí. Si alguno de ustedes estaba allí para fotografiarla, hay mucha probabilidad de que fotografiara a la persona que envió esa foto. Todos se conocen entre ustedes. Si estaban allí hoy, sabrán cuando seleccionen sus fotos si ven a alguien haciendo fotos que nunca antes habían visto. Si pudieran hacernos el gran favor de hacernos saber si es así, quedaré personalmente en deuda con ustedes y les daré el crédito que les corresponde en la resolución de este caso. Gracias de antemano por ayudarnos en lo posible. Si alguno de ustedes estaba allí, por favor, póngase en contacto con Tank. Todos lo conocen. Hablen con él con toda libertad y háganle saber si estarían dispuesto a estar en contacto con nosotros.

Yo me quedé de piedra al comprobar que Alex había pensado lo mismo que yo, pero desencantada al ver que ningún periodista se acercó a Tank. Se limitaron a asentir todos con la cabeza, recoger su equipo y largarse. Y así, Alex me cogió de la mano, me la apretó fuertemente y nos fuimos hasta los ascensores. Blackwell mantenía uno abierto para nosotros. Cuando entramos, me volví a Alex.

— Se fueron —dije—. Ni uno solo fue a hablar con Tank.

— Eso no quiero decir que nadie lo llamará.

— El periodista del Post estaba allí —dijo Blackwell—. De todos ellos, el Post es el que tendría un fotógrafo esperando que salieras del edificio. Hay una posibilidad, Jennifer. Sólo

tenemos que esperar que uno de ellos dé la cara.

– ¿Y cuánto vamos a esperar?

– Hasta mañana por la mañana –respondió—. Si alguno de ellos estaba esperando que salieras hoy, ya habrá inspeccionado todas sus fotos. Si no oímos nada de nadie, entonces empezaré a llamarlos uno por uno para averiguar quién estaba allí y qué es lo que pueden haber encontrado entre sus fotografías.

CAPÍTULO DIEZ

A las seis de la tarde, Alex, Tank y yo íbamos a encontrarnos con Peachy Van Prout en su mansión en Park Avenue.

— Esto va a ser interesante —dijo Alex—. No la he visto, ni oído, en años.

Se apoyó en su escritorio y me miró de manera que pude percibir una vieja herida sentimental asomándose a su estoica fachada.

— No sé qué tienes con Peachy, pero seguro que tienes una buena razón para ello. Lo que te puedo decir es que cuando Tank y yo fuimos a su fiesta para encontrarnos con Henri Dufort no pudo ser más amable con nosotros. ¿Qué te ha hecho, por cierto?

— Para ser honesto, nada directamente. Es cosa mía. Te dije que cuando era un niño no le importaba nada a mi madre. Me tomaba cualquier relación que ella atesorara más que la nuestra como una ofensa. Ese fue el caso con Peachy y con otras. En mi familia, los cocineros y mi nana me criaron, no mi madre. Mi madre se la pasaba o bien haciéndole la guerra a mi padre, o bien elevando su posición social, o bien en compañía de amigos como Peachy, cuando lo único que yo quería era estar con ella.

— Siento que te pasara algo así.

— Es lo que es.

— Sí, pero es triste.

Encogió los hombros.

— Peachy tuvo su última fiesta en Octubre. Por lo que Blackwell me cuenta, es poco frecuente que alguien de su posición tenga un evento clamoroso tan cercano al último. Peachy se está saltando las reglas por nosotros. Está poniendo en entredicho su posición social por ti y por su relación con tu madre. Creo que tiene sentimientos más nobles por ti de lo que te imaginas. Estoy segura de eso, Alex. No está dando una fiesta y llenando su casa de cámaras por mí. Apenas me conoce. Lo está haciendo por ti —dije.

— Como te dije antes, es obvio que la he juzgado mal.

— Sólo querías más de tu madre. No eres el primero. Como sabes, a mí también me ha pasado.

Era evidente que se sentía incómodo hablando de esto. Comprobó su reloj.

— ¿Lista para salir?

Me acerqué a él y lo besé en los labios.

— Te quiero —dije.

— Yo también te quiero.

— Quizás sea Peachy, de todos, quien nos solucione las cosas. Todo es posible.

— ¿Cómo he tenido tanta suerte? —dijo sonriéndome.

— Yo me pregunto lo mismo todos los días.

— Venga, vámonos —dijo, pasándome el brazo por la cintura—. Adriana Bomba ha confirmado su asistencia. Tank estará mirando los monitores y grabando la fiesta en video. Será interesante ver lo que revela cuando demos comienzo a nuestro plan y vayamos a hablar con ella.

Cuando llegamos a la mansión de Peachy en la esquina de Park Avenue con Calle 68, Tank y dos de sus hombres salieron primero de la limusina. El sol se había puesto y ya era completamente de noche, pero las calles seguían llenas de tráfico y las aceras estaban repletas de gente andando a toda prisa. Los hombres comprobaron la zona tan bien como sabían y cuando sintieron que era razonable para nosotros salir nos hicieron una indicación con la cabeza.

Así lo hicimos.

Salimos del coche y fuimos directamente a la puerta de Peachy, y sabe Dios si no estaba allí esperándonos, lo que me decía de ella exactamente lo que tenía que saber. Se estaba tomando todo esto muy en serio. Quería a Alex más de lo que él se imaginaba.

— Alex —dijo—. Dios mío, ¡han pasado tantos años! ¡Qué guapo estás! Tienes los ojos de tu madre.

Yo cerré los míos cuando la oí decir eso, pero sabía por el tono que no pretendía herirlo. La miré con cariño. Llevaba unos pantalones negros, un suéter de cachemira blanco ajustado que acentuaba su esbeltez y apenas alguna joya. Tenía un recortado irregular en su melena rubia, justo por encima del hombro. Sabía que tenía que tener más de setenta, pero, milagros de la cirugía plástica, la mujer parecía, y se comportaba, como si tuviera cincuenta y pocos.

Tomó la mano de Alex y lo hizo pasar al gigantesco vestíbulo paneado, a la vez que nos hablaba al resto por encima de su hombro.

— Pasen, pasen. Jennifer, es un placer verte de nuevo. Tan morena. Tan guapa. Tan *chic*. Tengan cuidado de cerrar la puerta, por favor. Con llave.

— ¿Cómo estás, Peachy? —preguntó Alex.

Ella le cogió la cara entre las manos.

— Muy bien —dijo—. Y estoy deseando poder ayudarte. Tus hombres han estado aquí los últimos tres días y creo que todo está en orden. Hay cámaras por todas partes. ¿Las puedes ver? Ahí arriba, en las esquinas de la bóveda. Son difíciles de ver, ¿verdad? Pero supongo que de eso se trata. En fin, ahí están, y espero que cumplan su cometido. No sabes lo preocupada que he estado por ti y por Jennifer. ¡Cuánto te he echado de menos! Y aquí estás ahora, con esta bellísima mujer. Jennifer, acércate. Así. Los dos juntos. No sabes lo feliz que me hace. ¿Cuándo es la boda? Debo saberlo.

— Aún no tenemos fecha —dijo Alex.

— ¿Qué os lo impide?

— Probablemente todo esto.

— Comprensible, pero una vez que todo pase, por favor no me olvides. A Robert y a mí nos encantaría verte ir al altar con Jennifer, Alex. Ahora, atiéndeme. Quiero decirte algo. Tu madre fue una buena amiga para mí, pero sé que no fue una buena madre para ti. Tenía sus defectos. Lo sé perfectamente. Y puedo imaginarme cómo llegaste a ver a sus amigos a medida que te hiciste mayor. Así que —continuó—, se acabó. Hoy es otro día. Ven. Déjame que te enseñe lo que tus hombres han hecho, dónde están todas las cámaras y lo que puedes esperar de mañana por la noche. Tendremos doscientos invitados para el cóctel. La casa va a estar atestada.

Mientras seguían adelante, me rezagué un poco y me puse al lado de Tank. Aún con

tacones parecía diminuta a su lado, y no soy precisamente corta de estatura. Lo cogí del brazo.

— ¿Qué piensa de todo esto? —le pregunté en voz baja.

— Ha hecho lo imposible por ayudarnos.

— Creo que es estupenda. Pero ya sabe que pienso así desde que vinimos por primera vez. Fue muy amable con nosotros.

— Lo fue.

— ¿Cómo está usted?

Me miró de reojo, como si le hubiera sorprendido la pregunta.

— Estoy bien.

— Lisa ha preguntado por usted.

Eso le llamó la atención.

— ¿De verdad?

— De verdad. ¿Le sorprende?

— Un poco, quizás

— Piensa mucho en usted.

— ¿Sí? Nadie lo diría. Es difícil de leer.

— Creo que ella diría lo mismo de usted.

Eso lo pilló por sorpresa.

— ¿Usted cree?

— Probablemente se lo haya dicho ya. Pero está bien de meterme en sus asuntos, porque sabrá que estoy metiéndome en sus asuntos. ¿Y qué si lo hago? Voy a ser honesta con usted y decirle que me meto en sus asuntos. Espero también que sepa que solo quiero lo mejor para los dos. Como salgan las cosas es como es, pero me inclino en una cierta dirección, porque cuando se trata de mi mejor amiga... Me gustaría pensar que un día saldrán los dos en serio. Usted es un buen tipo Tank. Me gusta mucho. Lisa es una buena chica. La quiero con el alma y siempre velo por sus intereses. Espero que todo salga bien entre los dos. De verdad. Y eso es todo lo que voy a decir del tema porque realmente no es asunto mío.

Me dirigió una mirada de asombro. Yo sabía que Lisa tenía la guardia levantada, ¿pero cuánto? ¿Tanto que él sería incapaz de franquearla? ¿O quizás no? Decidí que le preguntaría la próxima vez que habláramos. Por el momento, lo enganché del brazo y subimos detrás de Alex y Peachy la gran escalera hasta el primer piso, donde la mayoría de las cámaras estaban colocadas y donde tendría lugar la fiesta de mañana por la noche.

CAPÍTULO ONCE

Al anochecer del día siguiente, a la siete y media, cuando Blackwell y Bernie habían terminado de arreglarme, me encontraba delante del espejo colocado en el vestidor que, desde aquella primera vez, habíamos improvisado en la Wenn. Me miré. Tenía puesto un vestido fastuoso de Marc Jacobs, con la espalda descubierta, mangas tres cuartos y cuello barco, cubierto de lentejuelas metalizadas.

Era de color gris metálico con una irisación azulada. Zafiros en el cuello y los lóbulos. Las manos y las muñecas libres de joyas, excepto por mi anillo de compromiso. Bernie me había alisado el pelo y lo había partido ligeramente a un lado de forma que colgaba detrás de la oreja y colgaba recto sobre mi espalda. Lo que podían hacer conmigo siempre me sorprendía. Siempre diferente. Cuando se ponían manos a la obra nunca parecía yo misma, lo cual casi me gustaba. Era como ser una actriz, las varias versiones de quien podría ser.

— Me encanta —dije intentando sobreponerme a los nervios que me embargaban—. Muchas gracias.

— Estás preciosa, Jennifer —dijo Bernie—. Y con un vestido tan difícil de llevar. Si no estuvieras en tan buena forma, ese vestido sería un desastre.

— Supongo que todo el tiempo que pasé nadando en la isla me vino bien.

— Sin duda alguna —dijo Blackwell, girando a mi alrededor escrutándome—. Tengo que admitirlo. Poca gente podría llevar este vestido. Creo que este es el mejor de todos hasta el momento.

— Siempre dice lo mismo.

— Eso es porque Bernie y yo no dejamos de intentar superarnos. Un par de perfeccionistas, eso es lo que somos, Bernie.

— Me han llamado peores cosas.

— Creo que todos aquí podemos imaginarnos algunas de las cosas que te han llamado.

Tosí.

— Suficiente, Jennifer.

— Algo en la garganta. Lo siento.

— Seguro. —Frunció el ceño y me dio un beso al aire en las mejillas—. Todo va a salir bien esta noche.

— ¿Está segura?

— Lo estoy. ¿Tienes tu teléfono?

Cogí el bolso de mano de la mesa que tenía a mi lado.

— Ahora sí.

— ¿Y no tienes dudas sobre las instrucciones a seguir en caso de que pase algo?

— Ninguna.

— Sé que esto no es fácil para ti o para Alex. Quiero que todo pase tanto como tú. Y también Bernie. Todos esperamos que esta noche sea la noche. Necesitamos llegar hasta el hijo de puta que está detrás de todo esto, o la hija de puta, en este caso, si es que tiene algo que ver, y quemarlo vivo por lo que os ha hecho a los dos. Con gusto prendo la mecha.

- ¿Y privarme de la satisfacción? –dije.
- Entonces permíteme que prenda una segunda mecha.
- ¿Y qué le parecería rociarlos con gasolina? Alex puede querer esa segunda mecha.
- Trato hecho.
- ¿No hay mecha para mí? –preguntó Bernie.

Me estiré y lo besé en la mejilla.

- Por supuesto que sí.

– Porque tengo que decirles, señoras, que cuando yo era joven, en mis buenos tiempos, era capaz de encenderme hasta dejar calva a una *drag-queen*.

- ¡Bernie! –dijo Blackwell.

- ¿Qué pasa? Es cierto.

- Me alegro por ti –dije.

– Uno tiene que saber cómo protegerse a sí mismo –continuó Bernie—. Y tengo que decirte, Jennifer, que has hecho un magnífico trabajo protegiéndote y protegiendo a Alex. Esta noche puede ser o no otra prueba. Es algo que vamos a saber pronto.

- Creo que sí, pronto –repetí.

- En fin, vamos por Alex. Estará esperando. Tenéis que estar allí alrededor de las ocho.

Todo el día había estado esperando que dijera algo acerca de lo que había prometido hacer aquella mañana: llamar a los reporteros y fotógrafos que asistieron el día anterior a la rueda de prensa. Me dijo que pensaba preguntarles directamente si habían ido a mi domicilio a fotografiarme y si habían visto algo inusual entre la multitud cuando estaban haciendo sus fotografías.

- ¿Y bien? –le pregunté.

- Nada –dijo—.

- ¿Ni siquiera el Post?

- Ni siquiera el Post. Lo siento, Jennifer.

Me miré una vez más en el espejo.

- Vámonos –dije, decidida a superar mi decepción.

* * *

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, Alex estaba allí esperándome. Recordé los días cuando llegaba y me lo encontraba con las manos en los bolsillos y una sonrisa en el rostro. No como ahora. Intentaba ocultarlo, pero a estas alturas lo conocía muy bien. Estaba tan tenso como lo estaba yo.

- Estás preciosa –dijo él.

Salí del ascensor y lo besé.

- Y tú, tan guapo como siempre.

- ¡Guau, qué vestido!

- ¿Te gusta?

– ¿A qué hombre no le gustaría? Una vez más, voy a ser conocido como el hombre con más suerte de Manhattan.

- Y yo, yo soy la chica más afortunada.

Cuando lo dije, algo en mi expresión o en mi mirada debió traicionarme y revelar cómo realmente me sentía porque Alex me acercó a él.

– Vamos a salir de esta, Jennifer.

– Ya lo sé. Es el cómo lo que me preocupa. Cada vez que salgo a la calle, en público, siento que puede ser la última.

Iba a decir algo, pero se detuvo y no respondió. ¿Qué podía decir después de todo por lo que habíamos pasado? En ese mismo instante, me arrepentí de haber dicho nada porque no lo quería preocupar más de lo que ya estaba. Así que hice lo que había planeado hacer todo el día. Saqué el teléfono del bolso, lo encendí, y la canción que había descargado apareció en la pantalla.

Pulsé *play* y comenzó a sonar el “Vals en do menor sostenido” de Chopin. Dejé el teléfono y el bolso sobre una mesa y miré a Alex.

– Sé que la música apenas se oye a través del teléfono, pero me preguntaba si me concederías un baile antes de salir.

– Siempre me sorprendes.

– Por favor, baila conmigo. Quiero abrazarte y bailar contigo antes de irnos.

Se acercó a mí y empezamos a bailar el vals, y mientras lo hacíamos pude percibir toda la preocupación que nos recorría el cuerpo, toda la intensidad de nuestro amor rezumando entre los dos, y todas las preguntas que parecía imposible responder. Pero estábamos decididos a encontrar una respuesta pronto, provocando una serie de situaciones que llevara la rata a la ratonera.

Alex se inclinó sobre mí y me dio un beso ligero en el cuello, y me dejé llevar por él y por la música, disfrutando cada minuto como si fuera una eternidad antes de salir otra vez a lo incierto.

* * *

Cuando llegamos a la residencia de Peachy y Robert, su marido, conducidos en una limusina blindada de las de Alex, las colas de tráfico hasta su casa parecían interminables. Delante de nosotros podía ver la explosión de luces a lo largo de la acera, lo que significaba que también había *paparazzis*.

Y quizás nuestra rata.

Junto con dos hombres de su equipo de seguridad, Tank estaba ya en el primer piso en una habitación equipada con monitores de vigilancia. Desde allí, los invitados serían escrutados desde que entraran en la mansión hasta que subieran al primer piso gracias a decenas de cámaras ocultas.

El plan de Tank era sólido y simple a la vez. Quería ver si alguien nos enviaría una fotografía alterada sacada esa noche en la fiesta. Si eso sucedía, él y sus hombres sabrían por la fotografía dónde ese alguien estaba cuando la hizo. Con esa información, podrían estudiar las grabaciones y revelar la identidad del sujeto. Le darían la prueba a la policía y el sospechoso o sospechosa sería arrestado e interrogado.

Como Adrianna Bomba estaba en la lista principal de quienes podrían estar detrás de nosotros, Alex y yo tendríamos que acercarnos a ella, provocarla y ver qué sucedía. ¿Nos sacaría ella, o alguien con ella, una fotografía? Si lo hicieran, ¿nos la enviarían con un mensaje amenazante? Si lo hicieran, todo podría por fin acabarse.

Cuando nos llegó el turno de abandonar el coche, cogí a Alex de la mano y le recordé lo que una vez me dijo en la isla. En caso de que algo nos pasara en la acera, quería que

supiera que yo sentía lo mismo.

— Eres el amor de mi vida —le dije—. Si algo pasara esta noche, quiero que lo sepas.

— No va a pasar nada, pero gracias. No sabes lo que eso significa para mí. Y ya sabes que yo siento lo mismo.

Y así era, era una verdad escrita en su cara y en sus ojos. Le puse la otra mano en la mejilla.

— Hagamos lo que tenemos que hacer.

— ¡Claro que sí! Adelante.

— Me preocupa estar expuesta en la acera. Los paparazzis esperarán que posemos un minuto para tomar fotos, o nos van a pitar. Pero, ¿y si hay alguien más entre el gentío, alguien que no sea uno de ellos?

Dos hombres iban en el coche con nosotros, los dos miembros del equipo de Tank, uno conduciendo, el otro en el asiento del copiloto. El segundo de ellos se volvió hacia mí.

— Así es como lo vamos a hacer, Jennifer —dijo—. Mike y yo saldremos primero y echaremos un vistazo alrededor. Me verá hacerle una indicación con la cabeza cuando consideremos seguro que salgan del coche. La Sra. Van Prout tiene cámaras ocultas instaladas afuera. He notificado a Tank que ya hemos llegado y está vigilando. No le haré ninguna indicación hasta que esté seguro de que no hay peligro. Pero hagamos esto lo más breve posible. Unas pocas fotografías y entramos en la casa.

— Gracias — dijo Alex.

Los hombres salieron. Desde la ventanilla ahumada de la limusina los vi otear al público y sentí un dolor de estómago al pensar lo que podría pasar. Cuando llegó la indicación, el tal Mike me abrió la puerta y me permitió salir. Alex me siguió sin demora.

Al instante, escuché que alguien gritaba el nombre de Alex y, repentinamente, nos vimos rodeados de un estacato de luces. Empezó a acelerárseme el pulso. Forcé una sonrisa para las cámaras, pero no podía ver nada, algo que me aterraba. Busqué con mi mano la de Alex y la apreté firmemente. Nos mantuvimos tan serenos como pudimos mientras nos fotografiaban. Luego, Alex levantó la mano saludando a los fotógrafos y cruzamos la puerta de la mansión de Peachy.

— Vamos bien —me dijo Alex.

— He pasado un miedo atroz.

— ¿Estás bien?

— Estoy bien.

— Asegúrate de comprobar tu teléfono tanto como sea posible. Yo haré lo mismo.

Miré a la cantidad de personas que teníamos delante, la asistencia fue masiva. Peachy prometió doscientas personas, y lo cumplió. Debía haber unas setenta personas sólo en la planta baja, todos dirigiéndose hacia la escalera que los llevaba al primer piso donde se servía el cóctel. Cuando nos vio, se le iluminó ostensiblemente la cara. Sonrió y le dio un golpecito a su marido, que no podía ser más estoico. Mientras Alex hablaba con él, Peachy me cogió las manos.

— Querida mía —dijo, admirando mi vestido—. Marc Jacobs. Lo vi en las pasarelas de Paris. Y cuando lo vi, supe que nunca podría ponérmelo. Gracias, pero no. Revelaría cosas que prefiero no revelar. Pero tú, tú eres como una visión, querida. Y el pelo, sublime. Blackwell siempre sabe lo que hacer contigo. Y supongo que Bernie ayuda, ¿no? Ya me lo imaginaba. Él siempre ha sido su salvaguardia. ¿Y por qué no? Es fabuloso. Me ha peinado muchas veces. Como te dije la última vez que estuviste aquí, necesito más gente como tú en mis fiestas. La mitad de ellos son tan viejos que probablemente se pregunten dónde

están. Pero tú, tú eres tan *chic*. A la última. Tú y Alex reducís la media de edad.

Me acercó a ella para darme un beso al aire que no fue realmente un beso en absoluto. Al oído, me habló en voz baja.

— Todo va a salir bien. Intenta relajarte, puedo sentir tu tensión desde aquí. Tómate un cóctel para quitártela, pero sólo uno. Necesitas estar al tanto esta noche. Tank y su equipo son unos verdaderos profesionales. He podido verlos en acción los últimos días. Increíble. Me mostró cómo puede ver el exterior y la planta baja de mi casa con su equipamiento de espionaje. Me siento como ayudando a James Bond, Dios mío, y feliz de hacerlo. Robert y yo esperamos que esta noche acabe este ridículo disparate.

Estaba loca por ella.

— Le estoy muy agradecida —le dije.

— No hay por qué. Él puede que no lo sepa por una serie de complicadas razones que nos llevarían hasta su madre y cómo lo trataba, pero ese hombre tuyo me robó el corazón cuando era un niño y lo sigue teniendo con él. Al igual que tú. No hay nada que no hiciese por cualquiera de los dos. ¿Sabes qué? Recemos para que esta noche haga desaparecer todo lo que estáis pasando. Y luego, os invito a Alex y a ti a cenar en privado con nosotros. Sólo los cuatro. Ah, pero Tank debe venir también. La última vez le prometí una cena porque entonces no tenía sitio para él. ¿Está saliendo con alguien? Seis para cenar es ideal.

— Está saliendo más o menos. Todo está en el aire en este momento.

— ¿Y a ti te gusta ella?

— Es mi mejor amiga.

— Ah, bien. Entonces, vamos a trabajárnoslo. Ese hombre se merece una buena compañera en su vida. Y ella es tu mejor amiga, es todo lo que necesito saber de ella.

— Gracias, Peachy. No puedo expresarte lo que esto significa para nosotros.

Me eché hacia atrás y titubeé.

— ¿Está aquí?

Me estaba refiriendo a Adrianna Bomba. Peachy lo sabía y asintió con la cabeza.

— Sí que está. De hecho, creo que no puede creer que esté aquí. Cuando Alex se anexionó Bomba Cosmetic, las invitaciones le dejaron de llegar. No tengo más que decirte que cuando llegó no pudo contener su efusión. Si llegamos a descubrir que es ella, necesitaré que me limpien quirúrgicamente las manos, porque no me las soltó.

— Creo que usted y yo vamos a hacernos amigas.

— Ya los somos.

— Quiero decir, amigas de verdad, no amigas de sociedad. Algo más significativo.

Me miró con ojos nuevos.

— Creo que me gusta la idea. Deberíamos salir a comer, aunque Blackwell se pondría celosa.

— Blackwell podría sumarse.

— Me encantaría. Ya sabes lo que pienso de ella. Creo que es una fuerza de la naturaleza. Si es que puedes aguantarnos a las dos.

— Puedo.

— Entonces hecho. —Cuando nos separamos, su voz se elevó un poco y nuestros secretos se desvanecieron a la vez que volvió a ser la Peachy que otros conocían. O creían que conocían—. Ahora, llévate a este ejemplar de hombre que tienes, sí, Alex, estoy hablando de ti, y pasadlo bien. Espero que disfrutes la velada, y espero que podamos hablar mañana para ver cómo fueron las cosas.

Cuando llegamos al primer piso, repleto de gente, Alex se giró a mí.

— ¿Champán? —preguntó.

— Necesito algo más fuerte. Un martini para mí.

— Te entiendo. Yo también tomaré lo mismo. Vamos al bar. Un camarero tardaría demasiado. Necesito un trago ahora mismo.

— Yo también.

Iniciamos el paso, pero él titubeó.

— Empieza la función —murmuró—. Aquí viene Tootie Staunton-Miller y su marido, Addy.

— Me encanta Addy. No puedo decir lo mismo de Tootie.

— Ni nadie de los presentes.

— Se van a interponer entre nosotros y los martinis.

— Al menos, tendremos la oportunidad de hablar con Addy.

— Si ella lo deja hablar.

Alex se rio, y fue refrescante oírlo.

Los vi dirigirse hacia nosotros. Tootie llevaba un vestido de noche negro y una expresión de sorpresa y alivio en su cara. Se llevó la mano al pecho y apenas la oír decir el nombre de Alex mientras acortaba la distancia que nos separaba.

No la había visto desde hacía meses y la estudié mientras se movía a la deriva hacia nosotros. Pasaba de los cincuenta, aunque su cara había sido moldeada pretendiendo llevarla a los cuarenta y tantos. Su melena rubia le tocaba los hombros y llevaba joyas discretas en el cuello, las muñecas y las manos, todo con muy buen gusto. Enfundada en su traje ajustado, que hubiera revelado más curvas en otras, Tootie Staunton-Miller se veía esbelta y estupenda. Después de echarme un rápido vistazo, pude deducir que estaba dispuesta a ignorarme de nuevo.

Alex se dirigió a ellos cuando se acercaron.

— Tootie —dijo—. Me alegro de verte. La besó levemente en las mejillas y luego estrechó la mano de Andy.

— Alex —dijo Tootie—, gracias a Dios que has vuelto. Cuando Peachy dijo que estarías aquí esta noche, Addy y yo cancelamos nuestros planes para cenar con los Bitworths e inmediatamente decidimos venir aquí. Ha pasado mucho tiempo, pero fíjate lo moreno que estás. ¿Es cierto lo que leí? ¿Que estabas en no sé qué isla perdida, solo?

— Es mi isla, Tootie, y no estaba solo. Estaba con mi prometida, Jennifer. Te acuerdas de Jennifer, ¿verdad? Por supuesto, te tienes que acordar.

Me hizo un saludo con la cabeza.

— Sí. Claro. ¿Cóm-estás?

— Bien-muchas-gracias

— Me-alegr-oírlo.

— Je-ne-vous-aime-pas-non-plus.

Abrió de par en par los ojos.

— Perdona, ¿cómo dices?

Le acababa de decir en francés que a mí tampoco me gustaba ella. Hice un ademán como si no tuviera importancia y dirigí mi atención a Addy, que hablaba con Alex.

— Hola, Addy —saludé.

Cuando le dije hola, pude ver en sus ojos que sabía exactamente lo le había dicho a su mujer. Empecé a sonrojarme, pero me guiñó un ojo.

— Tan espectacular como siempre, Jennifer.

— Addy...

Me puso la mano en el hombro. Nuestros ojos se encontraron. Y, entonces, levantó una ceja.

— No, de verdad. Espectacular.

¿Sentía lo mismo que yo hacia su esposa? Quizás. Al menos, eso era lo que me parecía. Recordé que Alex me dijo que era gay y que el suyo era un matrimonio de conveniencia, algo que me entristecía porque me gustaba Addy. Se merecía una pareja de verdad, no un engaño. Cómo odiaba la ordenación social a veces. Respiré hondo y abandoné mi pensamiento.

— Es el corsé —dije.

— Lo dudo

Me incliné hacia él y le di un beso en la mejillas.

— Me alegro de verlo.

— Y yo me alegro de verte de nuevo en New York. Le pones salsa a la vida. Y he estado preocupado. ¿Alguna noticia?

— Desafortunadamente, no.

— Algo bueno saldrá de todo esto. Esto se acabará, Jennifer. Hay una razón para todo. Presiento que el vínculo con Alex es más grande que nunca por esto.

— Lo es.

— Ahí lo tienes. No hay mal que por bien no venga. Espero que todo acabe pronto. Ahora, déjame ver ese pedrusco. Si conozco a Alex, te regaló uno apropiado.

¿Por qué no podría su mujer ser tan natural como él? ¿Quién sabía? ¿A quién le importaba? Lo que sabía es que lo adoraba. Le mostré mi anillo, moviendo los dedos en abanico.

— ¿No es precioso?

— Perfecto.

— ¿Puedo verlo? —preguntó Tootie.

¿Para que puedas vomitar en él?

— Por supuesto.

Lo estudió un momento y luego levantó la mirada para hablarme.

— Qué bien lo has hecho.

Si hubiera tenido mi martini se lo habría arrojado a la cara.

— Creo que soy yo el que debía decir eso —dijo Alex.

Ella le sonrió cálidamente.

— Claro, por supuesto. ¡Qué romántico por tu parte! Un amor en flor y todo eso.

—Me miró el vestido—. ¿Es un Valentino? —preguntó.

— De Marc Jacobs.

— No, no. Estoy segura que es un Valentino.

— Lo siento, es Marc Jacobs.

— Da igual. Es muy ajustado, ¿no te parece? No deja nada a la imaginación, Dios mío.

— Yo creo que es precioso —dijo Alex.

— Escucha, escucha —dijo Addy.

— Quizás mi círculo sea algo más conservador —dijo Tootie—. Siempre lo hemos sido. Preferimos quedarnos cortos y se cautos cuando se trata de moda.

– ¿Sólo de moda? –pregunté.

– Oh, probablemente en otras cosas también. No queremos arriesgarnos a ser vulgares.

– Es una lástima –dije—. Tantas limitaciones reprimiéndola a una. Todo ese peso debe notar la báscula.

– ¿Debe notar quién?

– Una báscula, pero sólo figuradamente. Su círculo se pierde tanto bueno. La moda es uno de los grandes libertadores de nuestro tiempo. Debería estar más en ella. Asuma riesgos. Deje que el demonio que lleva dentro se muestre al mundo en Prada, por ejemplo. Creo que le iría perfectamente. Ahora –dije—, Alex y yo nos vamos al bar a pedir un martini. Addy, fue estupendo verlo de nuevo. Tootie, cuando menos, es siempre una lección de buenas maneras. –Empecé a tirar de Alex al tiempo que la boca de Tootie se tensaba formando una delgada línea de odio—. Buenas noches –les deseé.

Tootie no dijo nada. Pero Addy, se despidió con una sonrisa maliciosa

– Buenas noches, Jennifer.

CAPÍTULO DOCE

En el bar, Alex se abrió paso entre los invitados. Dijo hola a unos cuantos conocidos, pero no se detuvo a conversar. Cuando por fin un camarero lo vio, lo reconoció y lo atendió inmediatamente.

No creo que llegue a entender lo que es ser una celebridad, pero Alex lo sabía sobradamente y en ese momento de la noche, con los nervios hechos polvo, me alegro que tuviera la habilidad de conseguirnos una bebida con más rapidez que la mayoría. Nuestros martinis estaban enfriados a la perfección y pudimos disfrutarlos mientras rastreábamos la presencia de Adrianna Bomba.

Alex se agachó para hablarme al oído.

— ¿Recuerdas la última vez que estuvimos aquí?

Me llevé la mano al pecho.

— ¿Que si lo recuerdo? Creo que me llevaste por ahí, Sr. Wenn, a la pared del fondo, a mi izquierda.

— He hicimos a Blackwell sentirse realmente orgullosa de nosotros.

— Creo que quemó tantos ejemplares del Post como pudo ese día.

Levantó su martini hacia mí y chocamos nuestras copas.

— Se ha recuperado bien.

— Me parece que puede recuperarse de cualquier cosa. —Le di un sorbo a mi bebida—.

¿Has visto ya a la Bomba?

— Aún no. Pero he visto a Kobus y a Immaculata.

Eso me sorprendió.

— ¿Immaculata está aquí?

— Justo allí. Al lado del espejo. ¿La ves?

— La veo. Me sorprende que Peachy la invitase, ya que, esencialmente, le di un bofetón como para acabar con todas sus tonterías la última vez que la vi.

— Aparentemente, a Peachy le gusta que sus fiestas sean interesantes.

— ¿Le resultan interesantes las peleas a tu círculo?

— ¿Mi círculo?

— Ya sabes lo que quiero decir.

— Te dirían que no si les preguntases, pero ¿a quién no le gusta una buena bronca en público? Especialmente cuando alguien que recibe la peor parte se lo merece tanto como Immaculata. A nadie le gusta esa mujer. La soportan, eso es todo. De hecho creo que ganaste unos cuantos fans esa noche.

— ¿Dónde está Kobus?

— No lo veo ahora, pero lo vi hace un rato con su hijo. Estoy seguro de que nos los encontraremos en algún momento, y será tenso. Nos está poniendo una resistencia considerable, pero la Wenn se hará con Kobus Airlines porque Kobus ha sido una decepción para sus accionistas por mucho tiempo. Va a hacer una fortuna gracias a esta venta, pero la cosa es que, cuando eres dueño de una gran compañía aérea, la gente sabe que tienes dinero. Cuando dejas de ser el dueño, tu valor económico queda en entredicho. En otras

palabras, tu nombre desaparece del mundo y no se puede asociar con ninguna cantidad imaginaria. Va a perder esa mano y eso lo perjudicará de muchas maneras, pero principalmente porque es un *playboy*. Uno de estos días va a oír un *¿Kobus? ¿quién?* de alguna rubia oxigenada de las Vegas. Nada bueno para la vida sexual de Gordon, pero ese no es mi problema. Los negocios son los negocios. —Hizo una pausa y luego levantó su bebida—. Y ahí tenemos a Adrianna Bomba.

— ¿Dónde?

Pretendió darle un sorbo a su bebida mientras me hablaba.

— Es la morena de cuarenta y tantos que viene en nuestra dirección. Ven conmigo. Tenemos que asegurarnos de que estamos despejados de gente para que las cámaras capten el encuentro sin problemas.

Lo seguí. Miré a la mujer que venía en nuestra dirección. Era menuda, guapa y tan estilosa como era de esperar de alguien que una vez poseyó un imperio de cosmética. Sus rasgos eran tan angulosos como firme el ritmo de su paso. Llevaba el pelo recogido en un moño tirante. Tuve que admirar su vestido. Era plateado, le llegaba a las rodillas y brillaba cuando se movía.

— Alex —dijo cuando se detuvo delante de nosotros—. Me parecías tú.

— ¿Cómo estás, Adrianna?

— Excelente. Perfecta. Metida en toda clase de problemas, como te puedes imaginar. Gracias —me miró—. ¿Y a quién tenemos aquí?

— Mi prometida, Jennifer Kent.

— ¡Ah! ¡La misma de la que he leído! La chica de Maine que ha conquistado a Alexander Wenn. Claro. —Me extendió la mano. Cuando se la di, me sorprendió que la tuviera ligeramente humedecida—. Querida, ¿cómo lo has hecho?

— ¿Cómo he hecho qué?

— Conseguir a Alex. Es toda una hazaña.

— ¿Sí?

— Creo que todos sabemos que lo es.

— Nunca lo había mirado de esa manera, Adrianna.

— ¿Nunca?

— No, lo siento.

— Interesante.

Se suponía que yo la tenía que provocar, pero era ella quien me estaba provocando.

— Quizás para algunos lo sea. Para mí, simplemente he encontrado mi alma gemela. Un placer conocerla por fin. Tengo que decir que me preguntaba quién era la mujer detrás de toda esa literatura.

— ¿Toda esa literatura?

— He leído mucho acerca de usted.

— ¿Por qué harías una cosa así?

— Parte de mi trabajo con la Wenn es supervisar el éxito de nuestras adquisiciones más recientes, como Bomba Cosmetic. Se convertirá dentro de poco en una de las compras más provechosas de la compañía. Usted la llevó a un nivel y nosotros estamos a punto de llevarla al nivel que merece.

— El dinero de Alex tiene el poder de hacer cosas así.

— No es sólo cuestión de dinero. Aunque, naturalmente, eso ayuda. Se trata principalmente de un cambio en la filosofía del negocio, una re-estructuración. Se trata de transformar todo lo que usted creó bajo una nueva marca: Wenn Cosmetic.

– ¿Wenn qué?

– Wenn Cosmetic. Pronto, Bomba Cosmetic dejará de existir. Estamos borrándola del mapa. Hemos firmado con tiendas de prestigio y grandes almacenes, tenemos una atractiva página *web* que refleja los cambios y, dentro de unos meses, lanzaremos dos nuevos perfumes para añadir a los nueve de su colección inicial.

El odio que desprendió su mirada fue revelador. ¿Era ella la que estaba detrás de todo? Mirándola en ese momento, tenía que preguntármelo. Parecía como se estuviera a punto de estallar, así que continué presionando.

– Y hay más –le dije—. Como parte de la misión de Wenn de cuidar y mejorar el mundo que habitamos, vamos a deshacernos por entero de su línea de cosméticos. No es muy ecológica.

– ¿No es qué?

– Buena para el planeta. Hemos sabido que algunos de los componentes que usted usaba son tóxicos y dañinos para los animales con los que experimentaba. La Wenn piensa de otra forma. Queremos distinguirnos de otras compañías dando ejemplo. Queremos ofrecer productos que deriven de recursos naturales que no sean limitados. Nuestro empeño es elaborar a base de plantas para que sean menos dañinos al planeta. La gente responderá bien a eso. Vivimos una era donde estas cosas importan, desde los ingredientes que ponemos en nuestros cosméticos y perfumes hasta los que ponemos en los envoltorios, que pronto serán 100% hechos de plástico reciclado. Estamos también en proceso de asociarnos con organizaciones no lucrativas cuyo trabajo apoya nuestro compromiso para mejorar el bienestar social y medio-ambiental. Todo muy excitante. Recientemente, hemos comenzado a trabajar con el pueblo Yawanawá, que cultivan urucú. –Agité la cabeza y le di un sorbo a mi martini—. En fin, todo esto es probablemente demasiada información para absorberla tan rápidamente, pero esto es lo que estamos haciendo. Pasando de un modelo de irresponsabilidad a uno de responsabilidad.

– ¿Crees que mi trabajo fue irresponsable?

– Siento tener que decir que sí, como también nuestros científicos lo dicen.

– Mis clientes ciertamente no.

– Ya no estamos interesados en sus clientes tampoco. Bomba va a desaparecer. Estamos expandiendo nuestro propio nombre.

– No ...

Provoca.

– Tiene que admitir que, a pesar de lo bien que lo hizo, deshacernos de su línea de productos por entero para asegurarnos que se respeta el planeta no es sólo algo maravilloso que hacer por el mundo, sino también por nuestros clientes, que saben más ahora que hace quince años, cuando usted empezó, ya en la treintena.

– En la veintena.

– Lo siento. Veintena. Es un mundo nuevo. La gente cuida el medio ambiente más que antes. Todos salimos ganando. Damos mejores productos y los lanzamos con una campaña de marketing dirigida a consumidores más avanzados.

Adrianna puso sus ojos en blanco.

– Finalmente, la verdad. Se trata todo de marketing.

– Supongo que esa es la forma cínica de verlo. Pero entiendo, tiene usted sus razones. Compra hostil y todo eso. De hecho, si quiere saber la verdad, fui a Alex y le pedí si podíamos venir en esta dirección porque era importante para mí. No creo en destruir el planeta como lo han hecho sus productos. Como ha apuntado, soy de Maine. Me criaron

para vivir una vida más natural.

– ¿En una granja?

– ¡Qué cliché tan bucólico! No, simplemente soy de una generación diferente a la suya. Mi generación piensa holísticamente. Alex me pidió que implementara mis ideas y así lo hice. Lo verá cuando lancemos nuestra línea dentro de unos meses. Por favor, no lo tome personalmente, pero deshaciéndonos del nombre de Bomba y todo su lastre tiene sus ventajas. Queremos empezar con algo nuevo. Algo que simbolice la esencia de nuestra filosofía y nos distancie de la que usted siguió.

– ¿Y cuál crees que fue la mía?

– Beneficios. Producción fuera del país. Ofrecer poco y obtener lo máximo. Cosas así.

– Los perfumes que creé fueron éxito de ventas. Nunca podrán repetirlos.

– No queremos. Esos productos también desaparecerán y saldrán otros nuevos. Tiene que verlo como un nuevo concepto, Adrianna. Estamos cambiando absolutamente todo.

Cuando dije esto, me di cuenta de que nos tomaban una fotografía desde mi derecha. Giré la cabeza y vi la figura de un hombre a unos pasos, pero la luz del *flash* fue tan intensa que no pude ver a quien tomó la foto.

El corazón me empezó a latir rápidamente. Adrianna me miraba con frialdad. *¿Será ella? ¿Lo será?* No lo sabría a menos que me enviaran una amenaza con una foto adjunta, y eso si Tank podía probar que la hizo alguien vinculado a Bomba.

– ¿Te importaría decirme cuál es tu formación? –me preguntó.

– Negocios.

– Pareces un poco demasiado joven para estar tomando las decisiones que estás tomando.

– Creo que acaba de decir que usted empezó antes de los treinta.

– Pongámoslo en perspectiva. Cuando tenía unos veinticinco años, que es la edad que me imagino que tú tienes, estaba ganando más de cinco millones de dólares al año. Para cuando cumplí los treinta, ganaba más de cincuenta millones. A los cuarenta, sí, cuarenta, más de doscientos. ¿Cuánto has hecho tú, Jennifer? ¿Cuánto éxito crees que has tenido? Como yo lo veo, ninguno. Sólo te has limitado a caer en el regazo de Alex, y eso te ha creado la ilusión de haber tenido éxito.

– Mi éxito o mi fracaso será medidos por Wenn Cosmetic y otras iniciativas. En lo que se refiere a Wenn Cosmetic, no tengo duda de que será un éxito.

– Como se van a deshacer de mi nombre, tendremos que verlo.

– Lo veremos. En fin, un placer haberla conocido, Adrianna. Alex y yo debemos saludar a otros.

Busqué la mano de Alex mientras que él se despedía de ella. Empezamos a alejarnos y oímos a nuestras espaldas las protestas de su voz fría.

– No eres Diana –dijo—. Todo el mundo aquí lo sabe, chica. Sólo hablan de eso. Sales perdiendo en la comparación. Es mejor que lo sepas antes de saludar a nadie, porque, cuando lo hagas, no estarán pensando en otra cosa.

* * *

– Jennifer –empezó a decir Alex con una nota de ira en su voz.

– Sigue andando –le dije—. No titubees. No le voy a ofrecer la reacción que está

esperando. Acabo de destrozar a esa mujer, exactamente como me dijeron que hiciera, y ella lo sabe. Así que, caminemos. Ignorarla es la mejor manera de responder a sus palabras. Quiere un espectáculo, pero yo no se lo voy a ofrecer. Creo que ya ofrecí uno lo suficientemente grande la última vez que estuvimos aquí, cuando abofeteé a Immaculata. Ahora, brinda conmigo. Eso la pondrá de los nervios.

Así lo hicimos y los dos bebimos de nuestros martinis.

— Eres increíble.

— No, no lo soy. Sólo estoy intentando aprender a jugar este juego.

— Y me temo que sea todo un juego.

— Con algunos de ellos, pero no con todos. Acuérdate de Peachy. No tenía que hacer nada de esto por nosotros, pero lo ha hecho. Henri también ha decidido darnos su apoyo. Nos va a dar la siguiente fiesta. Y luego está Addy. Lo adoro. Todos son buena gente.

— Estamos de acuerdo en eso.

Deambulamos a través de la gente. Era consciente de que mucha gente nos estaba observando, probablemente porque ahora estaba suficientemente documentado que Alex y yo estábamos en el punto de mira de un ente desconocido y habíamos vuelto de la madriguera para confrontarlo.

Intenté parecer relajada, como si lo estuviese pasando bien. Pero no lo estaba. No era lo que Adrianna había dicho lo que me perturbaba. Ella no podía importarme menos. Era la fotografía que nos tomaron mientras hablábamos lo que me estaba comiendo. En cualquier momento esperaba oír el teléfono en mi bolso dar un timbrazo y luego vibrar, señalando que había recibido un correo. Iba a llegar. Sabía que iba a llegar. Y mientras que por una parte lo temía, por otra parte lo deseaba porque significaría que todo aquello estaba funcionando. Quizás fuese Bomba. Si me llegara un correo, podríamos estar más cerca de saberlo.

— Te diste cuenta de que nos hicieron una fotografía, ¿verdad? —le pregunté a Alex.

— Sí.

— Miré, pero no pude ver quién lo hizo, aunque me di cuenta de que era un hombre.

— Yo tampoco pude verle la cara. El *flash* era demasiado luminoso.

— Al contrario que la última vez, no hay paparazzis aquí esta noche. Peachy le hizo caso a Tank y no permitió que entraran. Por lo tanto, ¿quién de tu círculo se acercaría furtivamente y nos haría una fotografía? Tengo la impresión de que es algo que no se acostumbra a hacer.

— ¿Entre los ricos de toda la vida? No. ¿Entre los nuevos ricos? Cualquier cosa es posible. Lo bueno es que Tank lo tendrá en *video*. Estoy seguro de que lo vio cuando sucedió. Lo oiremos de él mismo muy pronto. —Me miró—. ¿Hora de irnos?

— Deberíamos darle las gracias a Peachy y decirle a Tank que nos vamos.

— ¿Te quedarás conmigo esta noche?

Lo miré a los ojos y vi en ellos una mezcla de deseo de protegerme, de preocupación y, fundamentalmente, de amor.

— Sin duda, me quedo contigo esta noche —respondí—. Quiero acurrucarme en la cama contigo y, por primera vez hoy, sentirme verdaderamente protegida.

CAPÍTULO TRECE

Al salir del ascensor del apartamento de Alex su teléfono sonó y me dio un sobresalto. Lo observé mientras lo sacaba de la chaqueta y miraba la pantalla para ver quién llamaba. Luego me miró.

— Todo bien. Es Tank.

Contestó la llamada.

— ¿Qué hay de nuevo? Sí, nosotros también vimos a alguien fotografiándonos, pero ni Jennifer ni yo pudimos ver quién era por el *flash*. ¿Pudiste tú? —Un breve silencio—. ¿Era Michael? ¿De verdad? ¿Por qué iba el nieto de Peachy a hacernos una fotografía?

Crucé los brazos abrazándolos, frustrada porque no podía oír lo que Tank estaba diciendo. Me moría por saberlo. Alex vio mi frustración y pulsó el altavoz del teléfono. El receptor se llenó de la voz grave de Tank.

— ...simple. Quería una foto de los dos. Le pregunté y se deshizo en disculpas. Dijo que no lo había visto durante años, Alex, desde que eran niños. Me dijo que quería conocer a Jennifer. Cuando se acercó, vio que los dos estaban hablando con Bomba, así que hizo una foto con su teléfono con la intención de acercarse más tarde. Pero ustedes se marcharon inmediatamente. ¿Qué pasó con Bomba, por cierto? Parecía una situación tensa.

— Fue tensa. Jennifer la derribó como una buena luchadora. Y luego la fulminó.

— Me dio la impresión de que la cosa no iba bien, al menos por la expresión que vi en la cara de Bomba.

— Ojalá hubieras escuchado a Jennifer. Hablando de dejar a alguien planchado. Nunca la había visto hacerlo antes. Y, aunque no sé de dónde lo saca, tengo que decir que es más bien entretenido verla.

— ¿Está Jennifer ahí?

— Aquí estoy, Tank. Alex tiene puesto el altavoz.

— Me lo imaginaba. Puedo oír el eco. Buen trabajo el de esta noche. ¿Ha recibido algo ya?

— Nada. Comprobé mi teléfono en el ascensor. No había nada.

— Antes de descartar a Bomba, démosle un par de días. A menos que haya algún cambio que desconozco, Dufort tendrá su fiesta dentro de tres días, ¿no es así?

— Correcto.

— Tengo la lista de invitados. Como era de esperar, hay algunos que estaban en la de Peachy, pero no demasiados. La buena noticia es que la mayoría de invitados será una nueva remesa.

— Excelente —dijo Alex—. Especialmente si no sacamos nada de esta noche.

— Con la excepción de Michael, no vimos a nadie haciéndoles fotografías. Por supuesto, podríamos habernos perdido algo. Siempre hay una posibilidad de error. Pero si alguien hubiera hecho una foto con la intención de usarla para amenazarlos, lo sabrían esta misma noche o, como muy tarde, mañana. Quien esté haciendo esto tiende a actuar rápidamente. ¿Hay alguna cosa más que pueda hacer por usted?

- Creo que esto es todo.
- Muchas gracias, Tank –dije.
- No hay por qué, Jennifer.
- ¿Se va a casa ahora?

Dudó.

- Creo que sí.

– Creo que Lisa estará despierta, escribiendo –dije—. ¿Le importaría llamarla? Se sentirá sola. Yo misma lo haría pero, después de esta noche, estoy muerta. Me voy a la cama.

Permaneció callado un momento.

- La llamaré –respondió.

- Creo que se alegrará. Y sí, Tank, me estoy entrometiendo.

- Tenía ese presentimiento. ¿Alguna cosa más que pueda hacer por usted esta noche?

Miré a Alex, que negaba con la cabeza como reprendiéndome.

– No, gracias, Tank. Por favor, dígame a Lisa que la tengo en el pensamiento y que la quiero. Le agradecería que le hiciera saber que me quedo con Alex esta noche.

- Se lo haré saber –aseguró.

Y la comunicación se cortó ahí.

* * *

– ¿Te estás entrometiendo? –preguntó Alex mientras nos adentrábamos en su apartamento.

- Algo quizás.

- ¿En qué?

- En su relación, un poco.

- Pensé que todo iba bien.

- Podría ir mejor. Creo que los dos están frustrados.

- ¿Qué se interpone?

– Problemas de confianza. Previas rupturas traumáticas por ambos lados. Pero hay una atracción entre ellos. Es todo lo que necesitan. Estoy presionando un poco porque él me gusta. Los veo juntos.

– Yo también. –Arrugó el ceño—. Estoy sorprendido de que no hayan conectado. Congeniaron muy bien la noche que salimos a cenar.

- Por eso los presiono.

- Eres una buena amiga.

- Ella lo es aún mejor.

– Me pregunto qué diría Lisa acerca de eso. –Me dio un beso en la mejilla y una palmadita en el trasero—. ¿Quieres tomar algo, sentarnos y relajarnos antes de ir a dormir.

– He tomado un martini y desactivado una Bomba esta noche. Otro martini no me vendría mal.

- Hecho.

– Déjame que me ponga algo más cómodo. Este vestido es tan ajustado que apenas puedo respirar.

Fui al dormitorio, abrí un cajón que él se había encargado de aprovisionar con lencería

que había comprado para mí y elegí algo blanco y coqueto, y de seda. Me quité el vestido con cuidado, y me puse la *negligee*, que me llegaba justo por encima de la rodilla.

Perfecta.

Fui al baño, me cepillé el pelo y los dientes y me puse algo de brillo en los labios antes de reunirme de nuevo con él en el salón. Estaba sentado en el sofá, se había quitado la chaqueta y la corbata y se había desabrochado el botón del cuello. Lo suficiente para dejar asomar todo lo que a mí me enloquecía por debajo de la camisa.

— Pareces estar cómodo, Sr. Wenn —apunté.

Me miró y, por un momento, pareció como si estuviera en otro lugar. Parecía distraído. Luego, me dedicó su atención.

— Y tú muy, muy sexy, futura señora de Wenn. ¿Un martini?

Dios, cómo lo amaba.

— Por favor.

Me senté a su lado y cogí la copa que sostenía para mí. Las chocamos y bebimos. Entonces, dejé la bebida sobre la mesa del sofá, me hice sitio entre sus brazos y descansé la cabeza sobre su pecho.

— Podría estar así siempre —dije.

— Algún día lo estarás.

Había una gravedad inesperada en su voz. Permanecimos callados un momento, pero cuando oí que su corazón se aceleraba y sentí la tensión de su cuerpo, supe que algo andaba mal.

Estaba en lo cierto.

— Fue cruel lo que Adrianna te dijo. Y aunque en algo tiene razón, tú no eres Diana, no entiende lo que muchos vemos en ti. En particular yo. Tú eres Jennifer y nadie te hace de menos. La gente disfruta de tu compañía de forma que nunca disfrutaron con Diana porque ella no era como tú. No era tan abierta. No tenía tu chispa, ni tu ingenio. Murió sólo un mes después que mis padres, pero en ese mes, la mujer tímida, sensible y amante con la que me casé cambió.

No podía creer que estuviera hablando de ella. Casi nunca lo hacía.

— ¿De qué manera? —pregunté.

— La compañía tenía que seguir adelante. Tuve que tomar las riendas, lo que significó un cambio radical en nuestras vidas. De pronto, Diana y yo tuvimos que hacer lo que mis padres hacían casi diariamente, ir a fiestas y conocer gente que me permitieran hacer negocios con la Wenn. Ella no lo llevaba bien. Cuando nos casamos, asumimos que yo sería mucho más mayor cuando me hiciera cargo de la Wenn, pero mi padre alteró nuestros planes cuando mató a mi madre y luego se mató él. Yo quería mucho a Diana, pero en un mes, se abrió una grieta en nuestro matrimonio tan innegable como vertiginosa.

Le dio un sorbo a su bebida.

— Y no puedo culparla por ello —añadió—. No era la vida que había esperado, al menos no tan pronto. Ni yo tampoco. Nuestro sueño era recorrer el mundo, tener hijos, y entonces yo empezaría a involucrarme más en la compañía mientras ella se dedicaba al cuidado de los niños. Ese era el plan. ¿Pero qué elección me quedaba una vez que mis padres faltaron y todo pasó a mí? Hice lo que creí que tenía que hacer. Me puse al frente. Diana y yo hicimos lo que pudimos. Sabía que ella era infeliz, pero ¿qué podíamos hacer con tan poco aviso? Me mataba que fuera infeliz. Yo estaba en proceso de buscar a otro miembro de la junta para que asumiera la funciones de director cuando ella me llamó desde su coche. Volvía a casa después de pasar un fin de semana en nuestra finca en

Connecticut. Estábamos hablando cuando ocurrió el accidente. Unas horas después, me confirmaron que había muerto.

Levanté la cabeza y lo miré.

– Cuánto lo siento.

– No estoy mirando atrás.

– Pero yo sí, Alex. Y siento todo mucho.

Sus ojos se humedecieron, lo que me sobrecogió. Nunca lo había visto tan vulnerable.

– Si te cuento esto es por lo que Adrianna te dijo. Y por lo que otros puedan decirte más adelante. No quiero que te creas esa mierda, ¿me oyes? Tú no eres Diana. Eres Jennifer y te quiero más de lo que te imaginas. Tú me sacaste de un agujero de cuatro años. Llegaste a mi vida con un montón de currículos por los aires, te hiciste valer delante de mí como poca gente lo haría, me aceptaste de nuevo en tu vida cuando tenías todas las razones para no hacerlo, y hasta te mudaste a una isla perdida conmigo porque tu vida peligraba, y todavía peligraba, por estar asociada a mí. Cualquier otra hubiera tirado la toalla a estas Alturas, pero tú no lo has hecho. Te has quedado a mi lado. No puedo decirte lo agradecido que estoy por tenerte aquí, porque estamos luchando juntos contra esto y porque, algún día, todo se acabará y serás mi mujer.

Le quité el martini de la mano y lo puse sobre la mesa, al lado del mío.

– Hazme el amor –le dije.

Con un ágil, coordinado, gesto me levantó del sofá. Me llevó al dormitorio y me hizo el amor de forma tan tierna y tan llena de significado que casi me hace llorar por los dos.

No hubo rincón de mi cuerpo que dejara sin tocar. Nada que quedara descuidado. Fue más cuidadoso y considerado de lo que nunca había sido conmigo. Ninguno de los dos contaba con algo así aquella noche, pero estaba claro que habíamos alcanzado una nueva meta en nuestra relación. El ataque personal de Adrianna Bomba lo había airado tanto que había demolido cualquier barrera que quedara entre nosotros. Me sentí más cercana a él de lo que nunca había estado. Éramos uno. Estábamos juntos. Nunca su cuerpo recorriendo el mío y el mío el suyo tuvo un significado tan tierno, tan profundo, tan poderoso. Cuando juntos alcanzamos el clímax, lo sentí tan diferente, tan envuelto de sentimientos y de pasión, que supe en ese momento que mi amor por él no tenía límite.

Era eterno.

CAPÍTULO CATORCE

Al día siguiente, temprano por la mañana, me desperté al olor del café recién hecho y la ruidosa actividad de Alex del salón a la cocina. No sabía por qué, pero sonaba feliz y eso me hizo feliz a mí a su vez porque, era evidente, que estaba mejor que la noche previa.

Usé el baño, me lavé la cara con chorros de agua para despertarme. Luego me cepillé el pelo y me lo recogí en una coleta. Me di un último vistazo en el espejo antes de ir al salón. A través de su espacio abierto, vi a Alex en la cocina.

Desnudo.

Se acercó a la entrada al salón y se apoyó en la pared.

— ¿Estamos en una reserva nudista? —pregunté.

Él estaba de pie delante de la isla de la cocina bebiendo una taza de café, desnudo como vino al mundo, sólo que con más pelo y más crecido. Sobre todo en ciertas partes.

— Eso parece. ¿Cuál es tu excusa?

— ¿Cuál es mi excusa?

— Llevas una *negligee*. —Cloqueó con la lengua—. Una lástima, ¿no te parece?

— Exactamente así es como te comportaste en la isla.

— Pero si miras detrás de ti, a través de las ventanas, parece como si estuviéramos en Nueva York.

— Así que, ¿eres nudista?

— ¿Y qué si lo soy?

— Bueno es saberlo.

— ¿Quieres unirte a la colonia?

— ¿Qué estás tramando?

— No estoy tramando nada.

Pero lo estaba. Después de la amenaza del día anterior contra mi vida y la intensa conversación acerca de Diana, sabía lo que estaba haciendo. Intentaba mantener nuestra relación viva. Intentaba ahuyentar todo lo que nos estaba pasando, todo lo que olía a podrido, y enfrentarse al nuevo día con sentido del humor. En ese instante sentí un acceso de cariño por él. Tenía razón, necesitábamos disfrutar nuestras vidas y necesitábamos hacer un esfuerzo por ser espontáneos o perderíamos aquello por lo que habíamos peleado tanto, nosotros.

Hora de seguir el juego.

Lo miré entrecerrando los ojos.

— Tú quieres verme desnuda, ¿no? —dije.

— ¿Y qué si quiero?

— Y quieres azotarme el trasero, ¿no es verdad?

— Quizás.

— ¿Sólo quizás?

— Nunca te he tenido sobre mis rodillas antes...

— ¿Y por qué estás tardando tanto?

— Uno no revela todo a la primera, señorita Kent. Eso lo hacen los aficionados. Voy a sorprenderte durante años.

— ¡Qué seguro estás!

— Ya lo verás.

Me apoyé contra la pared en la otra entrada al salón.

— Para que sepas, puedo desnudarme en segundos y sin aviso, y a las mujeres de mi edad nos encanta una azotaina en el trasero de vez en cuando. ¿Te provoca, Sr. Wenn? En fin, si me quito esta negligee, en cuestión de segundos, ¿te encargarías de darme ese gusto?

— Podría encargarme de ello.

Me quité la negligee y la dejé caer al suelo detrás de mí. Él dejó su taza de café sobre la isleta y comprobé que la excitación empezaba a hacer efecto.

— Entonces, adelante —dije.

Me sonrió, algo que siempre me vencía. Miré al reloj del microondas, pensé en el día tan completo que teníamos por delante y me acerqué a él. Lo besé con deseo en los labios. Nuestros ojos se encontraron, incliné la cabeza a un lado y le agarré el pene. Dios. Era enorme. Alex iba a tener que trabajar duro si quería prepararme para tenerlo dentro otra vez.

— Son sólo las seis menos veinte —le dije al oído—. No es estupendo que no tengamos que estar en la oficina hasta las nueve?

— ¿Por qué crees que empecé el café tan pronto? Sospechaba que te despertaría.

— Pero qué listo eres.

— ¿Quieres ver cuánto?

— ¿Me lo tienes que preguntar? —Lo cogí de la mano para llevármelo al dormitorio—. Vamos. Ponme en tus rodillas mirando al suelo.

* * *

Más tarde, mientras recuperábamos el aliento en la cama, se nos hizo evidente que no había tiempo para desayunar. No es que me importara. Por dos horas, Alex había estado tan atento conmigo como la noche previa. Sólo que esta vez, el ánimo era más ligero, más juguetón, y fuimos un poco más lejos de lo que habíamos ido antes. Esta vez, me dio una buena azotaina que, en algún momento, me provocó una risa nerviosa pero también me excitó de forma incontrolable.

— Pareces acalorado —dije.

Él estaba tumbado sobre su espalda, mirando al techo.

— Al menos le puse ganas.

— Creo que me gusta una buena azotaina, ¿quién me lo iba a decir?

— Me estás matando. —Nos volvimos el uno al otro y reímos—. Tengo que admitir que eres un buen ejercicio cardiovascular.

— Y muchas más cosas, espero.

— Muchas más. De hecho, no me importaría otra vuelta.

— Ni a mí, pero son casi las siete y media. —Salté de la cama—. Necesito una ducha y prepararme para la Blackwell, quién me dará una paliza de otra clase si no estoy en su oficina a las nueve en punto. Y sé que tú tienes una reunión importante hoy. Streamed y

Wenn finalmente se funden. ¡Finalmente! Así, que ¡a la ducha!

Él vino detrás de mí y pude ver por el rabillo del ojo que otra vez tenía una erección.

— No creas que cuando estés en la ducha vas a estar enjabonándote sólo el pelo, Jennifer.

— ¡Por favor! —dije.

* * *

En la Wenn, Alex y yo tuvimos que separarnos. Cuando el ascensor se abrió en la planta de Blackwell, me dio un beso en los labios.

— Ven a buscarme a eso de la uno, para comer. ¿En mi oficina? Le pediré a Ann que nos traiga algo saludable. Ya sabes, para complementar el ejercicio.

— Creo que los dos vamos a necesitar proteínas después de esa ducha. Ahora, al trabajo. Buena suerte con Henri. Nos vemos a la una. —Hice una pausa para mirarlo al salir del ascensor—. Y, por cierto, estoy deseando que llegue la una.

Cuando las puertas se cerraron, fui directamente a la oficina de Blackwell. Cuando asomé la cabeza por su puerta, me miró y se recostó en su sillón. Llevaba un traje de Chanel negro y tenía el pelo recién teñido y recortado de forma aún más irregular, más atrevida.

— ¿Qué pasa contigo? —dijo después de escrutarme debidamente—. Es como si llevaras un reactor nuclear en el trasero.

¿Es que lo ve todo esta mujer?

— ¿Y eso qué quiere decir?

— Estás resplandeciente —dijo—. Desde donde estoy sentada puedo verlo, puedo sentir la temperatura.

— ¿Y a qué cree que se debe?

Me indicó con la mano la silla que tenía enfrente de ella.

— Creo que puedo imaginármelo, Jennifer, pero lo dejaremos así. Sin detalles.

Sabes que no los llevo bien. Vamos, siéntate, siéntate. Si es que puedes, claro.

— Claro que puedo, a pesar de que Alex me dio una azotaina esta mañana.

— ¡Jennifer!

— Es la verdad.

— Está bien. Veamos cómo te sientas.

Estaba un poco dolorida, pero pude sentarme.

— Ni un gesto. Tus talentos nunca dejan de asombrarme.

— Debería ver cuánto he mejorado en estos últimos meses.

— Mejor no.

— Creo que he perdido más de dos kilos entre anoche y esta mañana.

— Bien —replicó mirándose las uñas—. Siempre apoyo cualquier cosa que hagas para eliminar peso pre-embarazo.

— ¿Pre-embarazo?

— Al paso que vais, me estoy preparando para una boda de penalti. Ya he elegido la capilla perfecta en Las Vegas.

— Muy graciosa.

— Veremos quién se equivoca.

— No voy a ser nunca un palo, Bárbara.

— Aparentemente. Eres más bien un reloj de arena. A los hombres les encanta. Lo entiendo. Así y todo, me encanta el reto de tener que vestirte. Aún no he fallado.

— Efectivamente. Por cierto, estoy hambrienta.

— Olvídate de comer.

— Pero tengo hambre.

— El hambre es una cosa psicológica.

— Dígale eso a los más desfavorecidos de este mundo.

— ¡Oh, qué buena salida! Eso no tiene nada que ver con lo que te estoy hablando. —Sus ojos se abrieron por completo y levantó un dedo—. Por cierto, esto me lo ha recordado. En la revista *New York*, he leído un fantástico artículo esta mañana e inmediatamente pensé en ti cuando lo terminé. Espera. ¿Dónde está la revista? Aquí está. Subrayé un párrafo que quiero que leas.

— ¿De qué se trata?

— Alimentarse de jugos naturales.

— Me niego. Lo siento. Yo necesito comida.

— El jugo es comida.

— No, no lo es. No se puede exprimir una hamburguesa. O un filete.

— Escucha un momento. Déjame leerte esto. Podrías aprender algo. —Se aclaró la garganta y leyó en un tono tan histriónico como era de esperar de ella—. Hay algo en la vida de la ciudad que uno siempre requiere elixires, tónicos, drogas, legales o de otra naturaleza (cafeína, cocaína, o un pinchazo en la nalga) para espabilarse, aliviar el dolor o prepararse para la lucha urbana. El jugo, la eucaristía con pulpa de un nuevo culto, consigue eso y mucho más, les levanta el ánimo a sus devotos, dentro de un orden, con la certeza de que están haciendo lo correcto. Y, por supuesto, ayuda a lograr algo tan importante para los neoyorquinos como la delgadez absoluta. Por supuesto, esto es algo que no debe mencionarse. Después de todo, es el más alto y sagrado logro espiritual de todos. —Cerró la revista—. ¿Que no debe mencionarse? ¿Ha perdido la cabeza el autor del artículo? Por supuesto que debe mencionarse. La delgadez absoluta debe ser proclamada al mundo. Deberías convertirte. Una buena limpieza. Estoy convencida de que no hay nada mejor.

— Creo que no. ¿Un café al menos?

Soltó la revista sobre la mesa.

— Como tú digas. Sabía que no iba a ganar, pero tenía que intentarlo. Café puedes tomar, siempre que sea solo y sin azúcar. Tienes otra fiesta en casa de Henri Dufort en dos días. Tengo el vestido arreglado para ti según las medidas del vestido de anoche. Entrado, acortado y ceñido. Ya verás. Es el mejor de todos.

— Suena divino y todo lo que quiera, pero repito, ¿puedo tomar un café? Alex y yo nos pasamos despiertos la noche y luego, esta mañana, volvimos a darnos una alegría en la ducha. Necesito cafeína.

— Lo que necesitas es moderación. —Levantó el teléfono y le pidió a su asistente que nos trajera dos cafés—. Solos —añadió—. Y, Margaret, si puede encontrar la manera de conseguir que perdamos calorías, le doy un ascenso. Gracias.

— ¿Quién es Margaret? —pregunté cuando colgó el teléfono.

— La nueva chica —moviendo los dedos de ambas manos—. Tengo buen presentimiento acerca de ella.

— Eso no pasa todos los días. Por cierto, bonito conjunto.

Me miró elevando la barbilla.

— Es de hace cuatro años. Aún me sienta estupendamente. Creo que tú y yo sabemos por qué. —Ajustó su postura en el sillón y supe por su expresión que el recreo se había terminado. Ahora iba en serio—. Estaba preocupada por ti anoche, tanto que no pude dormir. Esta mañana supe por Tank que no hubo incidentes mayores en la fiesta, con la excepción, por lo que tengo oído, de que derribaste a Bomba. Me hubiera encantado verlo. Una mujer desagradable. Y aunque pienso que la compra de su compañía fue una buena inversión por parte de la Wenn, francamente, no podía aguantar sus perfumes. Ahora, cuéntame tu versión de los hechos.

Se lo conté todo.

— ¿De verdad que usaste el pueblo Yawanawá en una oración?

— Ajá.

— ¿De dónde te sacaste eso?

— No es usted la única que dispara rápido.

— Aparentemente, no. —Se puso la mano en el pecho—. Querida. El pueblo Yawanawá.

Bravo. *Glamour. Amour.* Mis alabanzas.

— Pensé que lo aprobaría.

— Y estabas en lo cierto. ¿Qué es lo que la remató?

— Digamos que la hice pedazos como me pidieron. Eso en cuanto a las buenas noticias.

La mala es que, cuando lo hice, me dio un golpe bajo. Dijo que nunca sería Diana.

Eso la dejó atónita.

— ¿Se atrevió a tanto?

— Así es.

— Detesto a esa mujer.

— Dijo que todos hablaban de mí, comparándome con Diana y despreciándome. Alex estaba furioso y quiso decirle algo, pero lo pedí que siguiera dándole la espalda mientras nos alejábamos.

— Bien hecho, pero lo siento por ti y por Alex. Ninguno de los dos os merecéis algo así.

—Me contempló por un momento—. ¿Te molestó el comentario?

— ¿Personalmente? No. Pero molestó a Alex, y por lo tanto a mí también. Anoche, por primera vez, se abrió a mí acerca de Diana. No fue algo superficial. Fue realmente íntimo.

— Eso promete.

— Sí, de alguna manera. Pero odio verlo tan disgustado.

Alguien llamó a la puerta, hubo una pausa y, luego, una mujer muy atractiva, con un impecable traje rojo y hermosa cabellera caoba, entró con dos cafés en una bandeja que puso en el escritorio de Blackwell.

— Gracias, Margaret —dijo Blackwell.

— Un placer, Sra. Blackwell.

— Le presento a Jennifer Kent. Jennifer, ella es Margaret Fine. Es nueva en mi oficina. Aún está a prueba, pero tengo que decir que, hasta ahora, satisface todas mis expectativas. Tengo la impresión de que pronto estará dirigiendo al personal de la oficina.

— Bienvenida —saludé.

Me dio la mano.

— Mucho gusto en conocerla —dijo ella.

— El placer es mío.

— He oído hablar muy bien de usted a la señora Blackwell. —Y sin demorarse, se despidió—. Que les aproveche el café. Déjenme saber si necesitan algo más.

Salió. Arqueeé las cejas mirando a Blackwell mientras daba un sorbo a mi café.

— ¿Ha hablado bien de mí?

— Debió escapárseme.

— Es una profesional. Me ha gustado inmediatamente.

— Y sincera. Tiene un gran potencial. Pero, a lo que estábamos. Siento que Alex se disgustara, pero el hecho de que se abriera con respecto a Diana es alentador. No lo hace con frecuencia. No quiero romper lealtades, así que dejaré que quede entre vosotros dos lo que te dijo. Lo que importa es que sea capaz de hablar de ella. Para un hombre que se cerró emocionalmente hace cuatro años, es un paso adelante, especialmente porque sé que era difícil para él darlo.

— Eso es lo que me preocupa.

— Que no te preocupe. Ha tenido cuatro años para asimilar lo que le pasó a Diana. Y por cierto, sé que has estado preguntándote acerca de la muerte de Diana y si estaba ligada a lo que te está pasando a ti ahora, pero no lo está. Hablé con Tank y los dos lo dudamos. Diana estaba al teléfono cuando se saltó un semáforo. Estaba distraída. Hubo muchos testigos presenciales que prestaron declaración. El accidente fue su culpa.

— Está bien.

— Que Alex quiera hablar de ella significa que está listo para aceptar su muerte de una manera natural y seguir adelante. Que no se te olvide. Sólo escúchalo cuando vuelva a sacar el tema. Es el mejor consejo que te puedo dar. Demasiada gente no escucha, Jennifer. Puede que oigan, pero no escuchan. Hay una gran diferencia. Así que, escúchalo.

Dios mío, la adoro.

— ¿Has recibido algún mensaje? —preguntó.

— Ninguno todavía.

— Eso son buenas noticias.

— Yo lo veo de forma diferente. Si lo hubiera recibido, quizás tuviéramos a la persona. Podríamos tener a Bomba.

Se recostó en el sillón.

— No lo había pensado.

— Pero aún es temprano. Si no llega ninguno en todo el día, entonces diría que no es ella y me preocuparía por los que estarán en la fiesta de Dufort. Las dos sabemos que recibiré una nueva amenaza en algún momento.

— Por eso estamos usando las cámaras. Encontraremos a quienquiera que esté detrás de esto en nuestro terreno y lo daremos por terminado.

— Si tenemos suerte. Alguien podría hacerme una fotografía en la calle, cuando salga de aquí hoy.

Su expresión se tornó taciturna.

— Soy consciente de eso. Considera esta posibilidad, ¿por qué no trabajas desde tu casa, o desde la casa de Alex? Los dos trabajasteis perfectamente desde la isla. Si quieres total protección, trabajar a distancia es una forma de tenerla.

— A las mujeres de Maine no nos gusta correr y escondernos por mucho tiempo.

— Entonces creo que tienes tu respuesta. Aun así, tómate el día para pensarlo. Y no desesperes. Puede que tengamos alguna revelación en la fiesta de Dufort. Podría ser. —Nuestros ojos se encontraron y me dijo algo que solo esperaba de Alex y de Lisa—. Te quiero conmigo. No estoy lista todavía, ni lo estaré nunca, para perderte.

CAPÍTULO QUINCE

A la una, comí con Alex en su oficina. Ann encargó sushi para nosotros, una sorpresa muy agradable. Nos sentamos en un sofá, delante de nosotros, sobre una mesa de cristal, botellas de agua fría, cubiertos y servilletas. Sin etiqueta, como nos gustaba.

Cuando le eché un vistazo a la variedad de sushi sobre la mesa, uno destacó.

— ¿Es ese de langosta? —pregunté.

— Sí —dijo Alex—. El resto de sushi es crudo, pero estos ocho no lo son. Y, por cierto, la langosta es de Maine. Del día. Le pedí a Ann que se asegurase.

Me eché hacia adelante y le di un beso en la mejilla. Luego me llevé un pedazo de sushi a la boca.

— Fantástico. Delicioso, la langosta y tú.

— Mientras comíamos, hablamos acerca de cómo el acuerdo entre Wenn y Streamed se llevó a cabo.

— Está hecho —dijo Alex—. Henri estaba en plena forma esta mañana. Con el acuerdo finalizado, es ahora a Wenn Digital a la que le toca hacer el resto. Y lo haremos. Uniremos nuestras fuerzas y nos aseguraremos de que nuestro *software* es compatible con el de ellos. Luego, haremos trato con los estudios, y para comienzos del próximo año estaremos listos para competir con Netflix y otros competidores en países claves.

— ¿Te dijo algo de la fiesta?

— Hablamos privadamente, después de la reunión. Tank y su equipo están en su ático hoy y mañana instalando el equipo de vigilancia. Henri quiere que esto termine tanto como nosotros.

— Tenemos suerte de contar con él.

— Sin duda.

— ¿Qué planes tienes para esta noche?

— Esperaba pasarla contigo.

— Yo también. Mientras tanto, ¿qué te parecería si hoy saliera un poco antes para que Lisa y yo podamos hacer terapia comprando en Saks? No he pasado mucho tiempo con ella. Realmente lo necesito.

— ¿Crees que es una buena idea?

— Estaba pensando que alguno de los hombres de Tank podría acompañarnos.

— ¿Por qué no Tank?

— Está trabajando.

— Me sentiría mejor si estuvieras con él. ¿A qué hora estabas pensando salir?

— ¿A las tres?

— Es buena hora. Tank ha estado trabajando en casa de Henri desde las ocho de la mañana. Lo llamaré y le diré que vaya contigo. Míralo de esta manera. No sólo estará protegiéndote, estará también con Lisa.

— Visto así... Será sólo un par de horas. Lisa y yo necesitamos un rato juntas. Luego volveré a tu casa, que es donde me gustaría pasar la noche, si no tienes inconveniente.

— Creo que ya sabes la respuesta —dijo—. Diviértete, pero segura.

* * *

Cuando salí de la oficina de Alex, me fui directamente a la mía y llamé a Lisa.

— Zombis anónimos, dígame —respondió.

— ¿Quieres ir de compras?

— ¿Ahora?

— Casi. Puedo salir a las tres. Tank estará con nosotras para protegernos, lo cual es un valor añadido. Te echo de menos. Espero que puedas tomarte un descanso de tu libro.

— ¿Para pasar el tiempo contigo y con Tank? ¿Bromeas? Prácticamente me he convertido en una ermitaña. Estoy allí cuando tú me digas.

— Perfecto. Te veo en mi oficina a las tres.

* * *

Cuando llegó estaba perfectamente arreglada y presentí que aquello tenía menos que ver con ir de compras conmigo que con Tank.

Entró en mi oficina y miró alrededor.

— No te preocupes, Tank no está aquí. Está en el vestíbulo esperándonos. Estás segura.

— ¿En el vestíbulo? Ni siquiera lo he visto.

— Está allí. Estoy segura de que él si te vio sin que te dieras cuenta.

— Maldita sea. ¿Cómo estoy?

— Preciosa. Me encanta el suéter rojo con los pantalones negros. Y creo que reconozco esos zapatos y ese abrigo.

— Espero que no te importe.

— Ya sabes que no. Además, si sirve para cazar a Tank, mejor que mejor. Si se necesitan un abrigo de Dior entallado y un par Louboutins rojo pasión, pues se necesitan. Pero, entre nosotras, yo creo que tú eres suficiente. —La miré—. Hoy intenta bajar la guardia. Sé más abierta con él. A ver qué pasa. Sé que es correr un riesgo pero no te habrías presentado aquí, de esa manera, si no quisieras llamar su atención. Así que, ya sabes, relájate un poquito hoy. Coquetea. Va a ver cómo te pruebas toda clase de ropa. Podrías preguntarle su opinión.

— Tienes razón.

— Sólo hay una forma de hacer que esto siga adelante. Uno de los dos necesita darle un empujoncito.

— Quizás lo haga.

— Probablemente él dé el segundo empujoncito.

— O probablemente no.

— No puedes pensar así. Los hombros hacia atrás, querida. —Me puse mi abrigo y cogí el bolso—. Venga, piensa positivamente. Estoy lista para ir de compras, solas las dos. Venga.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor y salimos al vestíbulo, Tank nos estaba esperando.

— Siento haberlo sacado de su trabajo en casa de Henri, Tank. Sé que esto es frívolo en comparación con lo que estaba haciendo. Espero que no le importe.

— Hay un límite a la expectación que uno puede sentir cuando se trata de instalar equipos de vigilancia, Jennifer. No me importa hacer esto. Será un descanso. —Se volvió a Lisa—. Muy guapa —dijo.

Ella se sonrojó.

— Gracias. Tú también estás muy arrebatador. Nada como un hombre que sabe llevar un traje. Y tú sabes.

Tank se sonrió.

— Trajes —dije—. Esa es una de las razones por las que me enamoré de Alex. Ese hombre sabe cómo vestirse. Creo que debo tener un fetiche con los trajes de chaqueta o algo así. O quizás sea sólo un fetiche con Alex. O los dos, desde que a Alex le ha dado por andar en cueros por casa últimamente.

Tank carraspeó. Le puse la mano en el hombro.

— Lo siento, amigo mío. Me temo que va a ser obsequiado con dos horas de conversación de mujeres. Espero que lo resista porque, nosotras dos de compras, ya le digo que no va a ser fácil.

— Puedo resistirlo. —Hizo un gesto con la cabeza indicando a Lisa—. Y, si me permite decirlo, pasar esas dos horas con Lisa es un extra.

— ¡Pues qué bien! —dije—. Y con esas, Saks, allá vamos.

— Un coche nos espera afuera —dijo Tank—. Usted ya conoce el protocolo, Jennifer. Lisa aún no.

La miré.

— Cruzamos la acera sin pestañear y nos metemos en el asiento de atrás. Sin demoras. A toda prisa —le dije.

— Muévete con rapidez, ¿de acuerdo? —dijo Tank a Lisa.

— De acuerdo —respondió ella—. Me alegra verte durante el día cuando estás trabajando. Creo que sólo nos vemos los miércoles que no trabajas, por la noche —le oí decir cuando comenzamos a cruzar el vestíbulo.

— Sé que estás ocupada con tu libro. He querido no interferir con eso.

— ¿Pensabas que estabas interfiriendo?

— Así es. Yo sé lo importante que es para ti tu trabajo. Sólo quería ser respetuoso con eso.

— Pero no interfieres en absoluto. Aparte de escribir, no hago muchas cosas más. Necesito salir más y disfrutar de la ciudad. Me llena. Un rato antes estaba diciéndole a Jennifer que casi me he convertido en una ermitaña.

— Quizás malentendí. Pensé que necesitabas más tiempo para escribir.

Me adelanté para que ellos pudieran hablar. Él se había mantenido a distancia porque creía que ella necesitaba tiempo para escribir y ella le estaba diciendo que no. Me sentía con ganas de saltar de alegría. *¡Tiempo de revelación!*

— De hecho, —añadió Lisa— necesito pasar menos tiempo escribiendo. Mira, Jennifer va a pasar la noche con Alex, lo que me deja sola en casa una vez más. Sin querer hacer

sentir mal a Jennifer, pero una se aburre de estar sentada en casa todo el tiempo. Ella es mi única amiga aquí. Así que si estás libre esta noche, ¿qué te parece si cambiamos un poco las cosas y cenamos hoy y el miércoles por la noche también? Esta noche invito yo. Hace unos meses, Jennifer fue con Alex a un pequeño restaurante en East Village del que habla maravillas. Parece que Alex va allí mucho. No estoy seguro de cómo se llama.

— Conozco el sitio. Se llama Ruby's. Está estupendamente. Fui con Alex algunas veces, cuando aún no conocía a Jennifer.

— Pero como ahora la conoce, ¿qué tal si vamos juntos? ¿Esta noche y el miércoles? ¿Y luego al cine el miércoles? Me encantaría ver la última de Clooney.

Para cuando llegamos a la puerta se me salían los ojos de las órbitas. Mi chica iba totalmente a por todas.

— Hecho —dijo Tank—. ¿A las siete esta noche? Pasaré a recogerte.

— Me parece perfecto —dijo Lisa. Luego, bajó la voz—. Y siento el malentendido. No todo va a ser el libro que esté escribiendo en ese momento. Necesito tener vida y, en este momento, me gustaría pasar algún tiempo contigo.

Hubo un momento de silencio antes de que él hablara.

— A mí también me gustaría.

Y misión cumplida, pensé con excitación.

Antes de llegar a la puerta, Tank pasó por delante, miró afuera, vio el coche y luego nos miró. Como era tan alto teníamos que inclinar hacia atrás el cuello para mirarlo a los ojos.

— Yo voy primero. Deme un momento en la acera. Cuando esté seguro, tanto como sea posible, les haré una señal con la mano para que salgan. Por favor, sean rápidas. Méntanse en el coche tan pronto como puedan. Luego, las llevaremos a Saks para que puedan disfrutar de sus compras.

Salió a la calle y Lisa, inmediatamente, me agarró del brazo.

— ¡No me lo puedo creer! Hoy y el miércoles. ¡Los zombis están alineados en mi favor!

— Todo esto fue un malentendido —dije—. Un estúpido malentendido. ¿Lo has oído? Claro que lo has oído. ¡Dios mío! Y todo por respeto a tu trabajo. ¿No es delicioso? ¿Qué más apoyo que ese? Me encanta. Deseo por el bien de los dos que esto salga adelante. ¡Me alegro tanto por ti!

— Bueno, ya veremos cómo sigue.

Le puse cara de póker

— Ay, por favor. Disfruta el momento. ¿No has oído lo que acaba de decir? Quiere pasar más tiempo contigo.

Se le iluminó el rostro.

— La verdad, es increíble. Creo que nuestra pequeña conversación ha hecho que nuestra relación suba un peldaño.

— ¿Un peldaño? ¿Qué tal un tramo de escaleras? Es un gran tipo, Lisa. Quiero veros juntos. Rezo para que así sea. ¡Ah, mira! Nos está indicando que salgamos. Probablemente sabe que hemos estado hablando de él. Es lo que hacemos las mujeres. Estoy segura que sabe que hemos hablado bien de él. Ahora, pongámonos serias, pero con una sonrisa. Adelante.

Empujé la puerta y, sin ningún incidente, llegamos al asiento trasero del coche. Luego, Tank se subió al asiento del copiloto y arrancamos en dirección a Saks.

Cuando el coche llegó al edificio, Tank se volvió a Lisa.

— Jennifer conoce la rutina, pero déjame que te recuerde la forma de salir. Es importante para mí que estés segura. Es básicamente lo mismo. Yo salgo, compruebo la acera, cuando vean que hago un gesto, sales del coche. Con paso firme, salen para la tienda. Sin titubeos. Yo las seguiré detrás

— ¿Es importante para ti?

— Por supuesto que lo es.

— ¿Sí?... Excelente, entonces. A la orden —dijo.

— Bien.

— Sé que nos cubrirás las espaldas —dijo Lisa, claramente incapaz de cerrar la boca. Ya lo había visto antes. Cuando Lisa sentía realmente algo por alguien, no podía callarse—. Especialmente porque ese traje te hace unas espaldas tan anchas... No me lo quito de la cabeza.

Tank se sonrió, pero inmediatamente se puso serio.

— Está atenta —le recordó.

— Lo estoy, lo estoy... A tantas cosas.

— Necesito que estés atenta a mí.

— Totalmente.

— Quiero decir, cuando salga del coche.

— Ahí afuera. Entendido.

— Lo ha entendido, Tank —dijo—. Yo la cuidaré.

— Entonces, ya somos dos.

¡Otra revelación!

Miró alrededor, esperó un segundo y bajó del coche a la acera.

— Dios, ¡qué bueno está! —dijo Lisa. Dándose cuenta de su metedura de pata, se inclinó hacia el asiento del conductor—. Lo siento, señor conductor, a quien no me han presentado. Todos ustedes están muy bien.

— Gracias, señora Ward.

— ¿Sabe mi nombre?

Él la miró a través del espejo retrovisor.

— Tank ha debido mencionarlo unas cuantas veces.

— ¿De verdad?

— Es posible.

La cogió de la mano. *Otro punto a favor.*

* * *

Una vez en Saks, enfrentándonos al pelotón de mujeres ofreciendo rociarnos con la fragancia que tuvieran desenvainada en ese momento, le pregunté a Lisa qué quería. Se inclinó sobre mí.

— Tank. Encima de mí. Ahora.

— Creo que, en este momento, todos estamos al tanto de eso. Pero tienes que guardar la compostura. ¿Qué quieres ver primero?

Aparentó componerse.

— ¿Por qué no vamos a la sección de lencería?

No lo puedo creer. Sabía que lo había dicho lo suficientemente alto para que Tank pudiera oírlo. La miré fijamente.

— ¿De veras?

— Ajá. No me he comprado lencería *sexy* en años. Y tú probablemente necesites encontrar algo para ti, para mantener la llama viva. Porque, como sabes, es algo muy importante cuando la relación es nueva. Como la tuya. Más o menos. En fin, empecemos por ahí. Y luego, zapatos en la tercera planta. Y luego, a ver qué encontramos que merezca la pena de la última colección en la segunda planta. ¿Te parece bien? ¿Por qué me miras así? ¿Qué importa! ¿Que piensas tú, Tank?

— ¿La lencería lo primero? —pregunté.

— Así es —confirmó Lisa, asintiendo también con la cabeza—. Lencería. Me gustaría comprar alguna. Sí. Algo refrescante, *sexy*.

Estaba claro por la expresión de su cara que Tank hacía lo posible por no reaccionar, pero había un destello en sus ojos que ni él podía ocultar.

— Si insistes —dijo.

— ¿Jennifer?

— Alex me compró un cargamento de ropa interior, no estoy segura de que ...

— ¿Jennifer?

— Vamos y echémosle un vistazo a la lencería —dije.

* * *

Pasó una hora antes de que fuéramos a la sección de ropa de mujer, que es donde yo quería ir. Tengo que decir que Lisa consiguió unas cuantas piezas de lencería que, con habilidad mostró en sus manos, se las probó, me pidió opinión y compró, todo bajo la atenta mirada de Tank.

— Estás lanzada —le dije cuando estábamos en caja pagando el cargamento.

— ¿Lanzada? Estoy imparable. Voy a hacer lo que haga falta. No voy a quedarme sola el resto de mi vida. ¿Ese hombre? Tienes toda la razón. Voy a quedármelo. No estoy en guardia. De hecho, estoy preparando el terreno.

— Tengo la impresión de que él lo sabe.

— ¿Algo malo en eso?

— ¿Quién dijo que fuera malo? Creo que es divertido. No te he visto así desde Kevin, y de eso hace años. —Le puse la mano en el hombro—. Y nadie está más feliz que yo por eso. Si estás dispuesta a hacer lo que haga falta, entonces, chica, hazlo.

— Es lo que pienso hacer.

— Y yo te ayudaré en lo que pueda. Mira, sostén en alto esa *negligee* celeste. Así, así, sostenla y admírala. Está mirando. Sigue girándola de un lado a otro. Así, perfecto. Ahora dásela a nuestra simpática y paciente asistente. —Sorprendí a la señora mirándome—. Estamos intentando cazar a un hombre —le susurré.

— ¿Sí? ¿Quién lo diría?

— Por favor, no nos juzgue.

— No se preocupe. Recuerdo esos días —dijo—. Y un vistazo alrededor acaba de

confirmarme que el hombre en cuestión está mirando. Tengo que decir que es muy atractivo. No lo dejen escapar. Hagan lo que sea necesario, usen todos los trucos conocidos y por conocer. Todas lo hemos hecho en algún momento.

— Es usted un amor —dijo Lisa—. Gracias.

— Todos fuimos jóvenes una vez —dijo la mujer—. Y en algún momento de nuestras vidas, todos necesitamos hacerlo.

Luego, después de visitar la sección de calzado y no encontrar nada, fuimos al segundo piso. Que es donde yo quería pasar al menos una hora. Con el invierno a la puerta, había tantos vestidos, suéteres, abrigos, pantalones, faldas, todos preciosos, que no podía contenerme.

La planta estaba repleta de mujeres, todas buscando lo que yo buscaba, la mejor prenda. Las fiestas estaban encima y, por las conversaciones que oí, había muchas comprando para otras, y para ellas mismas.

Las oí mencionar Navidad y Nochevieja y me pregunté dónde las pasaría yo. Oí cuánto a tal hermana le encantaría esta chaqueta, o cuánto tal madre moriría por ese suéter. Mirando alrededor, hubiera deseado que Blackwell estuviera allí. Se hubiera encontrado en su elemento. Por una parte, sentía que debía haberla invitado, pero otra parte, una mayor parte, necesitaba pasar ese tiempo con Lisa. Nos habíamos visto muy poco por demasiado tiempo. Aquellas dos horas eran para nosotras.

Y para Tank.

— Jennifer —me dijo Lisa—. Ven a ver este traje.

En ese momento estaba compitiendo con una rubia que sorteaba agresivamente el mismo colgador que yo y no estaba dispuesta a que se me adelantara en nada.

— Espera.

— No, tienes que venir y verlo.

La mujer iba ganando terreno.

— No, de verdad, espera.

— Tienes que vérmelo encima. Ven.

Lo que tú digas.

Me alejé del colgador. Al hacerlo la mujer con la que estaba compitiendo suspiro aliviada.

— Por fin —dijo, lo suficientemente alto para que yo la oyera.

Como estaba de buen humor lo dejé pasar. No la podía culpar. En ese momento, con toda esa genta, el piso era territorio hostil y sólo las más decididas se hacían con lo que querían. Me acerqué a Lisa y Tank me siguió.

— ¿Qué tenemos aquí? —pregunté.

— Mira este vestido. —Lo levantó y se lo puso sobre el pecho—. Calvin Klein. Y está rebajado. Me lo puedo permitir. Perfecto para Nochebuena o Nochevieja. Uno u otro. ¿Qué te parece?

Lo admiré. Era un clásico vestido de cóctel, sin mangas, ajustado, con lentejuelas entre pliegues de tul. Le llegaba justo por encima de las rodillas con brillos e irisaciones que, en mi opinión, complementaban la personalidad de Lisa.

— Divino —dije.

Se inclinó ligeramente sobre mi oído.

— Si necesitaba una razón para ser indulgente conmigo misma, esta es la ocasión. —Miró a Tank y posó con el vestido sobrepuesto—. ¿Qué te parece?

Él parecía reacio a decir mucho, al fin y al cabo estaba trabajando. Lo cogí del brazo y

me dirigí a él.

— Mire, por el momento, está libre de obligaciones. Necesitamos la opinión de un hombre. ¿Es este el vestido o debemos seguir buscando?

— Creo que estarías magnífica con él —dijo, pero acto seguido me miró y luego se volvió a Lisa otra vez—. Pero creo que te va más el color rojo.

— ¿Tú crees?

— Bueno, para mí sí. Me gusta el suéter rojo que llevas. Creo que te sienta muy bien. Pero el vestido que tienes en la mano es muy bonito. Espléndido de cualquier manera.

— Déjame ver si encuentro algo rojo.

— Mientras tanto, yo voy a hacer algunas compras para mí —dijo.

— Muy bien, cielo.

— Tank, quédese con Lisa. Creo que a ella le gustaría su opinión. Yo voy a acercarme allí, no podrá perderme de vista.

— Necesito estar con usted, Jennifer. —Miró a Lisa—. Espero que lo entiendas.

— Por supuesto que lo entiendo. Estás trabajando. Os llamaré cuando encuentre algo rojo. Esta planta está rebosando de color. No tardaré en encontrar algo. Jennifer, ve y haz lo que tengas que hacer. Está bien. De hecho, todo está perfecto.

Después de treinta minutos de maniobrar entre las hordas de gente y recorrer las perchas en un colgadero tras otro, había acumulado suficientes piezas que probarme. Me dirigí a la mujer que estaba al cargo de los probadores y le di mi ropa. Las revisó y me invitó a esperar en la cola junto a una docena de mujeres hasta que finalmente llegó mi turno para ocupar uno de los probadores. Una vez dentro, eché el cerrojo de la puerta y empecé a probarme todo. Llevaba tres vestidos y dos pantalones cuando alguien llamó ligeramente a la puerta del vestidor.

— ¿Lisa? —pregunté.

— Ajá.

— ¿Tienes algo que enseñarme?

— Ajá.

Pero cuando abrí la puerta, no era Lisa a quien me encontré. Era otra mujer. Una mujer tan rápida que fue capaz de colarse en el vestidor, sacar una navaja, cerrar la puerta con cerrojo y empujarme contra la pared con una mano en la garganta antes de que yo pudiera reaccionar.

— Una palabra que salga de tu boca y te rajo, hija de puta. Ponme a prueba. Hazme el favor, ponme a prueba. Nada me gustaría tanto como acabar con tu vida aquí mismo. Dame una razón. Sólo una.

Llevaba una peluca rubia, que probablemente parecería real de lejos pero de cerca se veía que era una peluca. Se cubría detrás de una gafas oscuras. Su piel sugería que rondaba la treintena. Llevaba un anodino abrigo negro y prendas colgando del brazo izquierdo. Me resistí, pero era más fuerte que yo. Me puso la hoja en el cuello.

— Voy a matarte. No me des una razón para hacerlo. Todo lo que tienes que hacer es poner atención a lo que voy a decirte y repetírselo a Alexander Wenn. ¿Me has entendido?

Aterrorizada, asentí con la cabeza.

Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un teléfono. Con el pulgar, lo encendió, luego presionó unos pocos botones y me lo acercó a la cara. Me hizo tres fotografías con la navaja en la garganta. Luego volvió a guardarse el teléfono.

— Vas a morir. No aquí, pero en cuestión de días. Por supuesto, hay una forma de evitarlo. Esta es tu salida, perra. Dile a tu novio que anule todos los acuerdos, todas las

compras. Todo lo que la Wenn persigue. Si no lo hace, los dos vais a morir. Pero antes, él te verá morir a ti. Asegúrate de decírselo. —Me empujó la cabeza y me golpeé contra la pared con tal fuerza que casi pierdo el conocimiento—. ¿Me estás oyendo?

Pestañee e intenté concentrarme. La cabeza me daba vueltas. No me sentía bien. Tenía un martilleo en la cabeza y sentía el estómago enfermo. Tenía su cara tan cerca que la veía borrosa.

— ¿Quién es usted? ¿Por qué hace esto? ¿Qué le he hecho yo?

— Demasiadas preguntas. Cuando vuelva la luz, recuerda lo que te he dicho. Alexander Wenn detiene todo acuerdo y toda compra. ¿Comprendes? O lo deja todo o tú mueres. Repítelo.

¿Cuándo vuelva la luz? No sabía lo que quería decir. Espantada y con una navaja tan cerca de mi piel que podía sentir la muerte cerrando su círculo sobre mí, asentí con la cabeza.

— Él anula todos los acuerdos y todas las compras o yo muero.

— ¿Qué coñito tan obediente! ¿No?

— Por favor...

— ¿Lo recordarás?

Sentía el corazón golpeándome la cabeza.

— No puedo respirar.

Con su mano apretada contra la garganta apenas podía hablar.

— Lo recordaré. Por favor, no...

Fue entonces cuando me golpeó la cabeza contra la pared con tal fuerza que me desmayé, cayendo como un bulto en el suelo y penetré en los confines de la inconsciencia.

El mundo empezaba a oscurecerse. Las luces se acercaban a mí. La puerta se abrió al ruido del gentío al otro lado, donde lo más probable es que nadie hubiera oído lo que la mujer me había hecho, y luego se cerró con un clic. Tumbada en el suelo, la oscuridad se hizo alrededor de la periferia de mi visión. Sentí como si empezara a flotar. Vi la cara de Alex.

Luego no vi nada más.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Cuando volví en mí, ya no estaba en el probador. Estaba en una habitación extraña con tanta luz que me agujoneaba los ojos. Vi una neblina de figuras alrededor de mí, de pie, pero la luz era tan penetrante que envié una sacudida de dolor por todo el cuerpo que no paró hasta llegar a la nuca, que me dolía por otra razón.

— Jennifer —dijo alguien.

Apreté los ojos fuertemente y me los cubrí con la mano izquierda, que tenía una aguja clavada y sujeta con esparadrapo. Me sentía enferma y mareada. Sabía que me habían hecho daño, pero no sabía cuánto.

— La luz —dije—. Es demasiado brillante.

— Apaga las luces —dijo la misma persona. Era un hombre—. Sólo deja esa de allí. La más alejada de ella.

Era Alex. Gracias a Dios era él.

Cuando la luz se debilitó, mis ojos aletearon antes de abrirse. Parpadeé varias veces y luego, cuando mis ojos se adaptaron a la luz, vi que estaba en una habitación de hospital. Alex, Lisa, Blackwell y Tank estaban a mi lado. Miré a Alex, sentado, cogiéndome la mano.

— ¿Dónde estoy? —pregunté.

— En el Hospital Presbiteriano de Nueva York.

— ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

— Cinco horas. Te dieron un sedante en la ambulancia. Cuando llegaste te dieron otro para que pudieras dormir.

— Me atacaron —dije.

— Lo sé.

— ¿Quién lo hizo?

— No lo sabemos todavía.

— Me puso una navaja en el cuello, Alex.

— Lo sabemos. No sabes cuánto lo siento, Jennifer.

— ¿Cómo sabes lo que pasó?

— Hay cámaras de seguridad en los vestuarios. El equipo de seguridad de Saks fue diligente al actuar, pero no lo suficientemente rápido. Quien te atacó sabía que tenía que salir de allí lo antes posible. Y así lo hizo.

— ¿Sabemos quién es ella?

— La policía lo está investigando.

— He presentado mi renuncia —dijo Tank—. Asumo la responsabilidad de lo que le ha pasado. Yo también lo siento mucho, Jennifer. Todo esto es culpa mía.

Lo miré.

— Tú no vas a renunciar —dije.

— Ya lo he hecho. Nada de esto debería haber pasado bajo mi responsabilidad.

— No la aceptaré. Ni Alex tampoco.

— Me niego a aceptarla —dijo Alex.

— Con todos mis respetos, no es algo que ninguno de los dos pueda decidir —dijo Tank—. Debería haber estado al tanto de lo que sucedía, pero no lo estuve.

Estaba a los pies de la cama. Desde mi horizontal, podía ver la severa expresión de su cara. Su voz reflejaba su enorme decepción.

— No podía ver lo que estaba pasando porque el vestuario era una manicomio —dije—. Ya vio las colas de señoras que había para probarse ropa. ¿Cómo podría haber sabido que en una de esas colas había una mujer que pensaba asaltarme? No podía. Se trataba de una profesional. Tank, tiene que darse una oportunidad. La tienda estaba atestada. Aquello era una locura. Había demasiada gente para que pudiera siquiera controlar quién estaba a mi lado en la cola. Usted no es responsable de esto. Por favor, piénselo. No me sentiré segura sin usted. Ninguno de nosotros se sentirá seguro.

— Jennifer —dijo Tank.

— Lo necesitamos. No fue su culpa. Fue mía. Pensé que estaría segura. No lo estaba. ¡Qué demonios! Soy más vulnerable de lo que pensaba. Nunca me imaginé que intentarían algo en un lugar tan público con Saks, pero ahora lo sé. Creí que un par de horas de compras con Lisa sería inofensivo, especialmente en un lugar tan público. Aparentemente, estaba equivocada. —Lo miré—. No puedo hacer esto sin usted, Tank. Lo necesito. Lo necesitamos. Por favor, reconsidérelo.

Iba a hablar, pero no llegó a decir nada.

— Jennifer —dijo Blackwell.

La tenía a mi derecha y me pareció diez años mayor. Estaba pálida y parecía agotada, pero había una intensidad de fuego en sus ojos airados.

— Me alegro de verla, pero no era necesario —dije.

— Claro que era. Tú sabes lo que significas para mí. Lo he dejado claro. Así que pon atención por un momento. Hemos visto la grabación. La mujer te dijo algo antes de hacerte perder el conocimiento, pero no teníamos audio. ¿Te acuerdas de lo que te dijo?

Cerré los ojos y recordé exactamente lo que me había ordenado decir a Alex.

— Me dijo que la Wenn necesitaba inmediatamente anular todos los acuerdos y compras que tiene entre manos. Con todo en lo que la compañía está metida, eso significaría decenas de acuerdos y quién sabe cuántas compras. Eso es lo que me dijo.

— Nada específico.

— Nada.

— Estaba cubriéndose —dijo Tank—. Acabar con todo para acabar con una cosa. Si Alex lo hace, quienquiera que esté detrás de todo esto se saldrá con la suya pero no habrá quien pueda señalar a un solo individuo como responsable.

Alex se dirigió a Tank.

— Recientemente cerré tratos con Henri Dufort y su Streamed, y con Darius Stavros y su naviera. Los dos estaban satisfechos con el negocio. Ninguno de ellos iría detrás de nosotros. Tenemos al menos diez compras pendientes a través de las varias divisiones de Wenn. Sé que, de hecho, seis de ellas son hostiles. Apuesto que es uno de ellos. Y ya hemos reducido la lista porque Kobus no se opuso al detector de mentiras cuando se lo pidieron. Legalmente, sabía que no tenía que hacerlo. Y lo pasó limpio. Tanto como me odia por querer hacerme con Kobus Airlines y, sin embargo, actuó como un hombre que no tiene nada que ocultar. ¿No estás de acuerdo?

— Lo estoy. Nunca se hubiera arriesgado a pasar por un detector de mentiras si fuera él. Tiene que ser alguno de los otros.

— ¿Por qué han esperado todo este tiempo para decirnos lo que quieren? —pregunté—

¿Por qué torturarnos?

— De eso se trata, Jennifer, de torturarlos —dijo Tank—. Todo lo que les han hecho en el pasado ha sido por placer. Al menos, así lo veo. Querían ponerlos nerviosos y lo han conseguido. La excepción fue cuando secuestraron a Alex en septiembre, después de que cenáramos los cuatro juntos en db Bistro. Creo que pensaban matarlo esa noche, pero fracasaron. Luego, su disparo en el brazo. Los dos se fueron, juiciosamente, a la isla por un mes, pero ahora han vuelto. Obviamente, están dispuestos a acabar lo que empezaron.

— Entonces, a ver si me aclaro —dije—. En este momento, abandonamos la posibilidad de que se trate de Donald North, Néstor Bazin o Adrianna Bomba. Wenn tuvo que ver con la compra hostil de sus compañías el año pasado. Pero después de lo que han dicho, sabemos que es cosa de un acuerdo o una compra actual que alguien no quiere que se lleve a cabo.

— Así es. No se trata del pasado, sino del presente.

Alex miró a Blackwell.

— Por favor, llama a Ann y que busque el nombre de los miembros de las juntas directivas de las cinco compañías que la Wenn está en proceso de adquirir. Dale esos nombres a Tank. Él comprobará si alguno de ellos estaba en la primera fiesta de Peachy, donde la foto de Jennifer fue tomada. Si cualquiera de ellos estaba en esa fiesta, nos aseguraremos de que son invitados a la casa de Dufort. Aún no es tarde para que los invite... Si es que no están invitados ya.

— Alex —dijo Tank.

— Somos amigos desde hace mucho tiempo para que nos dejes ahora. Venga, Mitch. Te necesito. Lo que sucedió a Jennifer hoy no tiene nada que ver con tu devoción profesional o con tus habilidades. Eres el mejor en esto. ¿Me ayudarás? ¿Te quedarás con nosotros? Te lo pido como amigo. Y realmente me hace falta un amigo en estos momentos.

Hubo un largo silencio antes de que Tank hablara.

— Está bien —dijo—. Me quedo.

— Gracias —dijo Alex.

Lisa estaba a su lado y le puso la mano en el brazo, lo que pareció sorprenderle.

— Yo también quiero darte las gracias —dijo Lisa—. Se trata de mi mejor amiga.

Tank había mantenido una expresión tensa todo ese tiempo, pero se suavizó cuando la miró.

— Lo entiendo —le contestó.

— Y yo no puedo tener mejor opinión de ti.

Tank frunció las cejas.

— Es cierto —dijo ella—. Para que lo sepas.

Eso pareció complacer a Tank.

— ¿Podemos posponer la cena a otro día?

— Cuando tú quieras.

Tank miró a Alex mientras Blackwell hablaba por teléfono con Ann.

— Volveré a la compañía y revisaré esos nombres. Dos de mis hombres están de guardia en la puerta de la habitación de Jennifer. Si le dan el alta esta noche, llámeme y vendré personalmente para asegurarme de que los dos salen de aquí protegidos. ¿Me han entendido?

— Entendido —dijo Alex—. Llámame a mi teléfono si necesitas ayuda identificando a alguien.

— Lo haré.

Se volvió a Lisa y le puso las manos sobre los hombros.

— Creo que he juzgado mal lo nuestro —dijo—, y lo siento.

Luego, la besó en los labios con deseo antes de salir de la habitación. Se me saltaron las lágrimas de dicha por la felicidad de mi amiga, pero también de angustia por Alex y por mí.

Horas después me dieron el alta y Tank volvió para llevarnos al edificio de la Wenn, donde pasé la noche con Alex.

CAPÍTULO DIECISIETE

La mañana siguiente, Tank estaba siendo tan eficaz como siempre. Con la ayuda de Anne y con la lista de invitados a la primera fiesta de Peachy en la mano encontró tres posibles candidatos, y uno de ellos era Gordon Kobus, quien estaba fuera de toda sospecha, lo cual reducía la lista a dos presuntos culpables.

John Welch y Drew Faust. Los dos estaban en la fiesta de Peachy con sus respectivas esposas cuando me hicieron la foto, después de golpear a Immaculata. ¿La hizo alguno de ellos? No lo sabíamos, pero estaban allí. Los dos un poco mayores que Alex. Faust se graduó de Yale dos años antes que él.

– ¿Lo conocía cuando estaban en Yale? –preguntó Tank.

Estábamos en el apartamento de Alex tomando café alrededor de la isla de la cocina.

– Lo conocía –dijo Alex.

– ¿Cómo lo conocía?

– Lo suficiente. Nunca compartimos clases juntos, pero lo conocía de ir a las mismas fiestas. Un hijo de puta total. Su padre hizo una fortuna en los noventa con el *boom* de internet, y fue uno de los pocos que sobrevivió cuando esa burbuja se reventó. ¿La razón? El padre de Faust era listo. Hizo su imperio ofreciendo espacio de servicio a las compañías en la lista de la revista Fortune 500 e hizo tratos con ellas que le permitieron esquivar el reventón. Fue uno de los primeros en ofrecer un servidor de internet a gran escala. Creó una marca a base de ofrecer un producto excelente y buena atención al cliente, y se hizo multimillonario. Drew se hizo cargo de la dirección de la empresa hace dos años, cuando su padre la dejó. Wenn Digital está ahora detrás de ella.

– ¿HostPath? –preguntó Tank.

– Así es.

– ¿Sería él capaz de hacer algo así?

– Ni idea. No conozco a nadie que sea capaz de hacer lo que nos han hecho a Jennifer y a mí. Pero digamos que, al igual que con Welch, la compra se ha hecho extremadamente hostil.

– Cuénteme acerca de John Welch.

– Al igual que Drew y yo, su éxito es producto del trabajo de su padre. Cuando este deje WHS, Welch Health Services, John heredará el título de director. A través de sus compañías subsidiarias poseen y dirigen hospitales, sanatorios, clínicas ambulatorias, oncológicas, servicios de ambulancias. Su éxito se basa en construir o adquirir hospitales de alta calidad en áreas de mercado de rápido crecimiento e invertir lo suficiente en todas las instalaciones de manera que se convierten en el servicio de salud preponderante en ese mercado. Por eso, Wenn Health está detrás de ellos. Y puedo decirte que ha sido de todo menos amigable. Me imagino que John no quiere perder WHS por razones emocionales y financieras. Su padre construyó la compañía desde el comienzo, con ninguna ganancia, hasta llegar a la lista Fortune 500, con una ganancia anual que excede los nueve mil millones de dólares. Y se están haciendo cada vez más fuertes. Sé que él y su padre están

muy unidos. Creo que, para John, el apego sentimental a WHS es superior a lo que vale en papel. Por razones personales, él no quiere abandonar. Y, créeme, está tomando esta compra personalmente.

— Cada uno de ellos tiene sus motivos —dije.

— Los tienen —concurrió Alex—. Pero, ¿están detrás de todo eso? Este es otro palo a ciegas. No lo sé. Así que te lo voy a preguntar otra vez. —Se giró hacia mí—. A pesar de lo que te ha pasado y de lo que esa mujer te ha dicho, me has animado a seguir adelante con todo. ¿Sigues pensando lo mismo?

— Por supuesto que sí. De otra manera, ellos habrían ganado y nunca sabríamos quién era el responsable de todo.

— Si los ignoramos, si nuestra determinación para seguir adelante los encabrona, tendrán todas las razones para venir por nosotros con toda su artillería.

— Es de esperar.

— Pero, ¿entiendes las consecuencias?

— Sí. Mi muerte con toda probabilidad. Me matarán a mí, no a ti. Me usarán para forzarte e intentar conseguir lo que quieren. La cosa es que si tú mueres, la junta administrativa de Wenn se levantará en armas y seguirá adelante con todos los asuntos pendientes. Actuarán agresivamente en memoria tuya. Quienquiera que sea lo sabe y, porque lo sabe, no creo que vaya por ti. ¿Qué ganaría? Habría perdido tanto como yo. No se arriesgarían a exponerse. Y tanto como yo, tendrían que aceptar la derrota. —Estuvo a punto de hablar, pero lo detuve—. Mira. Lo he pensado mucho y entiendo el riesgo. Pero si nos negamos a rendirnos, tendremos más posibilidades de encontrar al culpable. Si no, tendrán lo que quieren y se irán de rositas, sin un rasguño, sin consecuencias. Y no voy a permitir que eso pase. Después de lo que nos han hecho, después de lo que me acaban de hacer, me niego a claudicar.

Su ojos empezaron a brillar.

— He hablado con la junta y tengo su apoyo haga lo que haga.

Me negaba a emocionarme. Si lo hiciera, sabía que él aceptaría las condiciones.

— Alex, ¿qué elección tenemos? La idea era llevar la rata a la ratonera. Negándonos a darles lo que piden es la mejor forma de hacerlo.

— Y la más peligrosa.

— Es lo que es.

— No puedo perderte por esto.

— Y yo no puedo continuar viviendo así. ¿Me oyes? No puedo. Necesitamos pelear. Necesitamos retarlos. Necesitamos hundirlos y luego seguir adelante con nuestras vidas.

— Algo podría salir mal, Jennifer.

— Lo entiendo pero, te lo repito, no puedo continuar viviendo así. Quiero vivir mi vida. Necesitamos al menos intentarlo.

Respiró hondo y se dirigió a Tank.

— ¿Qué opinas?

— Sé que esto es difícil para usted, Alex.

— Es duro para Jennifer. Es injusto para Jennifer.

— Es duro para los dos, pero Jennifer tiene razón. Si cancelamos todo, desaparecerán del mapa y nunca seremos capaces de cogerlos.

— Entonces, si tenemos una suerte infinita, sabremos quién es mañana por la noche —dijo Alex—. O no. Siento ser el cínico aquí, pero no creo que tengamos esa suerte. Y si no es así, ¿entonces qué, Tank?

Tank le miró a los ojos, pero esta vez no tuvo respuesta.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El día de la fiesta de Henri me desperté con una sensación de angustia, de miedo. Y no sabía por qué. Nunca me había considerado supersticiosa, pero en las entrañas sentía que algo iba a salir mal esa noche. Era un sentimiento que no había sentido antes. ¿Era simplemente ansiedad? ¿Estaba proyectando mis miedos? ¿Estaba al borde del ataque de nervios por lo que me había pasado o era algo más allá? No lo sabía. Lo que sí sabía es que estaba cansada de aquello y que, más que nada, quería que acabara.

Pero, ¿a qué precio?

Esa era la cuestión. ¿A qué precio? Por la noche, saldríamos una vez más al público a poner nuestras vidas en juego. ¿Teníamos elección? Hasta cierto punto, supongo que sí. Podíamos elegir vivir en aquella isla el resto de nuestras vidas y nadie podría tocarnos allí. Pero, ¿qué clase de vida sería esa? No era una vida. Así que no, no teníamos elección. Teníamos que seguir adelante con esto. Teníamos que confiar en Tank y en Henri y pasar por lo que tuviéramos que pasar en la fiesta, si es que pasaba algo.

Miré a Alex, que aún estaba dormido, y salí de la cama sin despertarlo. Fui a la cocina, puse la cafetera y me senté en la isleta, bebiendo más que mi dosis de café, por una hora larga antes de oír mi nombre desde el dormitorio de Alex.

— ¿Jennifer?

— Estoy en la cocina. —Lo llamé con una voz despreocupada que ocultara el miedo—. Ven y toma un café. Haré otra cafetera.

— ¿Otra? —oí el rumor de las sábanas y de sus pies tocando el suelo—. ¿Cuánto tiempo llevas levantada?

No contesté. Vacié la cafetera, la enjuagué, la llené de agua y empecé a hacerle el café. Él entró en el salón y siguió hasta la cocina.

— ¿Cuánto tiempo? —preguntó.

— No lo sé. No mucho. Una hora, tal vez.

— Es raro en ti.

No respondí. Se acercó a mí y me abrazó por detrás, pasando los brazos alrededor de mi cintura, y me besó en el cuello. Sentí sus brazos cálidos, fuertes y protectores. Era justo lo que necesitaba.

— Estás tensa —dijo.

— Se me pasará.

— Estás preocupada por esta noche, ¿no?

No iba a mentirle.

— Lo estoy, pero tenemos que hacer lo que tenemos que hacer y ya veremos qué pasa. Con suerte, esta noche, la puta rata estará allí y le arrancaremos la cabeza en la ratonera.

Me giró para mirarme a la cara.

— Lo oigo en tu voz. No eres la única. Yo también estoy preocupado.

— Y furiosa.

— Y furioso.

— No voy a hacer más drama de esto —dije—. No es más que una noche más. Una fiesta más. Tank sabe lo que hace. Lo que tenga que pasar pasará. Básicamente, esta noche será como la última de Peachy, sólo que en el ático de Henri. Iremos donde nos lleven las circunstancias y esperemos que sea lo mejor. Quizás esta vez atrapemos al hijo de puta. Si no, no sé.

— ¿Qué no sabes?

— No sé lo que vamos a hacer.

Se lo pensó por un momento. Su expresión se volvió adusta.

— Mira —dijo—, quizás sea hora de pensar en eso.

Hice un gesto interrogante con la cabeza.

— ¿Pensar en qué?

— Si después de esta noche sientes que necesitas dejarme, lo entenderé.

¿Qué está diciendo?

Su boca era una línea sombría.

¿Estaba rompiendo conmigo?

— Quiero que estés a salvo —dijo—. Obviamente, no lo estás conmigo. Soy un peligro. Si tenemos que terminar lo nuestro, todo lo que hemos construido entre los dos, es porque necesitamos salvarte la vida. Me costará verte marchar, pero no podría vivir si algo te pasara por estar asociada conmigo. No voy a permitir que eso pase. Sé lo que piensas. Sé que estás dispuesta a arriesgar tu vida otra vez, pero yo no. Lo siento, Jennifer, no lo estoy. Por favor, créeme si te digo que tendrás tu vida asegurada en todos los sentidos si nos separamos. Me aseguraré de que sea así. ¿De acuerdo? ¿Por qué lloras? Por favor, no llores. Lo siento. No era mi intención hacerte llorar.

Pero no pude evitarlo. Enterré la cara en su pecho y todo el estrés de los últimos meses afloró de forma inesperada. Me dejó desahogarme. Quería separarse de mí para protegerme. Me estaba diciendo que podía vivir sin mí, pero yo no podría vivir sin él. Nunca pensé no estar con él. Moriría por él. Lo que me dijo era lo último que quería oír.

— Jennifer... —dijo.

— ¿Es eso lo que quieres?

— No es lo que quiero, pero es lo aconsejable. Puede ser lo único que salve tu vida. Te mereces algo mejor que esto.

Me sequé los ojos y me separé de él. *Yo me merezco estar contigo. Nos merecemos ganar esta partida. ¿Cómo puedes darte por vencido ahora, después de todo lo que nos ha pasado?*

— Bébetelo el café —dijo—. Déjame pensar acerca de todo esto. Necesito estar sola un rato.

— ¿Por qué?

— Porque no puedo imaginarme la vida sin ti —dijo—. Y aunque sé que sólo quieres protegerme, nunca pensé que llegaríamos a esto. Que esto podría ser el final de nuestra historia. Me duele sólo pensarlo porque nunca fue una opción para mí. Sólo pensaba en pelear juntos. Sí, estoy cansada, Alex. ¿Quién no lo estaría? Pero nunca dejaré de luchar por ti. No te dejaría ir tan fácilmente.

— No es fácil para mí. No voy a dejar que esto continúe.

— Por supuesto que no. Y lo entiendo. Lo haces por amor. No quieres que me pase nada. Pero por lo que a mí respecta, hasta hace un momento sólo pensaba en continuar nuestra relación hasta el final, cualquiera que sea el final. Ahora me estás dando una opción que no esperaba. No quería algo así.

— Jennifer...

Le puse la mano en el pecho e intenté recobrar la calma.

— Lo siento —dije—. No quería llorar. Sólo estoy nerviosa, preocupada y ansiosa por esta noche. No quiero perderte, pero ahora sé que es posible que tenga que hacerlo porque tú estás convencido de que es lo mejor. Lo tienes en la cabeza. Te lo has pensado bien. Es duro para mí, no me veo sin ti, pero tú puedes verte sin mí, aunque eso te devore. Por eso, tengo que enfrentarme a la posibilidad de perderte. —Me separé de él—. Tómame un café mientras me ducho. Déjame hacerme a la idea. Tomaremos las cosas como vengan.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Más tarde, cuando llegamos a la planta de Blackwell tras un corto viaje en el ascensor, le di un beso en la mejilla.

— Te veo esta noche —dijo.

Antes de que pudiera decirme nada más, me alejé de él porque no quería oír lo que pudiera decirme. Cuando entré en la oficina de Blackwell estaba a punto de llorar otra vez. Ella me miró, vio el estado en que estaba e inmediatamente se levantó de la silla. Cerró la puerta detrás de mí.

— Siéntate —me dijo.

— Lo siento.

— No lo sientas.

— Estoy avergonzada.

Se puso de rodillas a mi lado cuando me senté en la silla que tenía delante de su escritorio.

— ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás tan disgustada? ¿Has escuchado algo?

— No es lo que piensa.

— ¿Qué es? Nunca te había visto así.

La miré y negué con la cabeza.

— Creo que, finalmente, nos hemos dado contra la pared, Bárbara. Creo que todo esto se ha hecho demasiado para los dos.

— ¿Cómo no se iba a hacer? —respondió—. Mira lo que habéis vivido los dos. Lo que me sorprende es que no pasara antes. ¿Cómo puedo ayudarte?

— ¿Quizás escuchándome?

— Sabes que sí. ¿Qué pasa?

— Esta mañana, Alex sugirió que deberíamos romper. Sé que sólo quiere que esté a salvo, pero no puedo imaginarme estar sin él. No puedo imaginarme que él quiera eso. Pero está decidido. Entiendo por qué. Pero estoy tan agitada, no sabe cuánto. No puedo estar sin él. Es el primer hombre que he amado.

— Pobre mía —dijo.

— ¿Quién nos está haciendo esto?

— No lo sabemos.

— Nos va a destruir.

— No...

— Sí. Nos está destruyendo. Ahora mismo, mientras hablamos. No quiero parecer una llorica, Bárbara, pero no puedo ser fuerte todo el tiempo. Lo amo. Más de lo que se imagina. Nunca he sentido algo así. Nunca antes había llegado a este punto. Pero aunque él esté dispuesto a dejarme, yo no puedo dejarlo. Pero puede que no tenga elección.

Se giró y cogió un pañuelo de papel de su escritorio. Me secó las lágrimas y me dio el pañuelo.

— Atiéndeme —dijo.

Seguí derramando lágrimas.

— Alex no va a dejarte.

— Usted no oyó lo que me dijo.

— Me pregunto si tú lo oíste.

— ¿Qué quiere decir?

— Te lo explico. Lo que sé de hecho es que él te quiere. Pero teme por ti. Eso es todo.

Tenéis los nervios a flor de piel. ¿Cómo podría ser si no? Quiere que estés a salvo sin importarle lo que le cueste a él, no sólo a ti. Mírame y escúchame. ¿Me oyes? Él es consciente de que tiene que pagar un precio, perderte a ti, algo que no podría soportar. Ahora, dime. ¿Qué te dijo exactamente?

— Me dijo que después de esta noche, si yo sentía que tenía que dejarlo, lo entendería.

Para mí, eso significa que está dispuesto a que me vaya. Está dispuesto a tirar la toalla a pesar de lo que hemos luchado.

— Dime sólo lo que él te dijo.

— Me dijo que me quería a salvo. Que él era un peligro. Dijo que si teníamos que dejar nuestra relación era porque teníamos que salvar mi vida. Dijo que no iba a permitir que me pasara nada más a causa de mi relación con él.

— Ahí lo tienes —replicó ella—. Oíste algo diferente. No lo que él dijo.

— ¿De qué está hablando? ¿Cómo que no oí lo que él dijo?

— Te dijo que si necesitabas dejarlo lo entendería. Te estaba dando la opción de irte.

Quería ponerlo fácil para ti, no para él. Mira. Entiendo que ahora mismo estés abrumada y, probablemente, muerta de miedo e incapaz de ver con claridad. Pero como alguien que conoce a tu pareja, te puedo ayudar. Él no te dijo que abandonaría. Hay una diferencia entre lo que tú oíste y lo que él te dijo. Está dispuesto a sacrificar perderte para que tú puedas seguir adelante con tu vida sin ningún riesgo. Quiere que estés a salvo más que su felicidad. De eso se trata, Jennifer. Mírame. Así. Pobrecita mía. Eso es todo. Y no tengo que decirte lo especial que es eso. Está dispuesto al mayor sacrificio. Probablemente no se expresara bien, probablemente no era el mejor momento para hablarlo, pero eso es todo lo que hay detrás.

— Lo que me preocupa es que lo tiene en la cabeza. Si las cosas no salen bien esta noche, si algo me pasara similar a lo que me pasó en Saks, es posible que decida dar marcha atrás y poner fin a todo por protegerme. Podría ser. Es una realidad. Nuestra relación pende de un hilo que está a punto de quebrarse.

— Pensar lo que podría pasar entre vosotros es perder el tiempo. Ahora, necesito que te calmes. Tú relación no está a punto de nada. ¿Me oyes? De nada.

— Usted no lo puede saber.

— Ni tú tampoco. Esta es mi recomendación. No lo veas ni hables con él el resto del día. Sosiégate y quédate conmigo. Encargaremos la comida. Cancelaré mis compromisos. Si Tank tiene que informaros de algo lo hará con cada uno de vosotros por separado. Luego vendrá Bernie y te arreglaremos para la fiesta. Cuando llegue la hora de encontrarte con Alex, habréis tenido tiempo de digerir lo que te dijo esta mañana. Y entonces, tengo la impresión de que tu dinámica será bastante diferente de lo que es ahora.

— ¿Y si es peor? Bárbara, tiene todo el día para pensar en esto. ¿Y si es peor?

Y por primera vez desde que la conocí, Bárbara no tuvo nada que decirme.

CAPÍTULO VEINTE

Como prometió, Blackwell canceló todas sus citas por el resto del día.

— Margaret, por favor, cambie todas mis citas y dígame a Ann que haga lo mismo con las de Jennifer. Jennifer no contestará ninguna llamada y yo sólo aceptaré llamadas de Alex, Henri o Tank. Use su buen juicio para decidir si hay alguna otra llamada que debería atender. Pero que se trate de algo urgente. Si no, no quiero ser molestada en todo el día. Si llama Alex, notifíquemelo y contestaré desde otra oficina. Gracias.

La miré cuando colgó el teléfono.

— ¿Por qué no contestaría aquí?

— Porque va a necesitarme. Lo sé. Cuando me llame, y llamará, lo escucharé a solas. Necesito tratarlos a los dos de la misma manera. Es importante, ¿no estás de acuerdo? Espero entonces entender con más detalle lo que está pasando entre vosotros para que podáis poner las cosas en orden y seguir adelante.

— Si es que hay un adelante.

— Creo que lo hay. Pienso que todo esto no ha sido más que un lamentable malentendido. Alex tiene la mejor intención, pero como los dos estáis bajo presión no ha ido todo lo bien que debería. Mientras estáis cada uno en un sitio, los dos podéis pensar en lo que de verdad queréis. Seguir cada uno por su lado o aguantar juntos el temporal.

— Usted sabe bien lo que quiero.

— Lo sé. Una mujer inteligente siempre sabe los que quiere. Así que, ¿qué quieres hacer el resto del día?

— No sé. ¿Trabajar? Algo que me distraiga.

— Perfecto. Al final, el trabajo siempre nos salva, no lo olvides nunca. Elige. Hoy es tu día. Empezaremos por lo que más te apetezca tratar.

Dos horas después, mientras estábamos embebidas en nuestra charla acerca del futuro de Wenn Cosmetic, mi teléfono vibró en el bolso.

— No quiero mirar —dije.

Una expresión de preocupación se dibujó en el rostro de Blackwell antes de que ella misma se diera cuenta.

— Me temo que tienes que hacerlo. Venga. Lo haremos juntas. Si es otra amenaza, Tank tiene que saberlo para poder hacer su trabajo.

Saqué el teléfono y vi otra dirección de correo completamente desconocida. Abrí el correo y leí en voz alta: *¿Cuándo morirás? ¿Hoy? ¿Mañana? ¿La semana que viene? ¿Quién sabe! Un momento. Nosotros lo sabemos. Especialmente desde que la Wenn no ha cancelado ninguna de sus negociaciones. ¿Alex ha elegido ignorarnos? Muy bien. Acabemos con esto de una vez.*

Miré a Blackwell y vi la dureza en su mirada, la ira que se había prendido en sus ojos.

— ¿No tenía ningún documento adjunto?

— Lo tiene.

— Debemos abrirlo.

Lo abrí, vi la fotografía. Dejé el teléfono en el escritorio de Blackwell. Era una fotografía mía en los probadores de Saks. Un primer plano de mi cara, con los ojos abiertos de par en par y aterrorizados, con una navaja pegada al cuello, un recuerdo que me hubiera gustado olvidar cuanto antes. Como habían hecho anteriormente, habían trucado la foto. Esta vez con chorros de sangre brotando de mi garganta.

— Va a ser nuestro fin —dije más para mí que para ella—. Verá esa foto y, después de lo de esta mañana, es todo lo que necesitará.

Blackwell apartó los ojos de la fotografía y pude ver en su cara de preocupación que sabía que era posible.

— Necesito enviar esto a Tank —dijo.

— Está bien.

— No puedo ocultárselo a Alex.

— Lo sé. No esperaba que lo hiciera. Esto le afecta a él también. —Extendí la mano para coger el teléfono—. Déjeme hacerlo a mí. Así no cargará con ninguna culpabilidad cuando todo se vaya a la mierda.

— Jennifer...

— Déjeme hacerlo, Bárbara. Mejor yo que usted.

Ella me devolvió el teléfono. Reenvié el mensaje a Tank, apagué el aparato y lo dejé caer de nuevo en el bolso.

Allí sentada, mirándola, sentí que una frialdad se apoderaba de mí, hecha de la furia, el dolor, y la inminente pérdida de mi relación. Lo que es peor, en ese momento me pareció que nada podía hacerse para salvarla. Primero creímos que podría ser Adrianna Bomba o alguien en el mismo grupo de gente. Ahora apostábamos por Welch o Faust. Estábamos haciendo lo posible por actuar racionalmente, pero todo se reducía a dar palos de ciego esperando dar en el blanco, que seguía evadiéndose. Nada era concreto.

No vamos a ganar esta partida.

Esa mañana me había levantado con una sensación ominosa, pensando que todo podría salir mal por la noche. De hecho, todo fue mal a partir de que Alex entrara en la cocina. Mi premonición fue errónea. Fue mucho más temprano cuando todo se fue al garete. La lógica me decía que como esta gente ya había actuado en público un par de veces, una a la salida de db Bistro, la otra en Saks, no lo harían esa noche. Estaban corriendo riesgos calculados. No eran estúpidos. Por eso, sabían que esa noche, más que ninguna otra, estaríamos rodeados de medidas de seguridad.

Así que esa noche estaríamos a salvo. Lo que sentía en mis huesos era diferente de lo que había sentido por la mañana. Después de aquel mensaje lo supe. Atacarían más tarde, cuando menos lo esperáramos. Nos cogerían por sorpresa.

A menos que Alex me deje, pensé. Supongo que entonces quedaré fuera de todo esto de una vez.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Al acabar el día de trabajo, cuando era la hora de que Blackwell y Bernie se pusieran a prepararme para la fiesta, Alex aún no había llamado. Prefirió guardar la distancia, lo que no sólo me sorprendió a mí sino a Blackwell también. Pero no dijo nada. Presentía que sabía lo que yo estaba pensando. Tank le había enviado el correo a Alex. Sabía que me habían vuelto a amenazar. Había visto la foto.

Estaba intentando procesar todo aquello.

Si nada bueno salía de la fiesta y quienes nos amenazaban continuaban campando a sus anchas, estaba convencida de que al día siguiente por la mañana Alex me dejaría, queriendo asegurarse de que yo estaría a salvo. No había nada que pudiera hacer al respecto. Si era eso lo que decidía hacer, no tendría más elección que dejar al hombre que amaba. No podía soportar la idea.

Cuando era niña y mi padre abusaba de mí, había un lugar en el que me refugiaba para huir del daño que me hacía. Un lugar que era mi caja blindada, enterrada tan profundamente dentro de la tierra que nadie podía llegar hasta ella. Ahí me escapaba para protegerme de todo el mal que había en mi padre, de todo el mal que mi madre permitía sin darme refugio.

Ahí es donde estaba ese día.

Sin saber lo que Alex estaba pensando, respondía automáticamente y me mantenía de pie gracias a esa caja blindada. Más tarde, cuando Alex me dijera que iba a dejarme estaría preparada, porque en el fondo era una superviviente. Cada uno de nosotros tiene su forma de protegerse. Esta era la mía. Me había metido en esa caja demasiadas veces para contarlas y siempre, aún en los peores momentos, encontré alivio arropada por ella a pesar de la tortura a la que estaba sometida.

* * *

A las seis y media, Blackwell y yo fuimos a la sala de conferencias que había sido desde el principio mi vestidor en la Wenn. Bernie nos esperaba allí. Tenía todo preparado y, como no sabía nada de los acontecimientos del día, estaba tan eufórico como de costumbre. Me recibió con un cálido abrazo y un beso en las mejillas. Y la actriz que había sido por tantos años en la niñez, cuando en la escuela quería ocultar el hecho de que me daban palizas de muerte en casa, volvió a hacer aparición. Le sonreí y le devolví el abrazo y los besos.

— Estás fabulosa —me dijo.

Sin abandonar mi personaje, le guiñé un ojo.

— Entonces estaré fabulosísima cuando hayas terminado conmigo.

— ¿Qué es esta hinchazón bajo los ojos?

— Alergias. ¿Qué me dices de la rojez en la nariz? No puedo librarme de ellas no importa lo que tome. Esta estación es terrible.

– Tengo el toque necesario para hacerla desaparecer.

– Tienes el toque para arreglar todo, Bernie. ¿No es cierto, Bárbara?

Se puso a mi lado mientras me sentaba en la silla delante del espejo. La miré en el reflejo y nuestras miradas se encontraron. Sabía lo que estaba haciendo y ella también se metió en su personaje.

– Muy cierto. No tienes más que ver lo que ha sido capaz de hacer contigo en el pasado.

De una ruina a una belleza, y todo con unos cuantos toques de brocha.

Creía haberse metido en el personaje, pero a su voz le faltaba convicción. Miré a Bernie en el espejo.

– Con estas alergias, quizás necesite unos cuantos toques extra.

– Eso es lo que haremos entonces –respondió.

Y comenzó a convertirme en la Jennifer que el grupo de esa noche conocía.

* * *

Quando terminó dio un paso atrás con las manos en las caderas, estudiando mi cara y mi pelo

– *Voila.*

– Dios mío –exclamé mirando mi reflejo en el espejo. No parecía yo misma en absoluto. La piel brillaba, sin manchas. Normalmente usaba una plancha para el pelo, pero esta vez no lo hizo. Esta vez dejó que el pelo me cayera sobre la espalda formando ondas voluminosas que brillaban con la ayuda de quién sabe qué productos había usado ese día—. No sé cómo lo haces, pero me alegro de que puedas hacerlo. Sin duda, yo no podría.

– Eres una mujer muy guapa, Jennifer.

– Con tu ayuda puedo pasar por serlo, sin mencionar la ayuda de Bárbara. –Me giré para mirarla. Seguíamos compartiendo nuestro secreto en silencio. *Guarda la apariencia* era el mensaje—. Bien, estoy deseando verlo –le dije—. Me dijo que era el mejor de todos hasta ahora. ¿Qué es lo que tiene esta vez?

Se volvió al colgador que tenía detrás y sacó un vestido de noche espectacular y provocativo.

– Zuhair Murad –dijo—. De su colección de alta costura para este otoño. Me encantan las lentejuelas en verde y la caída del vestido. No pesa nada. Es atrevido y tiene personalidad, y yo sé que sabrás llevarlo. ¿Qué te parece?

– Es el mejor, me encanta. Pero revela demasiado, a duras penas me va a cubrir los pechos y el vientre estará totalmente al descubierto.

– ¿Qué diría JLo?

Y por primera vez ese día, me olvidé de todo y me reí de verdad.

– Me diría que fuera por todas.

– De hecho lo haría. No lo habría elegido si no supieras llevarlo. Así que veamos cómo te queda. Pruébatelo.

Me había cambiado de ropa tantas veces delante de ellos que no lo pensé dos veces. Cuando me metí en el vestido estaba claro que Blackwell había dado en el clavo otra vez.

– Dios mío –dije, girándome delante del espejo que tenía a mi derecha—. Es precioso. ¡Las lentejuelas! ¡Y el color! Perfecto con mi tono de piel. Y tenía razón, mire cómo se mueve. Es una delicia, Bárbara. Me gusta aún más que el vestido Gatsby.

– Bellísima –dijo Bernie.

– Da una vuelta para que te vea, Jennifer –dijo Blackwell– Así, sigue dándote la vuelta, despacio. Hechura perfecta. Gira. Sí. Las mangas exactas. Los pechos tapados, pero como no queremos correr el riesgo de que uno se salga te pegaremos el material, por si acaso. El largo del vestido parece casi demasiado, pero aún no te has puesto los tacones.

Buscó en la mesa que tenía al lado y cogió un par de Jimmy Choos que tenían el color exacto del vestido.

– ¿Cómo lo ha conseguido? –pregunté.

– Digamos que fueron blancos una vez y los mandé teñir para satisfacer nuestras necesidades.

Me los puse y entonces estaba completa. El largo del vestido era perfecto. El pelo y el maquillaje sublimes. A pesar de todo a lo que tendría que enfrentarme, me sentí feliz ese instante. Al menos, dejaría el mundo sin pasar desapercibida.

– Me encanta –dije.

– Me alegro, Jennifer.

– Yo también –dijo Bernie, mientras que Blackwell fijaba estratégicamente el escote del vestido a mis pechos–. Vas a hacer sombra a las competidoras otra vez. Siempre la haces. Tengo clientas que me vienen pidiendo que las peine como te he peinado en otras ocasiones. Quieren que les dé los mismos consejos que a ti en el maquillaje. Tu intuición para la moda empieza a estar en boca de todos.

– No es mi intuición. Esto es cosa de ustedes dos.

– Y a ti te toca recibir los cumplidos –bromeó Blackwell–. No es justo.

Miré el reloj y a pesar de que estaba refugiada en mi caja, no pude evitar que me recorriera una sacudida nerviosa.

– Son casi las ocho –le dije a Blackwell–. Debo ir a buscar a Alex

– Así es –dijo ella.

Y tras un beso en la mejilla a Bernie, salimos de la habitación. Nos fuimos hasta los ascensores y apretamos el botón de bajada.

– ¿Estás lista?

– Por supuesto.

– Pareces extrañamente tranquila.

– Es lo que trae la aceptación. Tengo práctica, desde temprana edad.

– ¿Qué quieres decir?

– Quiere decir que me he metido en mi caja blindada.

– ¿En dónde?

– No importa.

– Ten confianza.

– La tengo. Míreme.

– Tú sabes a qué me refiero. Ten confianza en él.

Las puertas del ascensor se abrieron.

– Siempre la he tenido. Está en sus manos. Yo no voy a ninguna parte hasta que él rompa conmigo, que bien puede ser mañana por la mañana. Estoy convencida de que va a ser así, especialmente después del mensaje que Tank le reenvió hoy. Es posible que algo pase esta noche, pero bien sabe que es improbable. No actuarán tan pronto. Así que volveré a estar sola pronto también. O lo acepto o me vengo abajo. He pensado en ello todo el día. He optado por lo primero. Lamento que quizás sea esta noche la última que Bernie y usted van a transformarme. Voy a extrañar eso, y tantas otras cosas. Hace meses

tuvimos un mal comienzo usted y yo, pero he llegado a quererla como la madre que nunca tuve. Tiene que saberlo. Tiene que saber también la influencia que ha tenido en mí. ¿Sabe cuánta? ¿Lo sabe? Espero que sí. Por favor, no esté triste. Como se dé todo, es como tiene que ser. Le agradezco que me ayudara a ser la persona que soy hoy. Lo hizo. Fue esencial. —Entré en el ascensor—. Así que, veamos cómo irá todo.

Por primera vez desde que nos conocimos, vi lágrimas en sus ojos, algo tan inesperado que casi me saca de mi papel. Antes de que ella pudiese hablar, y antes de que yo me emocionara, aparté la mirada de ella, me despedí y apreté el botón que me llevaría a la planta de Alex.

— Todo saldrá bien —me dijo.

Pero el sonido de su voz decía lo contrario. Estaba lleno de indecisión. Le lancé un beso y la puerta se cerró, cortando el espacio entre las dos.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Cuando el ascensor empezó a detenerse no se me aceleró el pulso. Emocionalmente, me había desconectado hasta el punto en que nada podía afectarme. Si tan siquiera me permitía pensar en lo que me esperaba, no podría seguir adelante con la noche. Se lo debía a Alex. Necesitaba mantener la serenidad. A pesar de lo que pasara al día siguiente, lo amaba y necesitaba hacerlo por él.

Las puertas se abrieron, Alex estaba al otro lado. Pero esta vez no tenía las manos en los bolsillos. No había rastro de una sonrisa en su cara. No hoyuelos que me derritieran. Por el contrario, parecía tenso e incómodo.

Salí del ascensor y las puertas se cerraron a mis espaldas.

— Estás guapísima —me dijo.

— Gracias.

— ¿Estás bien?

— Estoy bien.

— Ojalá pudiera decir lo mismo.

Presentí que se sentía confundido y vulnerable. Busqué su mano y la sostuve en la mía.

— Mañana por la mañana todo esto habrá pasado.

— ¿Tan segura estás de esta noche?

Estoy segura de que me dejarás mañana, pensé. Pero no se lo dije a él.

— Tengo esperanzas. Todo puede suceder. Pero es tarde y debemos irnos.

— ¿Quieres hablar de lo de esta mañana?

— Lo dejaremos para mañana por la mañana. Tendremos mucho de qué hablar entonces.

Vamos a la fiesta. Henri se ha tomado muchas molestias y Tank debe estar en el vestíbulo esperándonos.

— Pareces distante.

— No es mi intención.

— Jennifer, no quiero que pase nada con nosotros.

— Estaremos a salvo en la fiesta.

— No me refería a eso. Quise decir que no quiero que pase nada entre nosotros.

— Yo tampoco. Es lo último que quiero.

Lo miré a los ojos, nos sostuvimos la mirada y esperé a que me dijera que era lo último que él quería, y que todo había sido un malentendido mío. Pero no lo hizo, lo que me dio más razones para creer que pronto habríamos terminado.

Vuelve a tu caja. Enciérrate allí. Ponte a salvo. Nada bueno saldrá de todo esto.

Así lo hice.

— Tank me envió el mensaje que recibiste —dijo.

— Me imaginaba que lo haría.

— No sabes cuánto lamento todo lo que te ha pasado.

— Lo pasado, pasado. Ahora vamos a intentar evitar que vuelva a pasar.

— No te alejes de mí esta noche.

— Por supuesto, ¿qué haría si no?

Fue a besarme en los labios, pero yo sabía que las murallas que había construido a mi alrededor se vendrían abajo si lo dejaba. Su beso se encontró con mi mejilla.

Me miró con sorpresa.

— Para que no tengas pintura en los labios —dije.

— ¿Esa es la razón por la que me has evitado?

No respondí.

— ¿Por qué no me contestas?

Porque quiero tenerte por una noche más, por tensa que sea. Si hablamos ahora sólo precipitará lo inevitable. Dijiste que querías protegerme, dijiste que tuviste todo el día para pensar en ello y que me dejarías. No estoy preparada para eso. Dame una noche más. Es todo lo que te pido.

— Deberíamos irnos. Tenemos que hacer frente a esto.

— Por favor, háblame.

— Te estoy hablando.

— Tú sabes lo que quiero decir.

— Estoy aquí ¿Me ves? Mírame. Estoy aquí.

— ¿Lo estás? Me parece que no.

— Sí lo estoy, de una manera que te hará pensar cuando pasen los años.

— ¿Qué quieres decir?

— No importa. Es tarde. Tank está esperando, y Henri. No podemos llegar tarde. Todos han puesto un gran esfuerzo en esto.

Y así, salimos.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Cuando salimos del ascensor, Tank estaba en el vestíbulo, de pie al lado de la puerta de entrada y mirando a la acera. En silencio, Alex y yo nos acercamos a él.

– Siento el retraso –dije.

Se volvió a nosotros.

– Llegarán aceptablemente tarde, pero por poco. Deberíamos irnos.

– ¿Hay algo que debemos saber antes de salir? –preguntó Alex.

– Por alguna razón, la gente de Henri avisó a los paparazzis de lo de esta noche. No sé por qué. Le pedí específicamente que no lo hiciera. Pero, ¿qué puedo decir? Lo hicieron. Tengo entendido que le gusta hacerse notar para la prensa, y esa debe ser la razón.

– Conozco a Henri –dijo Alex–, y esa es la razón. Me ha decepcionado. Con tantas cámaras alrededor, hará las cosas más difíciles para ti.

– Nos las arreglaremos. Les sugiero que se muevan con rapidez al llegar a la fiesta y que intenten evitar a los fotógrafos. Hablen con unos y otros todo lo que sea posible. Tenemos cámaras por todas partes y podré verlos donde estén, pero intenten estar tan visibles como puedan. Será más fácil para nosotros. Si alguien que no sea un paparazzi les hace una fotografía lo cogeremos, tienen un equipo completo, incluyéndome a mí, dedicado exclusivamente a vigilarlos.

– ¿Están allí Faust y Welch?

– Llegaron con sus respectivas esposas hace quince minutos. Hay un equipo vigilándolos, al igual que al resto de invitados. Como saben, la mayoría de quienes estarán allí esta noche no estaban en la fiesta de Peachy. Eso es bueno. Vigilaremos a todos de cerca. Si nos perdemos algo, y si alguno de los dos recibe algún mensaje, recuerden que todo será grabado digitalmente y que podremos ver lo que no hayamos visto. Es el mismo protocolo que usamos en la fiesta de Peachy.

– Estoy lista –dije.

– ¿Alex?

– Adelante.

* * *

Cuando llegamos al edificio de Dufort, en la Quinta, donde tenía su ático, había una cola de gente bien vestida esperando entrar, muchos de ellos estaban siendo fotografiados por los paparazzis. La última vez que estuvimos allí fue para el cumpleaños de Dufort. Lo celebró en la terraza del edificio, su terraza. Recordaba el intrincado jardín que Dufort había cultivado allí, cómo Alex había comenzado el acuerdo con Streamed al presentárselo a Dufort, y recordaba especialmente la carta que Alex me había escrito y que leí mientras él cortejaba a Dufort. De eso, me parecía que había pasado una eternidad, pero en

realidad sólo habían sido unos meses. Todavía recordaba lo que me había escrito porque se me grabó en el alma. Había leído tantas veces esa carta que la había aprendido de memoria.

Arriba de la hoja, de su puño y letra, había escrito: *Esto es de Steinbeck, Una vida en cartas. Uno de mis libros favoritos. Cuando estábamos en Maine, cuando te veía o pensaba en ti, me acordaba de él, porque te amo, Jennifer. Steinbeck escribió esta carta a un amigo suyo. Me recordó lo corta que es la vida. No es que me hiciera falta después de lo de Diana, pero aun así. Quería que supieras lo que siento por ti. Ahora sé que la vida es demasiado corta para no decírtelo. No me da vergüenza decirte lo que siento por ti aunque tú sientas algo diferente.*

Recordaba haberme sentido abrumada en ese momento. Era el primer hombre que decía que me amaba. Y que lo hiciera con una carta como aquella significaba que podría volver a revivir siempre ese momento. No quiso que fuera algo que pudiera recordar borrosamente, sino algo tangible a lo que siempre pudiera recurrir. No podía poner en orden mis propios pensamientos, ni mis sentimientos. Estaban fracturados. Pero sí recordaba lo que leí.

Hay dos tipos de amor —empezaba el pasaje de Steinbeck—. Uno es el sentimiento interesado, ruin, acaparador, ególatra que usa el amor para satisfacer su vanidad. Esta es la variedad deforme y lisiada. El otro es un derroche de todo lo bueno que hay en ti, de generosidad y respeto, no sólo el respeto social que imponen las formas sino el respeto superior que supone reconocer a la otra persona como única y valiosa. El primero te enferma, empequeñece y debilita, pero el segundo te inyecta fuerza y coraje y hasta sabiduría que ignorabas tener. Dices que esto no es un amor de un día. Si lo sientes tan intensamente, por supuesto que no es un amor de un día. Pero no creo que me estés preguntando qué sientes. Tú lo sabes mejor que nadie. Lo que quieres es que te diga qué hacer y eso sí te lo puedo decir. Para empezar, glorifícalo y agradácelo. Es el mejor y más bello objeto. Intenta estar a su altura. Si amas a alguien no hay ningún daño en decirlo, pero debes recordar que algunas personas son muy cautelosas y, a veces, el decirlo tiene que tener esa cautela en cuenta. La mujer tiene una manera de saber o intuir como uno siente, pero generalmente les gusta oírlo también. A veces sucede que lo que tú sientes no es correspondido por una razón u otra, pero eso no hace tus sentimientos menos valiosos y nobles.

Alex terminaba la nota así: *Para mí, es el segundo tipo de amor lo que siento por ti. Te digo esto ahora no porque no quiera decirlo en persona, pienso hacerlo pronto, sino para que tengas una carta de amor mía. La gente no escribe cartas de amor nunca más, pero yo creo que son importantes. Creo que las cartas entre amantes es romántico. Puede definir una relación. Ensalzarla. Quería que supieras por escrito lo mucho que significas para mí. Con el tiempo, espero que sientas lo mismo por mí. Espero con anhelo ese día. Te quiero, Jennifer. Ahora ya lo sabes. Te quiero. Alex.*

En ese instante mi caja blindada empezaba a resquebrajarse. Las paredes se desconchaban. Aparté la vista de Alex y Tank y miré por la ventana, recordando la carta de amor que yo escribí a Alex.

— Querido Alex —comenzaba—. Como estás a punto de comprobar, no soy Steinbeck, que lo citabas en tu carta. Él tenía una facilidad de palabra que nunca tendré, pero estas son mis palabras y salen del corazón. Desde el primer momento que te vi, cuando aquel hombre casi me tumba al suelo en la Quinta Avenida, he estado enamorada de ti. Ese día nos cruzamos en la Wenn, en el ascensor. ¡Quién me iba a decir entonces que el hombre que estaba a mi lado y que me preguntó si estaba bien sería mi primer y, espero, último gran

amor, y que él se enamoraría de mí! Miro atrás, al tiempo que hemos pasado juntos, con una mezcla de gozo y vergüenza. Pero ahora, mientras escribo esto, también con un profundo sentimiento de amor por ti. Aparte de Lisa y, quizás, Blackwell, creo que tú, por encima de todos, sabes lo que me cuesta decir esto, enfrentarme a mis miedos y admitir que te quiero. Nunca le había dicho esto a nadie porque es algo que significa mucho para mí. Es una palabra preciada. La he guardado pegada a mí, esperando a la persona indicada, a la única persona, por razones que ya conoces. Pero ahora, finalmente, puedo decirla, con significado. Te amo profundamente. No sabes cuánto. Nunca lo sabrás, probablemente. Pero espero que te lo digan mis acciones.

Sabía que Tank nos estaba diciendo algo, pero no lo estaba escuchando. Estaba encerrada en el pasado. Mi caja blindada se había desvanecido. Me sentía demasiado frágil y vulnerable para mirarlo ahora. Dejé de oírlo y seguí recordando.

Siento como si te debiera mil disculpas por las paredes que levanté y por la forma en que, en ocasiones, me he comportado, todas nacidas de las miserables raíces de mi pasado. Toda mi vida me he resistido al amor. Toda mi vida he sentido que no merecía ser amada, como me habían repetido una y otra vez. Y yo, estúpidamente, me lo creí cuando es lo último que debería haber creído. Tú conoces mis problemas para darme a alguien y, aun así, no te rendiste porque viste algo en mí. Sea lo que sea, Alex, nunca lo sabré porque, para mí, es un misterio. Pero tú has sido paciente conmigo porque, por alguna razón, me amas, puedo sentirlo. Lo siento en la manera en que me miras, en cómo me tocas, me haces el amor. Y doy gracias a Dios por eso. Soy la mujer más afortunada del mundo. Me hace feliz ser parte de tu vida y quiero ser tu mejor compañera. Cualquier cosa que nos pase la viviremos juntos. Quiero que lo sepas. Algunas veces seré menos que perfecta y habrá veces que pueda estar asustada por lo que ocurre, pero necesito que sepas que estoy a tu lado y que juntos podremos con esto. Y con lo que venga detrás de esto. Y con lo siguiente, si viniera. Te quiero con todo mi corazón, Alex. Eres en todo lo que pienso. ¡Te quiero tanto! Gracias por ser el maravilloso hombre que eres. Gracias por haber estado en la calle aquel día para ayudarme a recoger mis currículos del suelo y, sobre todo, gracias por ir a preguntarle a Blackwell quién era yo. Si no lo hubieras hecho, nunca habría sabido lo que es el amor. Pero ahora lo sé. Te quiero. Jennifer.

Te amo de verdad. Te quiero, Alex. ¿Por qué estoy siendo complaciente? ¿Tan cansada estoy? Debería estar luchando por ti, por nosotros. ¿Qué demonios me pasa?

Tank quiso devolverme al presente.

— ¿Jennifer, me está oyendo?

Lo miré. Luego miré a Alex. Con el ceño fruncido, sus ojos escrutaban los míos.

¿Me amas todavía como yo te amo a ti? ¿Aún crees lo que decías en tu carta? ¿Y qué hay de mí? Después de escribirte mi propia carta, ¿soy un fraude por encerrarme en mí misma, porque me aterra la idea de que me dejes? Dije que pasaríamos esto juntos y así lo sentía. Lo he probado quedándome a tu lado y confiando en ti. A pesar de lo que piensas, quiero pelear por ello, no retirarme y conformarme con menos. Necesito cambiar las tornas ya mismo.

— Jennifer.

— Lo siento —dije, inventando rápidamente alguna excusa—. Me distraje por un momento viendo los disparos de las cámaras. Pensaba en cómo podíamos evitarlos. Lo siento. ¿Estamos listos?

Me había dado cuenta de que Alex no había dejado de mirarme. Lo podía ver por el rabillo del ojo. Me estaba estudiando.

– Estamos listo. ¿Oyó lo que le dije a Alex?

– En parte. Lo siento, estaba distraída.

– No esperamos turno. Entramos directamente. No nos paramos para los fotógrafos.

Tomarán algunas fotos, obviamente, pero quiero limitar el número. Si le envían una, quiero que sea desde el interior del ático de Henri. ¿Entendido?

– Entendido.

– ¿Está lista?

– Si Alex lo está, yo también.

– Estoy listo –dijo.

– Saldré primero. Ya saben el resto.

En cuestión de minutos, Alex y yo fuimos llevados del coche al interior de la casa sin demora.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Una vez en el vestíbulo del edificio, Tank esperó hasta asegurarse de que no había nadie en él para dejarnos entrar.

— Iré detrás —dijo—. Cuando lleguen al ático, llamen si perciben que algo no anda bien. Alex presionó el botón para subir. Se cerraron las puertas y el ascensor empezó a subir. Sabía que tenía que actuar antes de que fuera demasiado tarde.

— ¿Recuerdas la última vez que estuvimos aquí, en la fiesta de cumpleaños de Henri? —pregunté.

— ¿En la terraza? Sí.

— ¿Y la carta que me escribiste?

— La llevo en el corazón.

No me esperaba su respuesta y, por un instante, me distrajo.

— Tenía que preguntarte algo —dije—. Necesito saber si aún sientes lo mismo por mí.

— Por supuesto que sí.

— ¿Todo?

— Cada una de mis palabras. Jennifer, lo que pasó esta mañana fue un malentendido. Me he sentido fatal por eso todo el día. Pero, ¿cuánto más puedo esperar que aguantes? Temo por tu vida. Todo lo que quería decirte es que si sentías la necesidad de dejarme para protegerte, lo entendería. ¿Por qué iba a querer ese sacrificio de ti? Mira lo que te ha pasado. Sin embargo, entender no significa desear. ¿de acuerdo? Acabaría conmigo si me dejaras. Pero no es eso lo que quiero, no lo quiero en absoluto. Lo que dije esta mañana no era lo que quería decir.

Me volví a él y lo besé con todas mis fuerzas. Me rodeó con los brazos y respondió a mi beso con tal pasión que casi me deja sin respiración.

— Lo siento — dije cuando nos separamos—. Me había convencido de que si nada se solucionaba esta noche, me pedirías que me fuera mañana por la mañana. Sé que quieres protegerme, lo sé, pero no quiero irme. Te dije en mi carta que pasaríamos esto juntos y no lo dije en balde. No importa lo que nos espere. Estoy más que enamorada de ti, Alex. Estoy loca por ti y enloquecí más esta mañana.

Me acarició la mejilla con la palma de la mano cuando el ascensor empezó a detenerse.

— A este punto, no hay mucho más que podamos soportar sin que se alteren nuestras emociones. Hemos tocado fondo.

— No voy a dejarte.

— No quiero que lo hagas. No lo he querido nunca. Simplemente pensé ...

— Ya sé lo que pensaste, pero no va a pasar.

Sonrió y, finalmente, los hoyuelos que yo tanto amaba volvieron a aparecer. A la vez que la chispa en sus ojos.

Mi corazón latía tan deprisa que sentí un débil mareo y algo más que estar simplemente viva. Me levanté el pelo de la nuca y moví la cabeza de un lado al otro. Estaba físicamente

agotada y empezaba a sudar.

— Me alegro —respondí—, porque no me voy a ninguna parte.

— Te entiendo.

Me abaniqué la cara con las manos.

— ¡Dios, qué calor!

Me rodeó con sus brazos y me besó otra vez justo cuando se paró el ascensor. Se abrieron las puertas y nos vimos sumergido en el rítmico estacato de las cámaras de los paparazzis que esperaban al otro lado del ascenso, tomando nuestra fotografía en una rápida sucesión de luces. Era difícil ver nada. Nos separamos y dejamos que nos fotografiaran. Alex me cogió de la mano antes de confundirnos con la multitud.

Por fin había llegado el día de la fiesta, pero ¿qué nos reservaba la noche? Eso era lo que me preocupaba. Alex me apretó la mano más firmemente que nunca. Lo miré y él me guiñó un ojo. Luego, apoyé mi cabeza en su hombro mientras que los fotógrafos gritaban nuestros nombres reclamando una instantánea más.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Cuando pasamos los paparazzis, me llevé a Alex aparte.

– Tengo que admitir algo –dije.

– Suena ominoso.

– No lo es.

– ¿Qué es?

– No creo que pase nada esta noche.

– ¿No?

– No. Creo que después de lo que pasó en Saks, quienquiera que esté detrás no está aquí. Son demasiado listos para eso. Saben que estaríamos rodeados de seguridad.

– Tengo que admitir que llegué a la misma conclusión hace horas.

– Creo que estamos dando palos de ciego. Primero fue uno, luego otro, pero sin ninguna evidencia que avalara a ninguno. Estamos jugando a las adivinanzas. Podría estar confundida. Es más, espero que esté confundida. Quizás esta noche suceda lo que tanto hemos esperado. Pero no creo que vaya a suceder.

– No te confíes demasiado, de todas maneras.

– No lo haré. Me tomo esto muy en serio. Alguien tiene que cuidar de ti. ¿Lo sabías?

Hubo un instante de silencio.

– Yo también tengo algo que admitir.

– Dime.

– Me gustaría que ahora estuviéramos a solas.

– ¿Ah, sí?

– Sí.

Vi cómo me miraba los pechos, a duras penas ocultos tras al vestido que Blackwell había elegido. Luego, me puso la mano por debajo de la cintura. El tejido era tan fino que podía sentir su calor. Se inclinó para hablarme en el oído y sentí su barba incipiente contra mi piel, algo que me podía hacer perder el control si no tenía cuidado. Me habló en un susurro.

– Lo que te haría ahora si pudiera.

– Me vas a echar a perder si sigues así.

– Probablemente es lo que quiero.

– Me está entrando calor otra vez.

– A mí también.

– Necesitas una ducha fría.

– Lo que necesito es estar entre tus piernas. Imagina mi boca. Ya sabes. Luego imagínate dentro de ti. Tomándote. Ahí es donde quiero estar ahora.

– Dios mío, Alex. Para.

– Es lo que me dirás luego.

Me dio risa.

– Seguro que no. Pero, venga. Estamos aquí por una razón. Empecemos tomando algo.

– ¿Qué quieres?

– Un martini.

– Eres la chica de los martinis. Yo tomaré otro. Vamos al bar. Luego, tendremos que buscar a Welch y Faust. Los saludaremos, a sus esposas también, les tomaremos el pulso y veremos si alguno de ellos nos hace alguna foto cuando nos alejemos. No será agradable, pero tenemos que hacerlo. Es nuestra misión.

Nos acercamos al resto de invitados. Mientras lo hacíamos admiré la planta baja del ático de Dufort, obviamente diseñada para fiestas ya que se trataba de una larga habitación rectangular. Era un espacio enorme, lujoso, al igual que la terraza, y diseñado para impresionar.

Todo era perfecto, desde las oscuras paredes paneleadas hasta la cálida luz de los apliques en las paredes y los enormes candelabros que brillaban sobre nuestras cabezas. Pinturas originales de su colección privada ocupaban un lugar destacado y, a pesar de la cantidad de gente, el nivel de ruido era tolerable, para mi sorpresa.

Pensando que habría alguna razón para ello, levanté la vista y observé que Dufort había colocado placas acústicas en puntos estratégicos en la bóveda para amortiguar el sonido. Lo que oía era exactamente lo que él quería que oyera, algo de murmullo y mucho de la orquesta, situada en un extremo de la habitación, donde podía ver algunas cabezas subir y bajar y cuerpos moviéndose con la música.

– Esto es increíble –dije.

– Henri sabe cómo hacer las cosas.

– Y yo que creía que era imposible superar la choza de Peachy. Por supuesto, no he estado en tantos sitios así como tú, pero así y todo. ¿Te has fijado?

– Es impresionante –dijo. Luego, me miró—. ¿Te gustaría algo así? Ya sabes, para poder recibir a gente.

Negué con la cabeza.

– No, por Dios. Es magnífico, pero es demasiado para mí y, sin menospreciar a Henri, es un tanto pretencioso. Yo soy más sencilla. Quiero que nuestra casa sea nuestro hogar, no un lugar para impresionar, Alex.

– Eso ya lo tenemos.

– Lo que tú has hecho con tu piso parece como si hubiera sido diseñado por ti, no por un extraño, como este lugar. El tuyo es más íntimo. Se siente como un hogar, no una sala de exposiciones. Aunque tengo que decir que tus vistas son de exposición.

– En algún momento, cuando estemos casados, la junta esperará que recibamos gente en casa.

– Razón por la que alquilaremos, digamos, el Four Seasons si hace falta.

– Quizás en un principio, pero tarde o temprano tenemos que entrar en el juego, Jennifer. La gente querrá ver nuestro mundo. Así es como funciona. Deberías haber visto mi piso antes de morir mis padres. Era muy parecido a esto. Cuando pasó a ser mío lo cambié todo, lo convertí en un espacio moderno que se acomodara más a mi estilo y exceptuando a unos cuantos amigos, y obviamente a ti, nunca he tenido ninguna fiesta en él.

Me hice a un lado para dejar pasar a un matrimonio ya mayor. Vi cómo la mujer nos miró de arriba abajo e hizo un gesto con los labios en señal de reconocimiento.

– Entonces quizás deberíamos tener dos viviendas –dijo—. Una para recibir invitados y otra, la que ya tienes, sólo para nosotros. No quiero hacer un mundo de esto, pero no quiero gente vagando por mi casa juzgándonos por lo que hay o no hay en las paredes, o

por cómo está decorada, o el tamaño, o si tiene buenas vistas, buen ambiente, buen lo que sea.

Me miró asombrado.

— No podría importarte menos todo esto, ¿no?

— No. Mira a tu alrededor. ¿Quieres algo así?

— No, pero es inevitable. Y hay una ventaja en todo esto. Henri consigue hacer tratos aquí. Hará unos cuantos esta noche. Eso, ninguno de los dos lo podemos ignorar.

— Tienes razón en eso. Y por eso, quizás, deberíamos buscar una segunda vivienda en la ciudad. ¿Por qué no podemos vivir en dos sitios?

— No seríamos los primeros.

— Creo que Madonna posee cincuenta viviendas en la ciudad. Si es así, un par no parece excesivo.

Se rio y fue en ese momento que nos dimos de frente con Gordon Kobus, que nos miró con tal odio que un escalofrío me recorrió la espalda.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

— Gordon —dijo Alex sin dejar pasar la oportunidad—. Me alegro de verte.

— ¿De verdad, Alex?

— Por supuesto.

— Siento no poder decir lo mismo. Creo que los dos sabemos por qué. Primero vas por mi aerolínea, que no vas a conseguir. Luego tienes los huevos de insinuar que tengo algo que ver con lo que os esté pasando a los dos.

— Lo siento si te he ofendido.

— Me has ofendido de muchas maneras.

— Espero que el tiempo ayude a olvidar.

— Lo dudo, Alex.

— O a que al menos nos comportemos cívicamente en situaciones como esta. ¿Conoces a Jennifer?

Kobus me miró con una hostilidad evidente.

— No tengo el gusto —dijo.

Era la primera vez que lo veía de cerca, y aunque estaba ya en los cincuenta era evidente que una vez había sido muy atractivo. Aún lo era, sólo que más canoso... Y quizás un poco demasiado bronceado.

— Jennifer, te presento a Gordon Kobus.

Le sonreí y le extendí la mano, que miró antes de decidirse a estrecharla.

— La he visto en varias ocasiones, especialmente en los diarios.

Ignoré la alusión y decidí mantener un tono jovial.

— Un placer conocerlo personalmente, Mr. Kobus.

— ¿De verdad? No sé si creerlo.

— No lo conozco, no entiendo por qué no lo creería.

Arqueó la cejas, se giró y acercó al apuesto joven que estaba detrás de él.

— Ya que estamos siendo tan amigos, por favor, permítame presentarle a mi hijo Jake.

Jake, te presento a Jennifer Kent, y creo que ya conoces a Alex.

Jake, tengo que admitirlo, era digno de contemplar. Más alto que Alex, que medía más de un metro ochenta y cinco, tenía el pelo ondulado, bien recortado, con una mandíbula cuadrada, masculina, recién afeitada. Tenía un marcado hoyuelo en la barbilla. Por su aspecto, rondaba los treinta. No parecía tan hostil como su padre. De hecho, no disimuló que me escrutaba con deseo.

— Es un placer, Jennifer.

— Igualmente, Jake.

— Alex —dijo Jake adelantando su mano. Me alegro de verte.

— Jake. Ha pasado algún tiempo.

— Papá ha estado muy ocupado últimamente, lo que significa que todos hemos estado ocupados.

El subtexto de lo que decía estaba claro, pero al menos él se controlaba, no como su

padre. Aunque hubiera preferido que no me mirase tan descaradamente. Era una situación incómoda, especialmente porque sabía que estaba con Alex.

Aparté la mirada de él en el mismo instante que nos hacían una fotografía a los cuatro. La luz me deslumbró y levanté una mano para protegerme. Entonces vi que la persona que hizo la foto era uno de los paparazzis.

— Gracias —dijo el hombre.

— Vete a la mierda —dijo Alex.

— Sólo hago mi trabajo, Sr. Wenn.

— A la mierda tú y tu trabajo. Lárgate de aquí.

El hombre nos hizo otra sucesión de fotos, dirigió una mueca sonriente a Alex y se largó.

— Gilipollas —dijo Alex.

— Deber ser te fácil identificarlos, Alex —dijo Kobus.

— Mira, Gordon, sé que soy la última persona que quieres ver esta noche, así que déjame decirte algo y luego Jennifer y yo nos vamos. Te agradezco que te sometieras al polígrafo. Sé que hay mucha tensión entre nosotros y no tenías por qué hacerlo. Mis disculpas si te sentiste ofendido cuando te lo pidieron.

— Si voy a matarte, Alex, será procurando que no le pongas las manos encima a mi aerolínea. Eso es lo que va a acabar contigo. Porque, por lo que sé de ti, no te gusta perder. Y sí, me sentí ofendido. No soy un vulgar asesino y tuviste el valor de acusarme. Hice la prueba para callarte la boca y mandarte a la mierda, que es lo que voy a hacer ahora. Buenas noches.

Y así, Gordon Kobus puso la mano en el hombro de su hijo y lo alejó de nosotros. Los dos se perdieron en la multitud.

* * *

— Y eso es todo, amigos —dije mientras nos dirigíamos al bar.

— Podría haber sido peor.

— Cierto. Podría haberte abofeteado como yo abofeteé a Immaculata.

Se sonrió cuando mencioné aquello.

— Esa noche fue gloriosa.

— Se lo merecía.

— Sólo otra mujer podría haberlo hecho.

— Y esa soy yo. De verdad, no fue uno de mis mejores momentos, pero no me arrepiento.

— Déjame pedir las bebidas.

Levantó la mano, consiguió que uno de los camareros lo viera y ordenó dos martinis.

— Belvedere —dijo— sin aceitunas. Con cáscara de limón.

— A la orden, Mr. Wenn.

Lo abracé de un lado por la cintura

— Nada como un martini.

— Absolutamente nada.

—¿Estás bien después de lo que te ha dicho?

— ¿Bromeas? Eso no ha sido nada. Ahora que tú y yo volvemos a estar en tándem, soy intocable. Pero quería darle las gracias por lo del polígrafo. Era importante para mí, a

pesar de que no me puede ver. No tenía por qué hacer lo que hizo y era mi obligación agradecerse.

— ¿Has visto a los otros dos por aquí? ¿Welch y Faust?

— Aún no.

— Ni siquiera he visto a Henri. Necesitamos buscarlo y darle las gracias.

— Es tan bajito, puede que ni lo veamos.

— Sus bebidas, Sr. Wenn.

Alex dejó un billete en la barra, dio las gracias al camarero, me pasó mi cóctel y brindamos.

— Por nosotros.

— Por nosotros —repetí.

Dio un trago y se detuvo.

— Y a tu derecha están John Welch y su mujer, Savanna —dijo, con la boca aún en el borde de la copa.

Miré a mi derecha.

— ¿Dónde?

— Pajarita él. Pelo oscuro. Mi edad. Ella es más fácil de identificar. Vestido rojo. Rubia. Pelo recogido. Diamantes brillando por todos lados.

— Ya la veo. De hecho, es muy guapa.

— Vayamos a saludar y a ver qué pasa. Sígueme. Tank quiere que estemos visibles.

Nos adelantamos e interceptamos su paso.

— John —dijo Alex—. Me alegra verte por aquí.

— ¿Te alegra, Alex?

— Naturalmente. Hola, Savanna.

— Alex.

— Esta es mi prometida, Jennifer Kent. Jennifer te presento a John y Savanna Welch.

Les di la mano a los dos. Savanna no dudó en saludarme. Su marido lo hizo más a regañadientes.

— Encantada de conocerlos —dije—. He oído hablar mucho de los dos.

— Me pregunto qué es lo que ha oído —dijo John.

— He oído el respeto que siente Alex por todo lo que su padre construyó. Welch Health Services es líder del mercado. Sé que su padre lo construyó de la nada, algo increíble considerando en lo que se ha convertido. Alex me dijo que era algo que no debíamos olvidar en el proceso de compra.

— En caso de que se hagan con ella —dijo con acritud—. Aún no es suya.

En lugar de contestarle, me volví a Savanna.

— No puedo apartar los ojos de su collar. Es increíble.

Pareció sorprenderse con el cumplido. Se llevó los dedos al mismo.

— John me lo regaló por nuestro aniversario. Fue una sorpresa.

— ¿Qué aniversario?

— El séptimo. Hace dos años.

— Es precioso.

— Gracias. Pero mirando alrededor, creo que me he puesto demasiadas joyas. No venimos a Nueva York con frecuencia. Soy básicamente un ama de casa con tres niños, el mayor tiene seis años. Nunca sé que ponerme cuando asistimos a eventos como este.

— Savanna —dijo John.

— Es la verdad.

— Está perfecta —dije—. ¿Le importa que lo vea más de cerca?

— En absoluto.

— Me encanta la talla de los diamantes y el engarce. Y el brazalete y los pendientes, sublimes.

— ¿Le parece?

No estaba fingiendo. Lo decía de verdad. Las joyas eran espectaculares.

— Tiene usted un marido maravilloso.

— Soy afortunada.

— Savanna —dijo él.

— Es la verdad.

Mientras que Savanna y yo seguimos con nuestra propia conversación, tenía un oído en la que tenían John y Alex.

— ¿Con cuánta frecuencia bajan a la ciudad? —pregunté.

— No mucho. Vivimos en Cincinnati. John está aquí todo el tiempo. Yo me quedo en casa tratando de tener a todos distraídos.

— Mucho trabajo.

— Tengo ayuda, pero me niego a ser una madre ausente. Aunque, entre nosotras, tengo que confesar que es agradable tomarse un respiro de vez en cuando.

— Te lo voy a preguntar otra vez —oí a John decirle a Alex—. ¿Me harías el favor de reconsiderar tu opción de compra?

— Nada de esto es personal, John. Sabes que se trata de negocios.

— Pero mi padre construyó WHS. Si alguien debería apreciar eso eres tú. ¿Cómo te sentirías si alguien se apropiara de la Wenn? ¿Cómo puedo convencerte de que abandones?

Oh, no.

— Me encanta su vestido —dijo Savanna—. Es tan *chic*. Y atrevido.

— Quizás un poco demasiado atrevido.

— No me lo parece. Lo lleva muy bien. El vestido no la minimiza. No es que yo sepa mucho de moda. No tengo tiempo para eso. Estoy siempre con los niños. —Miró alrededor de la habitación—. Tengo que decir que nunca me cansaré de esto, aunque nada es nuevo para John.

La mujer era encantadora.

— ¿Qué le parece el lugar?

— No puedo creer que sea la casa de nadie.

— Y esta es solo la planta baja. Hay otro piso, que es donde Henri vive, y luego está la terraza más increíble convertida en jardín. Estuvimos allí este verano. Tenía que haberlo visto cuando estaba en todo su esplendor.

— ¿Podemos llegar a algún acuerdo? —John siguió diciendo a Alex— ¿Quizás una asociación? Mi padre trabajó duro por lo que tengo. Sé que puedes quitármelo pero, ¿tienes que hacerlo?

Hubo un momento de silencio antes de que Alex dijera nada.

— Quizás no. Llámame mañana. Quizás podamos llegar a un acuerdo que nos beneficie a los dos y que honre el nombre de tu padre. ¿Aceptarías algo así?

— Sin duda —dijo—. Y si es en una habitación sin los miembros de ninguna de nuestras juntas, al menos podremos iniciar conversaciones. Te agradezco tu tiempo, Alex. Hablemos mañana.

No es él.

— ¿Dónde se quedan? —pregunté a Savanna.

– En el Carlyle.

– Nunca he estado.

– Es precioso. John y yo no viajamos mucho juntos. Todo es trabajo y más trabajo para él.

– Y trabajo y más trabajo para usted, con los tres niños.

– Nunca lo había mirado de esa manera. Este es el primer viaje que hacemos juntos desde que falleció su padre. No hacemos muchos ya. John está concentrado en el negocio. Y Alex parece estar interesado en él también. Espero que decida no comprarlo. Sé que no es así como funciona el mundo de los negocios, pero ese negocio lo es todo para John. Quiere continuar el legado de su padre.

– Quizás lo haga –dije–. Al menos hasta cierto punto. Alex y yo nos reuniremos por la mañana y estudiaremos nuestras opciones.

– Sería estupendo si así fuera –dijo John acercándose a su mujer–. Me temo que no me he conducido muy bien en todo esto. Lo he tomado personalmente, pero es difícil no hacerlo. Quizás Alex y yo podamos llegar a algún acuerdo mañana.

– Creo que podemos –dijo Alex–. Tenemos que considerar todas las posibilidades.

– No hay ningún problema.

– Por mi parte tampoco.

Alex le dio la mano a John y nos despedimos. Luego, se volvió a mí, cuando ellos no podía oírnos.

– No es él.

– Tengo la misma sensación. Estaba escuchando. No es él en absoluto.

– Así que, ¿dónde se habrá metido Faust? –dijo Alex.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Algo más tarde, después de haber esperado en la cola para usar uno de los dos baños en la planta baja del ático de Henri, salí de él y volví a la fiesta sólo para escuchar mi teléfono vibrando en el bolso. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Miré buscando a Alex, pero no lo vi entre la gente. El teléfono vibró otra vez. Miré al techo, donde sabía que me rodeaban las cámaras de seguridad. ¿Podía Tank verme ahora? Sentía que sí. Abrí el bolso, abrí el teléfono y vi que me habían enviado un mensaje de texto. Con trepidación, pulsé el icono de mensajes.

Reconocí el número inmediatamente y cerré los ojos con alivio. Era Alex. Había estado separada de él por mucho tiempo. Probablemente se estaba preguntando dónde demonios estaba. Abrí el texto y leí lo que me había escrito: *Estoy en la terraza. Solo. Ven conmigo. La vista es espectacular. Te quiero. Alex.*

Al llegar a la fiesta, en el ascensor, hablamos de la terraza después de romper el hielo.

— *¿Recuerdas la última vez que estuvimos aquí, en la fiesta de cumpleaños de Henri?*
—pregunté.

— *¿En la terraza? Sí.*

— *¿Y la carta que me escribiste?*

— *La llevo en el corazón.*

Y ahora quería un momento a solas conmigo en el mismo sitio donde me dio la carta. Me sentí desbordante y miré alrededor buscando el ascensor. Lo encontré a mi izquierda. Me dirigí a él, apreté el botón y oí que la cabina empezaba a bajar.

Cuando se abrieron las puertas, entré y pensé el frío que haría en la terraza. Pero estaríamos allí por poco tiempo y Alex, seguramente, me daría su chaqueta, así que no me preocupé. Probablemente sólo querría tenerme entre sus brazos otra vez, decirme que me amaba y mostrarme la vista. Luego volveríamos a la fiesta a seguir con nuestra misión. Aún teníamos que encontrarnos con Faust y no habíamos tropezado con Henri todavía. Apreté el botón. Las puertas se cerraron y la cabina empezó a subir.

Cuando se abrieron las puertas una brisa heladora me levantó el vestido y me produjo un tiritón. Era una noche fría. Me abracé intentando darme calor y salí a la terraza, donde los jardines de Henri se habían convertido en una especie de cementerio. Los arbustos más bajos, ahora cubiertos con unos gruesos sacos grises para protegerlos del incipiente invierno, parecían más las lápidas de un camposanto.

— Alex —llamé.

No hubo respuesta, pero la terraza era gigantesca y el viento, levantándose, me había robado la voz. Seguí el camino de grava, flanqueado por árboles desnudos. Perdidas las hojas, las ramas parecían esqueléticas. Seguí adelante, escuchando desde lo alto el estruendo de la ciudad, el sonido apagado de sirenas a mi alrededor y, a mis espaldas, unos pasos a la carrera.

Me volví para darme de frente con Jake Kobus, el hijo de Gordon Kobus, a quien había conocido aquella misma noche. Me levantó del suelo y me habló al oído.

— Ahora, muere.

A pesar de mi sobresalto, el instinto respondió, y respondió con firmeza. Me revolví contra él. Lo golpeé en la cara, pero él fue más fuerte que yo y logró inmovilizarme los brazos en la espalda mientras que me llevaba hasta el borde de la terraza.

Va a matarme. Va a tirarme del edificio.

Lo miré con tanto miedo y tanta furia que la adrenalina, hirviendo, se repartió por todo mi cuerpo. Me agité con violencia y lo hice tropezar. Conseguí librarme de él, que se tambaleó hasta llegar al sendero de grava.

— ¡Tú! —dije.

— Así es. Yo.

Mientras estaba en el suelo, corrí hacia él e intenté golpearlo en la cabeza, queriendo inmovilizarlo antes de que pudiera levantarse. Pero fue más rápido que yo. Cuando mi pie estaba a punto de darle en la cara lo paró con la mano, frustrando mi intención. Pero no sin herirlo. El tacón de mi zapato se le clavó en la palma de la mano. Se hundió en ella como un cuchillo romo penetrando la piel de un carnero. Gritó de dolor.

Me alejé de él. No podría pasarlo para coger el ascensor. Estaba cruzado en el camino. Si intentara saltar por encima para llegar al ascensor sería un esfuerzo en vano. Me volvería a agarrar.

— ¿Dónde está Alex? ¿Qué le has hecho? Me dijo que viniera aquí. ¿Dónde está?

— No aquí.

— Entonces ...

— Yo te mandé el texto. Con su número. Tengo su número. Y lo usé. Hay servicios de texto que permiten enviar mensajes como si vinieran de otra persona. Usé uno de esos. Recibiste el texto y caíste en la trampa.

— ¿Por qué estás haciendo esto?

— ¿Por qué crees tú?

— No sé por qué. No te he hecho nada.

— Tu hombre me lo ha hecho. Está a punto de llevarse algo que me pertenece, y yo voy a quitarle algo que le pertenece a él.

— ¿De qué estás hablando?

— De ti, puta estúpida. Me está robando la aerolínea de mi padre. Esa es mi herencia. Al principio sólo quería jugar contigo porque no pensé que Alex lograría comprarla. Pero cuando me di cuenta de que podría de hecho llegar a hacerlo, es cuando fui por los dos, la noche en que Alex y tú os librasteis de morir. Aquellos tres hombres los contraté yo. Creíamos que por fin teníamos a Alex esa noche, pero se tiró al río. Al menos te disparamos a ti. Cuando supe que habíais vuelto de esa isla contraté a una mujer para darte mi mensaje en Saks. *Poned fin a todos los acuerdos y compras.* Eso es lo que te dijo. Alex no siguió las instrucciones y, evidentemente, no piensa hacerlo. Por lo tanto, ¿sabes qué? Está a punto de perderte por eso.

— Estás loco.

— No sabes hasta qué punto.

— ¿Por qué harías algo así?

— Porque me juego el sustento.

— ¿Mataría por eso?

— Tenlo por seguro.

Se miró la mano y yo me alejé de él.

— Me has hecho un agujero. Estoy sangrando. ¿Cómo voy a volver a la fiesta así?

No respondí. Sin aliento y sin dar crédito, me obligué a pensar en una estrategia. Lo único que tenía para defenderme eran los zapatos de tacón. Me los quité y me agaché a recogerlos, pero en ese momento él ya se había puesto de pie. Parecía debilitado al principio, pero luego se irguió y me miró. Sacó un pañuelo blanco del bolsillo de su chaqueta y lo apretó contra la palma de la mano.

Tenía que ganar tiempo. Intenté distraerlo hablando.

— ¿Cómo pudo pasar tu padre el detector de mentiras?

— ¿Quién te dice que mi padre sabe algo de esto? No lo sabe. No sabe nada. Esto es cosa mía.

Las puertas del ascensor se abrieron enfrente de mí. Vi a Alex, Tank y Henri salir precipitadamente del ascensor, justo cuando Jake se abalanzó sobre mí. De un golpe, echó los zapatos a un lado, me agarró y me arrastró rápidamente hasta el borde del edificio. Había un parapeto de cristal que llegaba hasta mis rodillas. Debería haber sido más alto, al menos hasta la cintura, pero no lo era. ¿En qué estaría Henri pensando? No le costaría nada a Jake tirarme por allí. Mientras forcejeaba, pude ver la calle, cincuenta pisos por debajo de nosotros. La Quinta Avenida vibrando con el tráfico. Vi coches en la calle, luces en el pavimento. Y sentí el miedo apoderándose de mí.

Voy a morir.

— Si os acercáis más, la tiro —gritó Jake a los hombres—. No lo intentéis.

— Atrás —dije—. Haced lo que él dice. Es él, Alex. Gordon no sabe nada de esto.

— Jake —dijo Henri con tono suplicante—. ¿Qué estás haciendo? Te conozco desde que eras un crío. Tú no eres así. ¿Qué te pasa?

— Ese hijo de puta detrás de ti. Quiero robarme la aerolínea de mi padre, la que algún día yo habría heredado. Le advertí que abandonara todas sus compras. Se lo advertí, pero él lo ignoró. Le dije a la mujer que contraté lo que tenía que decirle a esta puta, y se lo dijo claramente.

— ¿A quién le dijiste qué?

— La mujer en Saks —dije—. La mujer que contraté.

— ¿Contrataste a alguien para que le hiciera eso a Jennifer?

— La contraté a ella y a los otros. Hice lo que tenía que hacer. —Luego, se dirigió a Alex—. Rehusando cancelar tus negociaciones, me has dirigido la mano, Alex. Así que, ¿qué te parece? Si voy a perder algo que me es querido, tú también.

— Venga, Jake —dijo Henri con calma—. Para esto. Aún no has matado a nadie. Será mucho peor si lo haces. Piensa con claridad. Déjala ir. Entrégate.

— Cállate Henri.

— No me voy a callar. Te conozco desde hace mucho tiempo.

— Te digo que te calles. Sé que estoy a punto de morir, pero ella también. Ya no me importa nada. ¿Qué me queda si vivo? ¿Lo has pensado? Mi padre dilapidará lo que gane de la venta. No tendrá control sobre la empresa. ¿Y luego qué? Seré un don nadie. No es para mí.

— No lo hagas Jake —dijo Alex.

Vi que Tank se movía detrás de Alex. Estaba en la sombra, apenas visible, pero podía verlo. No estaba segura si Jake podía verlo también.

— Que te follen, Alex.

— Pararé la compra ahora mismo. Te lo prometo. Lo dejaré si sueltas a Jennifer. Tienes mi palabra.

— Tu palabra vale una mierda para mí. Voy a ir a prisión de cualquier manera. Y , ¿sabes

qué? Prefiero la muerte. Tuviste tu oportunidad y la desperdiciaste jugándote su vida. Es lo que has hecho. El dinero significa más para ti que ella. ¿Crees que ella no lo sabe? La atacaron en aquel probador, le dieron instrucciones precisas para pararte, y tú elegiste el dinero antes que ella. Tú eres la causa de su muerte, no yo.

Se inclinó sobre mi oído.

— Sabes que es la verdad, ¿no?. Duele, ¿no? Eligió la compra antes que a ti. Piensa en eso antes de morir. Míralo y entiende que la elección fue suya, que lo que más amaba era el dinero.

— Vete a la mierda —respondí—. Lo que no sabes, idiota, es que te has metido en una ratonera. Había cámaras ocultas por todas partes esta noche. ¿Por qué crees si no que Alex y Henri están aquí ahora? Por fin, cazamos a la rata.

Y en esas, le di un codazo en las costillas. Dio un traspiés hacia atrás, dolorido, pero me tenía abrazada con tal fuerza que me arrastró con él.

Hubo un momento en el que creí que estábamos cayendo. Oí un disparo. Oí a la gente gritar y correr hacia nosotros. Pero también sentí algo cálido y húmedo salpicándome la cara.

Abrí los ojos y vi que le habían volado la frente. La boca haciendo un ruido extraño, completamente abierta. Su sangre me caía a borbotones en la cara. El horror fue demasiado para soportarlo. Todo empezó a oscurecerse. A medida que perdía el conocimiento, sentí que el mundo se venía abajo. Jake y yo empezamos a caer. Oí romperse cristales. Sentí el viento en las mejillas. ¿Y luego?

Luego oí a Alex gritar mi nombre. Oí el miedo a perderme en su voz. Oí a Tank que me gritaba algo, pero ya su voz sonaba distante. Todo fue demasiado tarde. Todo fue por nada. Todo se oscureció, y en esa oscuridad me sumergí.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Dos días después

En los días que siguieron, mi recuerdo de los acontecimientos en la terraza de Henri continuaba siendo borroso, y quizás fuera mejor así. Quizás no recordar demasiado era lo mejor, especialmente porque desde el momento en que el mundo desapareció bajo mis pies fue Jake Kobus quien se precipitó a la muerte, no yo.

Yo sólo me desmayé después del disparo y de ver que a Jake le faltaba parte de la cabeza. El destino podía habérmela jugado. Podía haber caído desde la terraza con Jake, pero, por alguna razón, caí de sus brazos en los brazos de Alex. Después, me llevaron a la primera planta del ático de Henri. Recuerdo que me desperté sobresaltada y grité cuando me di cuenta de que estaba cubierta por la sangre de Jake.

Alex ya tenía una toalla en las manos y me limpiaba con ella, al igual que Henri, mientras que Tank hablaba con urgencia por teléfono. Habló con la policía y luego ordenó a sus hombres que retuvieran a Gordon Kobus hasta nuevo aviso. Lo que saqué de la conversación de Tank fue que Kobus necesitaba ser informado de las acciones y de la muerte de su hijo con delicadeza. Tank quería apartarlo antes de que los asistentes a la fiesta supieran lo que había pasado y le dieran ellos mismo la noticia.

Todo después de eso es confuso. La policía vino. Me interrogaron. Y mientras que yo sólo recordaba algunas de sus preguntas y mis repuestas, Alex me dijo más tarde que tenía la mente clara cuando les dije por qué había subido a la terraza y lo que sucedió cuando llegué. Esa noche, más tarde, después de volver a casa y desmoronarme en la cama de Alex, desperté con Alex, Tank y Lisa a mi alrededor. Lo que oí cuando resucité fue una avalancha de atenciones.

— ¿Estás bien?

— ¿Puedo traerte alguna cosa?

— Todo ha pasado. Atrapamos a la rata, Jennifer. Se acabó.

En ese momento, me volví a dormir. A la mañana siguiente, fui interrogada intensivamente por la policía. Les dije lo que sabía, y Alex, Tank y Henri lo corroboraron. Desde el principio fue Jake Kobus quien estuvo detrás de todo. Su padre no había tenido nada que ver.

El segundo día, desperté con Alex a mi lado. Cuando me moví, se volvió y me miró con expectación.

— Buenos días —dijo—. ¿Cómo estás?

Tenía la visión clara cuando lo miré. Finalmente me sentía normal. Me incorporé y lo besé en los labios.

— Estoy bien —dijo—. He tenido suerte.

Me senté en la cama y miré a mi alrededor. Hacía un día soleado. Era por la mañana. La luz me cegaba los ojos, pero estaba feliz de ver el sol. Entrecerré los ojos hasta que me adapté a la luz y me volví a Alex.

— Te quiero —dijo—. Gracias a Dios, todo se ha terminado.

– Necesito disculparme contigo.

– ¿Por qué?

– Por no esperarte mientras usabas en baño en casa de Henri. Por no cancelar todos las negociaciones abiertas. Todo esto se habría evitado si lo hubiera hecho.

– Pero estábamos de acuerdo en que no lo haríamos. Si lo hubiésemos hecho nunca lo habríamos cazado. Habría desaparecido y se habría salido con la suya. Me alegro de que esté muerto.

– Después de lo que te hizo pasar...

– Después de lo que nos hizo pasar.

– Tú te llevaste la peor parte. Yo también me alegro de que esté muerto.

– ¿Te ha dicho algo su padre?

– Sí.

– ¿Qué te dijo?

– Que lo sentía muchísimo. En algún momento, le gustaría decírtelo en persona.

– No tengo ningún problema. Esto tiene que ser duro para él. Él no sabía lo que su hijo estaba haciendo. Estoy segura de que la prensa lo ha humillado sin piedad.

– Por decirlo delicadamente. He decidido no comprar la aerolínea –dijo Alex–. No quiero tener nada que ver con ella a estas alturas. Está manchada de sangre. Ayer me reuní con la junta y unánimemente accedieron a suspender los trámites inmediatamente.

Le sonreí.

– Supongo que Gordon estará contento.

– No lo sé. Sonaba como un autómatas cuando se lo dije. Tiene mucho que digerir y no lo va a hacer inmediatamente. Esto, al menos, le aliviará la presión y podrá enterrar a Jake en paz. Aun así, me temo que va a pasarlo muy mal. En algún momento tendrá que enfrentarse a la realidad de quién era su hijo y lo que hizo.

Miré el reloj al lado de la mesita de noche.

– No quiero entretenerte. Probablemente tengas que arreglarte para ir a trabajar. Espero que no te importe que me tome la semana libre.

– No me importa. De hecho, no voy a ir trabajar. Yo también voy a tomarme la semana libre para quedarme contigo.

– ¿De verdad?

– No quiero dejarte. Nos quedaremos aquí, viendo películas. Cuando estés mejor podemos salir a cenar. No hay más amenazas. Somos libres de hacer lo que queramos, tanto quedarnos aquí como salir fuera. Luego, al final de la semana, si estás de humor, podemos invitar a Tank, Lisa y Blackwell a cenar.

– Necesito verlos de nuevo, pronto. ¿Adónde iríamos?

– ¿Qué te parece si cenamos aquí? Contrataré a un chef y a un camarero. Quiero que disfrutes la ocasión, así que si te gusta la idea, me lo dices y yo me encargo de todo. Tengo un chef en mente que es fantástico. Cuando estés lista, dímelo y haré que sea una realidad.

Después de tres días de ver películas, leer un libro y echar de menos a mis amigos, le pedí que lo hiciera. Si Jake Kobus me enseñó algo fue que la vida es precaria. No es para desperdiciarla. Necesitaba estar con todos otra vez.

El día de la cena, Lisa, Blackwell y yo nos citamos a las cuatro para pasar por la silla de Bernie. Alex había insistido. Blackwell se había llevado a Lisa de compras, y nos compró a cada una un vestido nuevo. Ahora estábamos las tres en el mismo vestidor improvisado que yo había usado durante meses y el champán corriendo. Fue una experiencia diferente a lo que había conocido antes. Estábamos distendidas y pasándolo bien. Por primera vez en mucho tiempo, estaba allí por diversión, no por trabajo y no queriendo atrapar ninguna rata.

Lisa fue la primera en la silla de Bernie, y Blackwell, naturalmente, no pudo evitar inspeccionar.

— Mi perfecta talla cero —dijo—. Mírate. Tan bonita, tan menudita. Tan necesitada de un retoque. Bernie se encargará. No podemos llevarte como si fueras uno de esos bichos no muertos tuyos.

— ¿Mis adorables no muertos? —dijo.

— Ni sé lo que es eso. Lo que sé es que necesitas reparaciones.

— ¿Tan mal estoy? —preguntó Lisa, mirándose en el espejo. Giró la cabeza de un lado a otro. Al hacerlo, su cara cambió de expresión.

— Estás peor que mal. Mira esa palidez. Te has convertido prácticamente en uno de tus personajes.

— No sea cruel.

— La verdad. Bernie deshazte de esas bolsas debajo de los ojos y, por el amor de Dios, dale un brillo saludable, completado con un nuevo reflejo de rubio juvenil. Tengo la impresión de que ha estado escribiendo tanto, probablemente en chándal y camiseta, una idea que me espanta, que debe estar no muerta también. Tenemos que devolverla a la vida. —Hizo una breve pausa y, luego, se dirigió a Lisa otra vez—. Esto es, claro, si aún quieres continuar atrayendo la atención de Tank.

— Por supuesto que quiero. Aunque nunca sé muy bien dónde estoy con él.

— Él es un chico estupendo, pero tengo que admitir que es un poquito distante. Debe ser su formación militar, pero ¿quién sabe? Podría ser algo más serio. Muchos se enrolan en el ejército porque han tenido una niñez difícil. Buscan estructuración, orden. Probablemente Tank necesitara eso. ¿Quieres estar con él?

— Sí, pero lo está haciendo difícil. Cuando pienso que por fin nos entendemos, cuando pienso que quizás quiera algo serio conmigo, de repente no puedo leer sus intenciones. Es frustrante, Sra. Blackwell. Créame, lo he intentado, pero apenas hay progreso. Llevamos saliendo tres meses. Aún titubea cuando se inclina a darme un beso. No es normal. Muchas otras cosas no son normales. No sé lo que quiere.

— ¿Qué otras cosas no son normales?

— En algún momento deberíamos haber tenido sexo.

— ¿Qué eres, una cualquiera?

— ¿Una qué?

— Una cualquiera.

— Después de salir con el mismo hombre por tres meses, ¿querer dormir con él me convierte en una cualquiera?

— Depende de la generación.

— Quizás no en la suya pero, en la mía, si vas en serio con alguien tienes un mes para llevártelo a la cama. Para algunos, menos que eso.

— ¿Qué diría Jennifer?

– Alex es la primera relación de Jennifer.

– Y tengo entendido que ella esperó para ...

– No voy a hablar de mi amiga por muy buena relación que tenga con usted.

– Creo que he perdido la cabeza –dijo Blackwell–. Sólo un mes para tener sexo o la relación se ha terminado. Imagínate, Bernie. Un mes. ¿Qué ha pasado? Yo te lo digo. Se me ha caído el techo encima. ¿Dónde están mis hijas? Necesito hablar con ellas.

– Quizás deba –dijo Lisa–. Conozco a mi amiga bien y le puedo decir que empezaba a agriársele el carácter. Si son sinceras con usted, pregúnteles si sienten la misma presión.

– A mis hijas no las metas en esto.

– Usted lo dijo primero. Y un día va a tener que tener una conversación con ellas. Si es que no es demasiado tarde.

– ¿Demasiado tarde? Ellas lo saben bien. Saben que no deben tener sexo con nadie después de tan sólo un mes. Las eduqué mejor que eso.

– Aunque lo haya hecho. Pero lleva anteojeras si cree que le prestaron atención.

– Has pasado de la talla cero a la talla dieciocho en un minuto. ¡Gorda!

– No dramatique.

– No estoy siendo dramática.

– ¿En serio? Mire, un día, si sus hijas se sienten con confianza con usted, quizás necesiten que escuche lo que está pasando en sus vidas. Sra. Blackwell, soy igual que Jennifer. Siempre digo lo que pienso. Soy una chica de Maine y por eso soy abrupta.

– Es lo que tengo entendido.

– ¿Me va a hacer caso? Así son las cosas para nuestra generación. La calle es una jungla, y Tank no me lo está haciendo nada fácil. Por lo tanto, ¿va a ayudarme? De verdad me gusta Tank. Necesito su ayuda, todo lo que sea necesario. Necesito su guía, su experiencia. Pero tengo que decirle que mi autoestima no necesita que me ponga adjetivos. Jesús. Todo lo que he hecho estos cuatro años es escribir y enfocarme en mi trabajo. Soy célibe desde no recuerdo cuándo. No puedo decirle cuándo fue la última vez. Y créame, desde que llegamos a la ciudad he tenido algunas oportunidades, pero las he rechazado todas. Pero en este momento, quiero algo de verdad. Quiero enamorarme. Estoy lista para dar el paso, pero sólo con un hombre de verdad. Creo que Tank lo es, pero ¡es tan estoico! No tengo ni idea de cómo atraerlo.

Después de la diatriba, me puse las manos en la cara mientras que Blackwell se aclaraba la garganta. Lisa no la conocía como yo. ¿Qué le iría a decir la Blackwell?

– Está bien –dijo–. ¿Bernie? Démosle a Tank lo que quiere. Algo elegante, pero fresco. Último grito. Y, obviamente, algo con un escote de vértigo que llame su atención. Al menos, esta chica tiene un buen par. Hay que mostrarlo, pero con un toque de discreción.

Se inclinó sobre el oído de Lisa, pero no bajó la voz.

– Un día, conocerás lo que Jennifer conoce bien. Digo cosas que no quiero decir. Me gusta provocar para revelar. Monto escenas para sacarles a otros algo de dentro por una razón.

Lisa La miró.

– ¿De qué está hablando?

– Acabo de hacerte confesar como nunca lo habrías esperado. Porque cuando lo hago, algo mágico sucede y soy capaz de ver tu aspecto más vulnerable. Entonces es cuando veo a la verdadera persona. Y así es cómo voy a saber cómo vestirme y arreglarte para esta noche. Así que nada de rencores, querida. No eres una cualquiera. Ya lo sé. Bromeaba. De hecho, tengo una inmejorable opinión de ti. Pero, ¿qué es lo que he sacado de esto? Las

virtudes que van a ayudarte a tener lo que más quieres, Tank. Ya tendrás tiempo de agradecerme.

* * *

Cuando Bernie terminó con nosotras, nos levantamos y nos examinamos unas a otras.

– Miren –dije–, si parecemos los ángeles de Charlie.

– Bueno, al menos dos de nosotras –dijo Blackwell, empujando con las palmas hacia arriba su melena corta–. La otra, no sé. Resultó ser un poco matona hace un rato.

– ¿Me está provocando otra vez? –preguntó Lisa.

– Quizás.

– Pues no lo haga.

– No seas tan sensible.

Lisa estaba a punto de devolverle el golpe, cuando Blackwell la detuvo.

– Querida, llegarás a conocerme. Estoy a un paso de meterme en tu vida tanto como en la de Jennifer. Y lo sé por algo. Esta es mi pequeña sorpresa para esta noche. Mi regalo secreto. Me he estado conteniendo una semana entera

Lisa frunció el ceño mirando a Blackwell.

– ¿Qué se trae entre manos?

– Todo bueno. Ya sabes que he leído tu trabajo. Sabes también que creo que tienes talento. Es posible, sólo posible, que le haya pasado tu trabajo a unos pocos editores influyentes en Wenn Publishing. Se rumorea que algunos están interesados. Uno en particular está especialmente interesado. Pronto, es posible que recibas una llamada de él. Por lo que he oído, puede que te llegue un contrato por cinco millones de dólares.

– ¿Un qué, cuánto?

– Lo que has oído. Y con tu éxito en Amazon, creo que es una cantidad merecida. Para que te quedes tranquila, Alex no sabe nada de esto y yo no estoy en posición de sugerir adelantos para escritores en nuestra división editorial. En este caso, no he sido más que una intermediaria y me alegra poder decirte que tu trabajo ha despertado una gran expectación.

– ¿Expectación? –dijo Lisa.

– Así es. Expectación. Hasta entre esos imposibles esnobs. Es algo que te has ganado con un pequeño empujón por mi parte. Unos cuantos leyeron tu trabajo y las opiniones fueron muy positivas, y un editor decidió que quería cortejarte. Creo haber oído algún número cuando me llamó. Ahora, por favor, cierra la boca, por amor de Dios. Con ese aliento de no muerta, alguna mosca puede colarse dentro. Y no lo voy a permitir cuando estamos a punto de cenar.

* * *

Cuando nos metimos en el ascensor, apreté el botón a la planta de Alex. Lisa tenía la mirada fija al frente, inamovible, sin pestañear, y sin hablar.

– Creo que le he provocado un coma –me dijo Blackwell.

– ¿Cómo no?

– Por favor – dijo cogiendo a Lisa por el brazo—. Mírame. Así. Mírame. Céntrate, cariño. Espabila. Bien, bien. Estás a punto de ver a Tank. Ya sabes, el hombre que quieres cazar. Llevará esmoquin. Va a estar más guapo que nunca. ¿Por qué estás trabando los ojos?

– Cinco millones de dólares.

– Jesús –dijo Blackwell—. Componte, Lisa. Si quieres atraerlo, vuelve en ti. ¿Me oyes? Por supuesto que no. Bueno, mejor que lo hagas porque el ascensor empieza a detenerse.

Se paró. Se abrieron las puertas y sentí que el corazón se me aceleró cuando vi a Alex, de pie, con esmoquin, junto a Tank, adorable con el suyo. Él también parecía algo nervioso. Lo vi mirar a Lisa, y a pesar de ser tan reservado como era no podía evitar mirarla como si fuera un festín.

Blackwell salió del ascensor y besó a los hombres en la mejilla.

– Chicos. Perfección. Y Tank, no puedo imaginarme la cantidad de metros de tela que se necesitan para rodear ese tórax. Divinamente confeccionado. Y lo hiciste sin mí. Estoy impresionada. –Levantó la nariz y esnifó el aire—. ¿Y ese olor? Divino. Aromático. Dime que es una variedad de hielo.

– No es hielo –dijo Alex.

– Qué se le va a hacer.

Fui a los brazos de Alex. Me besó ligeramente en los labios.

– Estás muy guapa.

– Tú no estás feo del todo, Sr. Wenn.

– ¿No?

– No. Y esta noche, cuando estemos solos, voy a desvestirte –le susurré al oído, para que nadie pudiera oírme.

En ese momento se cerraron las puertas del ascensor, con Lisa aún dentro.

– Oh, esa mujer –dijo Blackwell—. ¿Cuál es su problema? Aprieta el botón, Jennifer. ¡Por Dios!

Lo apreté y las puertas se volvieron a abrir. Lisa seguía sin moverse, pero esta vez miraba directamente a Tank.

– Hola –le dijo.

En ese momento de silencio entre los dos, percibí las posibilidades que tenían por delante. Miré a mi mejor amiga. Vi que había separado los labios y que su mirada y la de él se cruzaban. Conocía esa mirada, la había visto antes. Era puro y simple deseo. Cuando miré a Tank, parecía hipnotizado por la transformación de Lisa. No podía estar más feliz por ellos.

Que este sea el comienzo de algo sólido entre los dos, pensé.

En ese momento, Tank se adelantó y cogió a Lisa de la mano.

– Lisa –dijo, no como en un saludo sino como en una declaración.

– Tank.

Levantó la mano y le dio una vuelta para que su vestido rojo flotara y destellara en torno a ella.

– Te has vestido de rojo.

– Sí

– ¿Intencionalmente?

– Puede que influida por ti.

– Gracias –le dijo, admirándola—. No sé qué otra cosa decir. Sólo gracias.

Y así, pensé que su relación no había hecho más que despegar. Por supuesto, en ese

momento, no tenía ni idea del destino demoledor que se cernía sobre sus cabezas.

#

Por favor, únete a mi lista de correos para que nunca te pierdas ninguna de mis nuevas historias: [Christina Ross | Email Regístrate](#)

También puedes encontrarme en [Facebook](#). Me encanta charlar con mis lectores y hacerles regalos de vez en cuando. Espero verte pronto por allí.

Te quedaría muy agradecida si escribes una reseña de mi libro en Amazon. Las reseñas son esenciales para todo escritor.

Gracias.

Christina

LIBROS DE CHRISTINA ROSS

ESTOS SON LOS ENLACES PARA MIS LIBROS EN LOS EE.UU
Busca estos mismos títulos en la página de Amazon de tu país.

[ANQUÍLAME VOL. 1](#)

[ANQUÍLAME VOL. 2](#)

[ANQUÍLAME VOL. 3](#)

[ANQUÍLAME VOL. 4](#)

[ANQUÍLAME. EDICIÓN PARA LAS FIESTAS](#)

[ANQUÍLAME. EDICIÓN OMNIBÚS](#)

[ANQUÍLAME 2, VOL. 1](#)

[ANQUÍLAME 2, VOL. 2](#)

[ANQUÍLAME 3, VOL. 3](#)

[ANQUÍLAME 2. EDICIÓN PARA LAS FIESTAS](#)

[ANQUÍLAME 2. EDICIÓN OMNIBÚS](#)

También de Christina Ross:

[LIBÉROME VOL. 1](#)

[LIBÉROME VOL. 2](#)

[LIBÉROME VOL. 3](#)

[LIBÉROME. EDICIÓN OMNIBÚS](#)

Novelas

[CHANCE](#)

[ENCIÉNDEME \(De la serie Anquílame\)](#)